



NP

D P

PPNP NP D D

— |

| —

— | NP

D a

PPNPfNad PPNPN D D | —

NADIE PUEDE SER AMIGO DE TODOS
(TESTIMONIOS DE UN REVOLUCIONARIO)

— |

| —

— | NP

D e

PPNP NP D D | —

Nadie puede ser amigo de todos

(Testimonios de un revolucionario)



Gilberto López y Rivas



Primera edición: Septiembre 2023

D.R. © Gilberto López y Rivas

© Plaza y Valdés S. A. de C. V.
Alfonso Herrera 130, int. 11, Colonia San Rafael,
Ciudad de México, 06470. Teléfono: 50 97 20 70
www.plazayvaldes.com.mx

Plaza y Valdés, S. L.
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223, Madrid, España
Teléfono: 91 812 63 15
madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.es

Formación tipográfica: José Guadalupe Rivera Arroyo

ISBN: Pendiente

Impreso en México / *Printed in Mexico*

El trabajo de edición de la presente obra fue realizado en el taller de edición de Plaza y Valdés, ubicado en el Reclusorio Preventivo Varonil Norte, en la Ciudad de México, gracias a las facilidades prestadas por todas las autoridades del Sistema Penitenciario, en especial, a la Dirección Ejecutiva de Trabajo Penitenciario.

Richard Sorge



Leopoldo Trepper



A la memoria de los hombres y las mujeres que formaron parte de la “Orquesta Roja” durante la Segunda Guerra Mundial, a Leopoldo Trepper, que la dirigió; a Richard Sorge, comunista alemán, y a quienes, como ellos y ellas en el trabajo clandestino contra el fascismo, lucharon y murieron por un mundo mejor.

— |

| —

— | NP

D n

PPNP NP PP NP D D

| —

Para Alicia, quien siempre ha tenido el valor de resistir.
Para Nayar y Alí,
Para Santiago, Ximena, Masha y Lucía

*No son muertos los que yacen
en una tumba fría.
Muertos son los que tienen el alma muerta
y aún viven todavía.*

(Pinta en un muro de Estelí, Nicaragua, 1980)

— |

| —

— | NP

D PN

PPNP NP D D

| —

Contenido

Prólogo	13
Capítulo 1	
El reclutamiento	29
Capítulo 2	
El entrenamiento	53
Capítulo 3	
Canadá y Estados Unidos	69
Capítulo 4	
La detención	87
Capítulo 5	
Centroamérica	99
Capítulo 6	
El partido	117
Capítulo 7	
El gobierno y de vuelta a la sociedad civil	129
Anexos	
Anexo 1	
La carrera de Polyakov	
<i>Raymond L. Garthoff</i>	153

Anexo 2

“Servimos a la causa”

Michael Flynn 163

Entrevista a

Gilberto López y Rivas

Carlos Prigollini y Sergio López 173

Bibliografía para consultar

y seguir leyendo

Néstor Kohan 199

Prólogo

La vida al servicio de la revolución

Ser revolucionarios de tiempo completo. De eso se trata este libro. No de “vivir peligrosamente”, como fantaseaba Nietzsche y tanto seducía a Mussolini. No, no es esa la cuestión. Sino de darle un sentido a la vida personal que exceda el restringido círculo del ombligo propio.

Amar la vida, sí, por sobre todas las cosas, pero abrazar al mismo tiempo “los sueños más nobles de todos los comunistas del mundo” (como reclamaba en sus escritos el Che Guevara). Y actuar en consecuencia, llevando a la práctica esos sueños traducidos en objetivos y tareas del mundo cotidiano.

Este libro de memorias narra en primera persona y siguiendo las reglas del género autobiográfico: desde el pasaje de la militancia comunista juvenil, la lucha clandestina y la insurgencia político militar en México hasta la realización de tareas de inteligencia estratégica durante casi una década dentro mismo de “las entrañas del monstruo” (como José Martí llamó a los Estados Unidos de Norteamérica).

No se detiene allí. También relata la reinserción posterior en la vida civil y política mexicana, la solidaridad internacionalista con la revolución sandinista y salvadoreña, el intento de participar con las instituciones parlamentarias mexicanas para transformarlas desde adentro y, luego del fallido intento y el consecuente

balance crítico, la militancia, siempre a tiempo completo y con un compromiso total, en defensa de los pueblos originarios y el zapatismo.

En forma paralela a ese abigarrado repertorio de (auto)exigencias políticas, el autor va desarrollando una reflexión teórica de envergadura, no siempre presente en los “militantes prácticos”. Por eso el libro conjuga esa doble dimensión: la puesta en acción de las tareas más arriesgadas junto con la reflexión teórica y la escritura, sin abandonar nunca ninguna de las dos aristas. En cada una de las estaciones de ese prolongado y empecinado viaje revolucionario, el compañero y amigo Gilberto López y Rivas, se esfuerza por actualizar y ejercitar aquel núcleo de fuego del pensamiento que volvió célebre a Vladimir I. Lenin: **manejar, ejercer y combinar todas las formas de lucha**. Desde la lucha armada, político-militar y la acción clandestina rural y urbana hasta las actividades de inteligencia estratégica y espionaje revolucionario, sin dejar de intentar el otro polo de la ecuación, la acción de denuncia parlamentaria, la lucha social extrainstitucional y el activismo en el seno mismo de los movimientos sociales.

Esa enseñanza leninista, tan difícil de llevar a la práctica en la cotidianidad del día a día, constituye el hilo rojo de todas estas memoria abarrotadas de aventuras y desventuras de apuestas vitales que, a veces, triunfan y otras no salen bien, o como se deseaba, pero que en su conjunto expresan los avatares de un militante revolucionario mexicano y latinoamericano, fiel y leal en cuerpo y alma al espíritu bolchevique y leninista y, al mismo tiempo, a la herencia rebelde, siempre renacida, siempre insumisa, de Emiliano Zapata y sus amigos.

Amor e internacionalismo

En el caso de Gilberto, sus tareas revolucionarias aquí rememoradas en tono autobiográfico han sido —y siguen siendo—, compartidas codo a codo durante medio siglo, junto a su entrañable compañera de amor y de militancia, Alicia Castellanos Guerrero.

una sonrisa cómplice y, distendido, se aflojó. Nos sentamos en el suelo de unas piedras y ante las ruinas comenzó el relato.

Y aquí viene el papel de Alicia en todo este viaje vital y su amor por ella (¡cincuenta y cinco años juntos!), que dejó tan profunda huella en mi propia vida, tremendamente hastiado de la posmodernidad y del “amor líquido” sobre el que suele insistir Zygmunt Bauman. En medio de su rememoración política —resumida en este libro apasionante—, hizo una pausa minúscula, se detuvo un segundo y me disparó a quemarropa: “no te acuestes con las estudiantes a las que les das clase”. Hizo otro medio segundo de pausa y siguió, como si nada, con el relato de esa historia anónima y heroica de épica revolucionaria: a pleno tono con aquella famosa descripción que en 1895 José Martí le envió a Manuel Mercado: “en silencio ha tenido que ser”. En ese momento de sorpresa ¡No entendí cómo ni porqué alguien mayor que yo, con quien recién empezábamos a trabar una amistad profunda, incursionaba de repente en lo más terrenal y microscópico de la vida cotidiana para regresar al instante con el repaso de los problemas globales, globales, marco de las dificultades, las aventuras y desventuras de la revolución mundial!

Recién lo pude comprender más tarde cuando me encontré personalmente con Alicia, conociendo su papel en toda esta historia de militancia y amor genuino que a lo largo de más de medio siglo los une.

Las industrias culturales y el (neo) macartismo

¡Qué enorme y chocante distancia entre este aventurado viaje de amor y compromiso militante revolucionario, compartido durante tantas décadas (propio de la literatura de ficción, sólo que aquí se relatan hechos verídicos), si lo comparamos con esas series manipuladoras, mediocres, perversas y absolutamente macartistas que promociona la industria del “entretenimiento” de Hollywood, por ejemplo, a través de *Fox Television Studios* o Netflix!

de sus familias en pos de un proyecto integral, antiimperialista, revolucionario, en busca de una nueva y buena sociedad. No por dinero sino por amor y por ideales, algo desconocido para los ideólogos del capitalismo.

La trillada tesis de la serie hollywoodense, centrada en la supuesta motivación dineraria para realizar tareas de inteligencia comunista, fue atribuida con nombre y apellido a Gilberto y Alicia por el periodista estadounidense David Wise, en su libro (2000) *Cassidy's Run: The Secret Spy War Over Nerve Gas* ([La carrera de Cassidy: La guerra secreta de espías sobre el gas nervioso]. Nueva York: Random House, 228 pp.). Dicho libro expresa la versión oficial del FBI sobre el caso de Gilberto y Alicia, conocidos como “los palmetos” por el código secreto de la inteligencia norteamericana, que los había detectado en 1971 gracias a que el aparato de contraespionaje del FBI había plantado “un topo” o doble agente en los servicios militares del GRU soviético. Siguiendo fiel y sumisamente el libreto de la inteligencia norteamericana, Wise acusó a Gilberto López y Rivas y Alicia Castellanos Guerrero de haber recibido entre 8.000 y 10.000 dólares por cada entrega de información intercambiada con los servicios secretos del Ejército rojo. Es decir, que según la versión oficial del gobierno de EEUU, Gilberto y Alicia no habrían sido más que dos simples mercenarios que perseguían ganar dinero realizando tareas sucias.

La acusación nunca pudo ser probada, pero repetía al pie de la letra la intención de deslegitimar y ensuciar a los revolucionarios antiimperialistas atribuyéndoles lo que en realidad era moneda corriente en el caso de la CIA, el FBI y la NSA —según relatan algunos desertores de la CIA, asqueados de las sucias tareas encomendadas por sus antiguos jefes.

El caso más reciente es el de Edward Joseph Snowden, conocido especialista informático de la CIA, que publicó archi-vos clasificados sin autorización de la Agencia Nacional de Seguridad [NSA]. Sus denuncias contra sus viejos jefes se volvieron célebres y fueron muy difundidas en la opinión pública a nivel mundial porque dejaban al descubierto y **desde adentro** la podredumbre de la inteligencia de

PRÓLOGO

su propio país, la falacia de la supuesta “sociedad abierta” (sobre la que gustaba disertar hipócritamente Karl Popper), el control totalitario sobre toda la población y la injerencia descarada, extraterritorialmente, que violaba la soberanía en todos los demás países del globo.

A pesar de que la vida real muestra lo contrario, no es casual que la motivación que gira alrededor del dinero juegue un lugar central, tanto en la literatura periodística macartista como en las películas de Hollywood que están centradas en agentes de inteligencia revolucionarios o antisistema. Por lo general, los guionistas de estas películas les atribuyen a los militantes comunistas, antiimperialistas y a cualquiera que disienta con el sistema y el régimen de dominación, algún plan maquiavélico donde predomina la ambición personal, el mesianismo loco (“vamos a dominar el mundo”) o la búsqueda de suculentas ganancias individuales.

Por fuera de las pantallas, los guiones controlados y monitoreados por los aparatos de vigilancia yanquis y las industrias culturales de “entretenimiento”; en la historia real, el desertor y ex agente de la CIA Philip Agee dejaba bien en claro, ya en 1974, en su famoso libro *Inside the Company: CIA diary* [*La CIA por dentro. Diario de un espía*; también traducido como *Diario de la CIA: La “Compañía” por dentro*]; que el dinero —y no la ideología o los proyectos político-culturales— constituía el núcleo y método principal de reclutamiento en las agencias de inteligencia norteamericanas (Age, 1979: p.58; 1987: pp. 59 y 64). Hablaba de la realidad que él mismo conoció y del aparato en el que él trabajó, no de fantasías literarias. La descripción descarnada de Philip Agee no vale sólo para el caso de la CIA, sino para el conjunto de instituciones dedicadas a la inteligencia imperial (la CIA y el FBI no son las únicas agencias estadounidenses). Recordemos que, en el año 2012 —ya desaparecida la URSS—, el Estado norteamericano contaba con 854.000 personas (¡casi un millón!) empleadas en actividades de “inteligencia y contraterrorismo” a lo largo de todo el territorio estadounidense (Boron, 2013: p. 177). Las agencias de inteligencia (que operan dentro y fuera del territorio norteamericano) llegaban casi a dos decenas. Un

estado policial y un control del pensamiento que convierte a la sombría novela **1984** de Orwell en un inocente juego de niños.

Periodizar los años 60 y 70: el contexto histórico

Los hechos relatados en *Nadie puede ser amigo de todos* sólo cobran sentido y se pueden comprender a condición de ubicarlos en **un contexto histórico** de los años 60 y 70 (para periodizar esas décadas recomendamos Fredric Jameson, 2014: pp. 575-611).

Si tomamos en cuenta esos antecedentes documentados de las operaciones encubiertas, ilegales y clandestinas de la CIA, el FBI, la Agencia Nacional de Seguridad (NSA) y otras, que se prolongan y multiplican exponencialmente hasta el presente —pasando, incluso, por la proclamada “guerra infinita”, y las actividades eufemísticamente denominadas de “contraterrorismo” y “Seguridad Nacional”, posteriores al 11 de septiembre de 2011—, esta historia comienza a tomar color, adquiere sentido y asume plena racionalidad. En cambio, si se hace abstracción de la época histórica y sus problemas hasta hoy irresueltos, los relatos de Gilberto se vuelven un absurdo delirante.

Pienso, entonces, que la clave de bóveda para comprender a fondo, en forma cualitativa, el sentido de las motivaciones de las acciones y tareas que explican las razones que llevaron a Gilberto y Alicia a tomar la decisión de realizar actividades de inteligencia destinadas a neutralizar y contrarrestar el militarismo norteamericano **tiene que ver y está profundamente ligada a un contexto histórico** marcado por:

- a) La existencia de un “complejo militar-industrial” en el corazón mismo de la economía estadounidense, también conocido como keynesianismo militar y capitalismo monopólico (Paul Baran y Paul Sweezy, 1969: pp. 143-173);
- b) La permanente política monroísta de expansionismo y agresiones externas del Pentágono y la industria militar

PRÓLOGO

norteamericana contra los pueblos, movimientos, organizaciones y sociedades del tercer mundo (Stella Calloni, 2005 y Centro Internacional para la Promoción de los Derechos Humanos, 2015);

- c) La política exterior de EEUU (de republicanos y demócratas) centrada en la carrera armamentística destinada a desviar las prioridades de la Unión Soviética hacia los gastos militares, desgastando y desangrando las economías de los países del Este europeo que intentaban, con variada fortuna (y no poca burocracia), emprender una transición mundial al socialismo. Dicha carrera armamentística, planificada y premeditada, tenía por finalidad obligar a su “enemigo” a restar los recursos sociales que deberían haber sido invertidos en educación, salud y en cuotas elementales de consumo popular (David Harvey, 2007: pp.62-69; Ernest Mandel, 1969, Tomo III: pp.11-93; 1976: pp.184-207 y 1980: pp.269-304);
- d) La existencia de la guerra fría, que por momentos se transformó en “guerra caliente” (como durante la crisis de los misiles en Cuba y los bombardeos permanentes contra Vietnam del norte, por lo menos, hasta la definitiva derrota yanqui de 1975) (Noam Chomsky, 2002: pp.203-220);
- e) La crisis interna de los propios Estados Unidos a partir de la represión de sus propios movimientos de protesta, el escándalo del caso Watergate y las repercusiones internas de la derrota bochornosa en Vietnam (Howard Zinn, 2004: pp. 395-440).

Ubicados dentro de las coordenadas de ese imprescindible **contexto histórico**, no resultaba descabellado ni delirante contribuir a contrabalancear el poder feroz del imperialismo norteamericano y su industria bélica. El frágil “equilibrio estratégico” entre las dos superpotencias habilitó, de hecho, la posibilidad de las revoluciones de liberación anticolonial y nacionales del tercer mundo, sumándole a EEUU mayores dificultades en la lucha anticubana, así como en las guerras de Corea y Vietnam. Incluso de manera indirecta, dicho “equilibrio estratégico” permitió mantener

(al menos durante treinta años) la ilusión del “estado de bienestar” en Europa Occidental, obstaculizando de paso la ayuda capitalista occidental a Sudáfrica, lo que a su vez contribuyó a la victoria cubana-angolana que derribó, por fin, el oprobioso *apartheid*, permitiendo a su vez la independencia de Namibia.

Ficciones y realidades de la lucha comunista

A contramano de ese periodismo macartista y esa industria cultural fanáticamente anticomunista que siempre intenta deslegitimar a los revolucionarios, a la hora de retratar literaria y cinematográficamente las tareas de la inteligencia comunista, en el plano de la ficción, me atrevo a recomendar la lectura del libro de Julián Semionov ***Diecisiete instantes de una primavera*** (publicado en Argentina en dos ocasiones: 1984 y 2014). Su personaje principal lleva el nombre de Stirlitz, agente secreto de la Unión Soviética que logra infiltrarse en los altos círculos de la GESTAPO nazi. Esa serie, radicalmente contraria y opuesta a los estereotipos de Hollywood, fue llevada a la pantalla televisiva en Moscú en 1973. Fue filmada en los Estudios de Cine Gorki y dirigida por Tatiana Lióznov, siguiendo fielmente la extraordinaria novela de Semionov (quien vivió en Argentina a pocas cuadras de mi vivienda, en un barrio sumamente popular). A pesar de tratarse del nazismo y de la lucha antinazi, esa serie que cuenta con doce capítulos, los que todavía hoy se pueden ver gratis en la web con subtítulos en castellano, no contiene escenas de tiros, mercenarios comunistas, desnudos permanentes ni golpes bajos que insistan con repetir la tortura hasta el hartazgo (para que los televidentes se acostumbren a ella y la acepten como algo “normal”). Además, cuenta con una música muy cálida y un manejo de cámara completamente heterodoxo para la época en que fue filmada. Una estética y una mirada ética (no moralista, sino ética) que la industria de Hollywood —la de ayer, la de hoy— sencillamente desconoce.

¿Por qué nos detenemos en el tema de la inteligencia comunista, en sus representaciones literarias, cinematográficas y su

de informaciones exteriores, temiendo conspiraciones que no existían. (Si se me permite una anécdota personal, recuerdo haber escuchado personalmente a Fidel Castro hacer un balance en público, en una conversación con delegados extranjeros invitados a La Habana por Casa de las Américas, pronunciando la siguiente frase lacónica y demoledora “Si no fuera por los errores de Stalin, la segunda guerra mundial terminaba en Lisboa y no en Berlín. El Ejército rojo hubiera tomado toda Europa”).

Trepper y Sorge pertenecieron a lo que se conoció como “La Orquesta Roja”. Según testimonios de jerarcas nazis, como el almirante Canaris, jefe de la Abwehr (organización de inteligencia militar nazi), las actividades de “La Orquesta Roja”, dirigida por Trepper, costaron al régimen nazi la caída de 200.000 soldados nazis, genocidas y torturadores. Aquellas aventuras del espionaje comunista y revolucionario (propias de la vida histórica real de la segunda guerra mundial, no de las ficciones macartistas y unilaterales de Hollywood) pueden reconstruirse leyendo dos libros formidables. Uno de ellos está construido según el género de “novela histórica” aunque en realidad retrata hechos verídicos. Su autor es Gilles Perrault y se titula **La Orquesta Roja** (ediciones varias, ver bibliografía). El otro es el testimonio, en primera persona, de Trepper, titulado **El gran juego**. En ambos sobresale el heroísmo desinteresado y el internacionalismo bolchevique que de ningún modo pueden quedar opacados o diluidos por las torpezas represivas del estalinismo (que, dicho sea de paso... ¡encarceló a Trepper finalizada la segunda guerra mundial, durante una década, en lugar de condecorarlo como un héroe!).

¿Cómo no vincular y asociar lo que nos cuenta Gilberto con el mismo heroísmo anónimo, humilde, leal e internacionalista de Trepper, Sorge y sus compañeros? Idéntico heroísmo al del cubano Manuel Piñero Losada (conocido popularmente como comandante “Barbarroja”, jefe del Departamento de Liberación Nacional o Departamento América de la Revolución Cubana) o al de Tamara Bunke Bider (conocida simplemente como “Tania”, agente de inteligencia comunista argentina-alemana y combatiente de la guerrilla del Che Guevara, asesinada en Bolivia). En mi opinión el

PRÓLOGO

libro de Gilberto López y Rivas ***Nadie puede ser amigo de todos***, escrito desde Nuestra América, se suma desde la primera página hasta la última a esta saga entrañable de gente muy querible y admirada.

Por eso estoy convencido que este relato será de gran utilidad para que una nueva generación de rebeldes de todos nuestros países aprenda y se eduque en el espíritu de la militancia revolucionaria antiimperialista, basada en una ética comunista, en grandes ideales, ajenos por completo al mundo mediocre del mercado, el dinero, el egoísmo y el interés personal. Nada de “amor líquido” o “pensamiento débil”. Aquí Gilberto nos muestra otro camino, el del amor revolucionario, el de la pasión por la transformación revolucionaria de la sociedad en las tareas más diversas, pero siempre con el mismo objetivo: cambiar el mundo de raíz.

La reflexión del marxismo indo-latinoamericano

El plus que Gilberto le agrega a esta larga historia de luchadores y luchadoras de tiempo completo es que nuestro amigo mexicano, además de realizar tareas prácticas junto a Alicia, se ocupó de aprovechar su “leyenda” (perfil visible para el enemigo) para ir reflexionando y escribiendo sobre distintos desafíos del marxismo en el terreno de la teoría. De este modo fue elaborando un pensamiento muy complejo sobre la cuestión nacional y el imperialismo, la autonomía de los pueblos originarios y su resistencia contra lo que don Pablo González Casanova denominó *colonialismo interno*. Así como también el estrecho y sucio vínculo que el imperialismo estadounidense, sus fuerzas militares contrainsurgentes y sus agencias de espionaje fueron construyendo a lo largo de décadas en el uso y manipulación de las ciencias sociales, desde la antropología a la sociología, la lingüística y los estudios culturales. Empleadas todas estas disciplinas —prostituyendo a las ciencias sociales— para volver más eficaz cada invasión, cada represión, cada genocidio.

De modo que tras la sonrisa simpática, bonachona e inofensiva de este curioso y singular “profesor” de antropología, nos encontramos con un compañero entrañable y, en muchos sentidos, con un paradigma de lo que debe ser un revolucionario de tiempo completo (como preconizaba Lenin), que combina la teoría con la práctica y viceversa. Es decir, alguien que estudia, reflexiona e investiga defendiendo a “los de abajo”, pasándole el cepillo a contrapelo a la historia oficial y, al mismo tiempo, que milita en todos los terrenos: desde una tribuna parlamentaria, un periódico progresista, un puesto de profesor universitario, un barrio, una comunidad de pueblos originarios, hasta una organización clandestina e, incluso, por si todo ello no alcanzara, puede realizar tareas de inteligencia para detectar, vigilar, frenar y finalmente contrarrestar, en el propio territorio imperialista, el “complejo militar-industrial” (esta expresión entrecomillada fue la que empleó para describirlo el presidente Dwight D. Eisenhower [1890-1969] en su discurso televisado el 17 de enero de 1961, al terminar su mandato como presidente de Estados Unidos).

Como alguna vez escribió nuestro querido Rodolfo Walsh, desaparecido y asesinado por los militares argentinos: “Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de los hechos anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece, así como propiedad privada, cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas”.

Precisamente para no comenzar otra vez de cero, este libro de Gilberto quedará en la historia junto a ***La orquesta roja; El gran juego y Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión.***

Por todo lo dicho no queda más que invitar a leer esta obra apasionante. Seguramente será de gran ayuda y enseñanza — como le hemos insistido, en broma y en serio, por todos los medios, durante varios años, al autor y a Alicia— para el aprendizaje y la formación del espíritu rebelde de una nueva generación de luchadores y luchadoras. No sólo del territorio mexicano sino de toda nuestra América.

PRÓLOGO

Gracias Leopold Trepper. Gracias Sorge.
Gracias Piñeiro. Gracias Tania.
Gracias Gilberto. Gracias Alicia.

Siempre agradecidos.

¡Hasta la victoria siempre!

NÉSTOR KOHAN
Buenos Aires, 15 de marzo de 2023

— |

| —

— | NP

D an

PPNPfinaNad PPfimped D D | —

Capítulo 1

El reclutamiento

Fue en el año de 1962, cuando cursaba la preparatoria, que comencé a colaborar indirectamente con la Inteligencia Militar del Ejército Rojo (GRU), de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El GRU (*Glavnoe Razvedyvatelnoe Upravlenie*), o **Directorio Principal de Inteligencia**, fue creado hace más de un siglo, en 1918, por orden del Consejo Militar Revolucionario de la joven Revolución rusa, con el objetivo de coordinar las acciones de las agencias de inteligencia del ejército en formación. Vladimiro Lenin, como dirigente principal del Partido Bolchevique y jefe de gobierno, participó en su establecimiento con la tarea de obtener toda información económica, política y militar que, fuera de las fronteras de la URSS, tuviera una significativa importancia para su defensa. El GRU se distinguió por mantener su autonomía frente a otros servicios como el KGB (*Komitet Gosudárstvennoy Bezopásnosti* o **Comité para la Seguridad del Estado**) e incluso frente al propio Partido Comunista. Después de la desaparición de la Unión Soviética, el GRU permaneció bajo control del mando militar y nunca fue disuelto o dividido, como ocurrió con el KGB, después del golpe de Estado de 1991.

Su trabajo fue muy importante durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente a través de sus redes en Europa y Japón, dirigidas respectivamente por Leopoldo Trepper y Richard Sorge. El triunfo de los ejércitos soviéticos en Stalingrado, que fue el

principio del fin del régimen nazi, no hubiera podido ser posible sin la vital información proporcionada por las redes operando en Bélgica, Francia, Alemania y Suiza, principalmente. Durante la llamada “Guerra Fría”, el GRU fue el más efectivo de los aparatos de espionaje, tanto en Europa como en Estados Unidos. Es legendaria su penetración en los órganos británicos y estadounidenses de inteligencia y contra inteligencia.

Para un joven que no había cumplido aún los veinte años y recién *converso* al comunismo, la solicitud de mi reclutador de “proporcionar documentos” de identificación mexicanos, como pasaportes, cartillas y actas de nacimiento para —imaginaba yo, pues no era conveniente preguntar demasiado— ser utilizados por agentes soviéticos para su eventual infiltración a Estados Unidos, resultaba una *tarea revolucionaria* de la mayor importancia.

Lejos estaban las ideas socialistas y comunistas en esos años de tener las connotaciones negativas de hoy en día, después del derrumbe de la Unión Soviética y la desaparición del campo socialista. Se presentaban ante nuestras mentes juveniles con toda la carga de utopía y humanismo que ofrecían sus exponentes, reforzados por la injusticia social que se vivía y el ambiente autoritario y represivo del régimen priista que sufrió México por más de siete décadas. En esos años, eran abrumadores la presencia y el control del partido en el poder del aparato de Estado (incluyendo las fuerzas represivas policíacas y militares), los medios de comunicación y la sociedad en su conjunto. El presidencialismo estaba en todo su apogeo y era inconcebible el derrumbe de este régimen, al menos en el corto plazo.

A dos años de haber llegado del puerto de Veracruz para ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria número siete de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), había sufrido una radical transformación política y de carácter que consistió en perder una buena parte de mi timidez de adolescente que vivía “en provincia”, e ingresar, sin muchos preámbulos y de manera casi natural, a la célula de “prepas” de la organización juvenil (Juventud Comunista) del Partido Comunista Mexicano (PCM).

EL RECLUTAMIENTO

El Partido, fundado en 1919, al calor de la revolución rusa, cumplía su papel de oposición de izquierda en un estatus cercano a la ilegalidad y con presencia en sectores reducidos del movimiento obrero, campesino y estudiantil. En la década de 1960, en que fui reclutado, el gobierno mexicano perseguía a los militantes del PCM con especial celo y, las más de las veces, con procedimientos ilegales y de *guerra sucia* por su participación en la huelga ferrocarrilera de 1959 y en el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), en los inicios de la siguiente década.

La preparatoria siete, que fundó nuestra generación, se encontraba en pleno centro histórico de la Ciudad de México, en la calle de Licenciado Primo de Verdad, apenas a unos metros del ala norte del Palacio Nacional. Como la mayoría de las instituciones públicas de educación superior en aquel tiempo, la preparatoria era un centro de actividades políticas y culturales marcadas por la clara hegemonía de la ideología proveniente de la izquierda marxista entre estudiantes y profesores, y por un acontecimiento que estremeció de una manera u otra a todos los latinoamericanos conscientes políticamente: el triunfo de la Revolución Cubana el primer día del año de 1959.

Cuando se observa en retrospectiva, más de 60 años después, esta resistencia del pueblo cubano a la acción demoledora de Estados Unidos y sus aliados y se hace recuento de los numerosos procesos revolucionarios, democráticos y aun tímidamente nacionalistas abortados por la acción conjunta de fuerzas internas y los conocidos instrumentos subversivos estadounidenses, se constata lo inconmensurable de la tarea realizada por este pequeño país que ha decidido, desde entonces, soberanamente su destino por más de seis largas décadas.

En esos históricos días que siguieron al triunfo rebelde y su entrada apoteósica a La Habana, las figuras de los jóvenes dirigentes del **Movimiento 26 de Julio**, de *Che* y Fidel, principalmente, su radicalismo armado, su desenfado y originalidad en formas discursivas e indumentarias, y su rápido accionar en favor del pueblo y en contra del “imperialismo estadounidense”, impactaron

nuestra imaginación y estimularon las esperanzas del triunfo del socialismo en el resto de América Latina.

Recuerdo todavía, sería mediados del año de 1960, un documental en película de ocho milímetros exhibido en una de las aulas llena de estudiantes de la preparatoria, en el que aparecía Fidel Castro en La Habana pronunciando un discurso en una Plaza de la Revolución a reventar, con su voz de menos a más, sus movimientos de manos circulares para mayor énfasis, *“democracia es ésta que le da el fusil a los obreros, que le da el fusil a los campesinos, que le da el fusil a las mujeres, que le da el fusil a los estudiantes, y esto sólo lo puede hacer un gobierno verdaderamente democrático”*.

Era una lógica arrolladora, contundente, directa, para quienes cada vez que salíamos a la calle a defender esa revolución, o a protestar por los presos políticos de nuestro país, recibíamos una dosis de democracia “a la mexicana” del *heroico* cuerpo de granaderos en forma de gases y garrotazos, que algún iluso patriota en una ocasión intentó detener en una esquina de la calle de Bolívar, del Centro Histórico, encaramado a un poste del alumbrado público, entonando el himno nacional, sin que tan loable acto fuera comprendido del todo por los atacantes que le dieron, eso sí, una *patriótica* paliza.

El país, *como siempre*, pasaba por una situación difícil. Recién en 1959, durante la presidencia de Adolfo López Mateos, se había reprimido brutalmente la huelga de los ferrocarrileros y encarcelado a sus principales dirigentes, Valentín Campa y Demetrio Vallejo; el movimiento magisterial encabezado por el profesor Othón Salazar, —fallecido en el 2008, después de una vida de congruencia y entrega a la causa de la revolución—, era también hostigado por las fuerzas policiacas e, incluso, como parte de los simpatizantes convocados a un mitin político magisterial, todavía me tocó emprender una retirada precipitada ante una carga de caballería, de los esbirros con sable en mano, en la calle de San Cosme, frente a la Escuela Normal Superior, contra alumnos y profesores normalistas.

La principal consigna de esos años, **“libertad a los presos políticos”**, sintetizaba la indignación de amplios sectores,

EL RECLUTAMIENTO

particularmente de los estudiantes, quienes se movilizaban a través de nutridas marchas en protesta por la política antidemocrática del régimen. De hecho, la primera manifestación que presencié en mi vida fue la de un profuso contingente de alumnos de la UNAM reclamando la libertad de los presos en 1960. Yo me encontraba en una parada de camión al lado del Palacio de Bellas Artes y fue tal el impacto al observar el nutrido contingente que venía saliendo de la calle 5 de mayo, que sin pensarlo mucho me uní a la marcha sin saber exactamente de qué se trataba, pero fuertemente motivado por su festiva mezcla de indignación y desmadre juvenil.

En la preparatoria, el estudio era, en realidad, un subterfugio para todas las formas de acción política imaginables. Las actividades culturales eran una vía para dirimir nuestros pleitos con los estudiantes de la derecha universitaria: si ellos creaban el “Liceo Alfonso Reyes”, nosotros organizábamos, como contraparte, el “Pablo Neruda”. En este grupo cultural estaban, ya como escritores juveniles, José Agustín y René Avilés, quienes han recreado en algunas novelas esa década de los sesenta en el ámbito estudiantil. Participábamos en todos los concursos de poesía, oratoria y declamación que organizaban las autoridades universitarias y al ganarlos casi todos, demostrábamos, o así lo creíamos, al menos, la *superioridad* de la izquierda, del marxismo y de quienes en sus filas militábamos.

Sin embargo, aparte del engreimiento propio de la edad y de los nuevos conversos, actuábamos de buena fe, sin esperar nada y sabiendo que, por el contrario, era muy factible la represión, la cárcel, la tortura y hasta, si uno se ponía dramático, la muerte.

Incluso en el interior de la preparatoria se extendía la mano represiva del régimen a través de la actividad constante de los “*porros*”, golpeadores profesionales organizados, solapados y pagados por las propias autoridades (como hasta el día de hoy), e infiltrados por la policía para mantener a raya al movimiento estudiantil de oposición. Los porros propinaban severas golpizas a quienes se identificaban como posibles dirigentes y mantenían en zozobra la vida académica de la escuela con frecuentes peleas inter estudiantiles que ellos provocaban para mantener desunido al

estudiantado, llegando incluso a sitiar locales que eran defendidos o atacados con piedras desde las azoteas y combates con cadenas “bóxer” e incluso armas blancas y de fuego.

En la preparatoria había una banda de estos facinerosos que hacía su trabajo sucio con la complacencia de las autoridades. Sabiendo que yo había sido electo por los estudiantes “jefe de grupo” y que comenzaba a ser conocido por actividades políticas, uno de los más feroces miembros de las guardias porriles se me acercó para avisarme lacónicamente: “flaco, te esperamos a la salida” (pesaba escasos 60 kilos), lo que en esos tiempos significaba una paliza segura, y con el agravante de que el día anterior, ellos mismos habían dejado severamente dañado de un ojo a un compañero.

Movido más por un instinto de conservación y por el miedo a ser molido a golpes afuera de la institución, crucé el patio central del edificio hacia la esquina donde estaba la pandilla de golpeadores, me planté frente a su dirigente y sin mediar palabra alguna, y para sorpresa de todos sus compinches, le di una cachetada en pleno rostro, recibiendo inmediatamente un certero golpe en la quijada que me hizo perder el conocimiento, volviendo en sí, para mi sosiego, en el territorio “seguro” de una oficina de la preparatoria.

En los extraños códigos de honor de los porros, este hecho, presenciado por numerosos estudiantes, fue una especie de “salvoconducto” que me permitió no sólo no ser atacado por ellos desde ese momento, sino incluso tener el turbio privilegio de sus efusivos saludos.

La generación nuestra leía mucha literatura soviética y “revolucionaria”, en general, para alimentar voluntades y vencer nuestros naturales temores: **El tábano** (Ethel Lillian Voynich), **Así se forjó el acero** (Nikolai Ostrovski), **La joven guardia** (Alexander Fadeiev), **El poema pedagógico** (Antón Makarenko), que exaltaban lo épico de las luchas sociales, el papel del valor individual y de grupo, las cualidades morales de los rebeldes y revolucionarios y, sobre todo, de los comunistas, como abnegados, sacrificados combatientes que morían cantando *La Internacional*.

También estudiábamos sobre la naturaleza de los servicios y aparatos represivos: el libro **Lo que todo revolucionario**

debe saber sobre la represión (V́ctor Serge) era ampliamente comentado en los círculos de los iniciados y ni que decir las obras de Marx, Engels, Lenin, libros sobre materialismo hist́rico y dialéctico, manuales de marxismo que servían para enfrascarnos en bizantinas discusiones sobre las “determinaciones de la estructura sobre la superestructura” y de cómo, finalmente, la matriz clasista podría dar la clave de todo, o de casi todo.

Nuestras posiciones, más que nada, descansaban en principios morales, en la naturaleza inhumana de la explotación capitalista y la innegable lucha de clases que vivíamos todos los días, quienes, como yo, no proveníamos de familias acomodadas o “burguesas”. Mi madre había trabajado hasta jubilarse como operadora en *Teléfonos de México*, viviendo una esforzada vida de angustias económicas y manteniendo hasta la juventud —a pesar del divorcio y sacrificios personales— a sus tres hijos.

Éramos *naturalmente* sectarios, pues veíamos el mundo en blanco y negro, profundamente anticlericales y llevábamos nuestros argumentos marxistas a todos los ámbitos de la vida, las relaciones humanas y la cotidianidad. Sin embargo, sobraban el sentido del humor, el entusiasmo y estábamos plenamente convencidos de la justeza de los planteamientos de la revolución y del inevitable triunfo de nuestros ideales.

Nos educamos en el hábito de la puntualidad, la disciplina personal (no fumar, no beber, no consumir drogas) y el espíritu de sacrificio, todo lo cual llevado al extremo nos hacía monotemáticos frente a otros jóvenes más alivianados (*inconscientes*, “*pequeños burgueses*”, según nosotros) y, ciertamente, manteníamos un cierto grado de intolerancia hacia lo que no fuera el mundo de *la política*.

Heredamos la idea de “*la misión*”, el sentimiento de que los comunistas, los revolucionarios, teníamos que jugar un papel *hist́rico* en los acontecimientos que llevarían a la transformación de la sociedad. Ahora pienso cuantos sufrimientos ha conllevado para millones de luchadores y sus familias seguir la ruta de los “imprescindibles” que Bertolt Brecht expresara en su citada frase: “*Hay hombres que luchan un día y son buenos, otros luchan un*

año y son mejores, hay quienes luchan muchos años y son muy buenos, pero están los que luchan toda la vida, y esos son los imprescindibles". Para bien o para mal, nos considerábamos "imprescindibles".

También consumíamos relatos sobre la guerra de España, las Brigadas Internacionales, el sitio de Madrid, las luchas antifascistas de la segunda guerra mundial, especialmente la resistencia francesa y los *maquis* de otros países europeos, organizada principalmente por los comunistas, los héroes del pueblo armado luchando contra los invasores alemanes y los fascistas locales, los *colaboracionistas*. Estos hechos me han acompañado toda la vida y, además de las lecturas sobre esos temas, hemos visitado los museos sobre la resistencia: en París el dedicado a Jean Moulin, en el que se menciona apenas el importante papel del Partido Comunista Francés en el maquis; el de Ámsterdam, Holanda, país en el que se llevó a cabo la única huelga general durante la ocupación nazi en protesta por su política genocida contra los judíos; y el pequeño museo de Viena que se abre sólo por invitación y que visité gracias a mi amigo y colega austriaco, el antropólogo Leo Gabriel.

Recientemente (2023), visitamos Albacete, España, donde los y las voluntarias del mundo entero integraron las Brigadas Internacionales, que estuvieron en la primera línea de las batallas cruciales de ese cruento conflicto, en Jarama y Guadalajara, pero, especialmente, en la defensa de Madrid, hasta su emotiva despedida en Barcelona, el 28 de octubre de 1938.

Un modesto museo en el poblado de Madrigueras, donde se entrenaron e hicieron base los voluntarios británicos, rinde tributo a esos más de treinta cinco mil hombres y mujeres provenientes de más 70 países, entre ellos mexicanos, que fueron como voluntarios para hermanarse con la lucha antifascista, preludio de la segunda guerra mundial.

Pese a la derrota militar de la República Española, la semilla de la resistencia antifascista en esta guerra creció fértil y jugó un papel fundamental en el curso de la propia contienda que, por cierto, finalizara en estos días de mayo, pero de 1945, cuando el

Ejército Rojo toma Berlín y obliga a la rendición incondicional de la Alemania hitleriana.

En España, los fascistas pusieron a prueba sus nuevas armas, sus métodos masivos de exterminio y la experiencia española se convirtió en la advertencia de lo que sería el “orden fascista” en Europa. Paralelamente, España se convirtió en el crisol que alertaba a los fascistas sobre el espíritu de lucha de un pueblo y la fraterna solidaridad de los internacionalistas de todos los pueblos del mundo. Numerosos grupos de maquis y partisanos, contaban con excombatientes de españoles y de brigadistas.

Reportaje al pie de la horca de Julius Fucik, periodista checo condenado a muerte y ejecutado por los nazis, era un libro ampliamente comentado entre nosotros y una de las frases que lo había hecho famoso: “*Y lo repito una vez más: he vivido por la alegría, por la alegría he ido al combate y por la alegría muero. Que la tristeza nunca sea unida a mi nombre*”, se convirtió en una especie de lema de ese núcleo generacional del cual formaba parte.

Circulaba igualmente toda la literatura latinoamericana, particularmente en ese momento, sobre la guerra revolucionaria cubana, los testimonios del Che o de las guerrillas en Colombia (ya el comandante Manuel Marulanda, “Tiro Fijo”, fallecido en el 2008, andaba levantado en armas), en Venezuela, cuando Douglas Bravo dirigía las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional en el estado de Falcón y quienes le acompañaron, entre ellos, Teodoro Petkoff (ahora militante *distinguido* de la derecha venezolana), José Manuel Saher (alias Chema), Domingo Urbina (el ajusticiador del Presidente Carlos Delgado Chalbaud), Alí Rodríguez Araque, importante apoyo del fallecido presidente Chávez como ministro de Economía.

Recuerdo que a solicitud de mi ahora colega Rafael López (“El Chico”), ya en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), distribuíamos propaganda y banderines de las FALN. También nos solidarizamos con el movimiento revolucionario de Guatemala, con cuyos representantes manteníamos contactos frecuentes en un antiguo café frente al desaparecido cine Chapultepec, que eran, en el México de la época, naturalmente, clandestinos.

Con todo, nuestras prácticas revolucionarias en la Juventud Comunista del PCM no seguían muchas de las reglas de ese trabajo clandestino. Las reuniones de la célula *siempre* tenían lugar en el cuarto del fondo de la casa de las hermanas Tania (mi reclutadora para la Juventud Comunista) y Leslie Celaya, en Concepción Beistegui, casi esquina con División del Norte.

Un hermano de Tania y Leslie había muerto en la lucha revolucionaria de Guatemala, y otro fue el único mexicano que acompañó a los expedicionarios cubanos que desembarcaron del Granma en Cuba, y cuyos padres eran militantes del Partido Popular Socialista (PPS).

En esas reuniones planeábamos algunas tareas, manteníamos un círculo de estudios de marxismo y aprendíamos *todas* las canciones de la guerra de España, y naturalmente, *La Internacional*, e incluso algunas de los primeros tiempos de la Revolución rusa, como la de Katuska, la novia del soldado guardafronteras de la Rusia revolucionaria, cercada por los poderes imperialistas, que aún escuché con mucha nostalgia en las noches en que la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), en su épico levantamiento, transmitía sus programas de radio durante el año 2006.

Nuestro trabajo se concentraba en el estudiantado, aunque también atendíamos algunos sectores obreros, hacíamos “pintas” en las bardas de los barrios fabriles del entonces Distrito Federal, interrumpidas muchas veces por agitadas persecuciones policiacas. En una ocasión, me tocó viajar a Cuernavaca, Morelos, para visitar a un militante del PCM que vivía en un vagón de ferrocarril, de una antigua estación de trenes, en una austera pobreza, pero repleto, eso sí, de libros.

Al terminar la preparatoria e ingresar a la Facultad de Economía de la UNAM, la cual abandoné a los seis meses de cursar áridas materias, como contabilidad, fui “invitado” a alistarme a un grupo armado que recién se estaba organizando.

La discusión política sobre la ineficacia de los partidos comunistas para *vanguardizar* las revoluciones en boga, y lo que nos parecía a los más inquietos “inactividad revolucionaria” de la Juventud del

Partido Comunista Mexicano, que era vista como una organización reformista, me llevaron a esa decisión. Todavía Régis Debray no publicaba su famosa obra **Revolución en la revolución** (1966), aunque ya en 1963 dio a conocer **El castrismo: la larga marcha de América Latina**, que, juntamente con el libro del Che, **La guerra de guerrillas**, publicado en 1960, nutrieron las ideas de la lucha armada y la teoría del “foco guerrillero” como los caminos a seguir por los revolucionarios para lograr la transformación de nuestros países.

El grupo, que nunca tuvo un nombre como tal, se integró de varios afluentes: lo que había quedado del movimiento agrario dirigido por Rubén Jaramillo, quien fue asesinado el 23 de mayo de 1962; el sector dirigente del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), con Othón Salazar a la cabeza, y un agrupamiento de obreros, muchos de ellos de la fábrica de estufas “Acros”, de orientación maoísta, llamado Frente Obrero, dirigido por el abogado laboral Juan Ortega Arenas.

Othón, del que guardo una grata y respetuosa memoria, se distinguía, aun en los espacios de la clandestinidad, por su sereno liderazgo, la reverencia y cariño con los que se le trataba, su modestia, que iba a la par de su visible pobreza, y la *leyenda* (realidad) de permanente persecución que vivían él, su familia y sus partidarios.

Lo reconocí, a pesar de su *nombre de guerra*, por estos rasgos de su personalidad y el trato que recibía de sus allegados. Recuerdo que, en una ocasión, le escuché cantar, tocando él mismo una guitarra, el Corrido del Agrarista. Me correspondió viajar a Alcozauca, Guerrero, su pueblo natal, en arriesgados viajes en avioneta que partían de Huajuapán de León, Oaxaca, y que llegaban a improvisadas pistas de aterrizaje en la montaña en las que entrar y salir eran toda una peripecia de pilotaje.

Además de estos agrupamientos reconocibles en la geografía política de esos años, había en la organización en ciernes un grupo de intelectuales y profesionales, profesores, médicos, abogados, empleados del gobierno federal, y estudiantes que, como yo, constituíamos la “joven guardia” de la organización.

Mi salida de la Juventud Comunista fue traumática. Como no podía exponer las verdaderas razones por las que abandonaba sus filas, argüí algunas incoherencias que fueron interpretadas como “deserción”, por lo que en la única reunión que contó con la presencia de un dirigente del PCM, fui “expulsado” de la Juventud, para consternación de mis compañeros de célula que confirmaron mis *desviaciones pequeñoburguesas*, término usado para explicar todo tipo de conducta “anormal” entre los considerados *revolucionarios*.

Con mi ingreso a esta organización, cuyo denominador común era la vía armada, inicié una forma de participación más permanente y sistemática en la *carrera de militante profesional o de tiempo completo*. Una buena parte del día lo ocupaba en diversas tareas: desde la preparación en defensa personal, táctica de guerrilla, arme y desarme de pistolas y rifles de diverso calibre, elaboración de unas granadas de fabricación casera en latas de *spray* que traía de la bodega del Museo Nacional de Antropología (en aquella época en construcción), donde trabajaba por las mañanas, mismas que guardaba debajo de mi cama en un modesto cuarto de azotea que ocupaba en una de las cerradas de la calle de Guadalajara, en la Colonia Roma.

Contrario a la relativa inactividad en la Juventud Comunista, en la “organización” mantenía responsabilidades con células obreras asentadas en los barrios alrededor de la Cervecería Modelo, en las cuales formaba círculos de estudio; visitaba médicos para recolectar medicinas, que se clasificaban y con ellas se hacían paquetes que servían para el trabajo campesino; atendía a unos simpatizantes que aportaban dinero, uno de ellos en las oficinas de la Secretaría de Hacienda, en el ala norte de Palacio Nacional, otro en el viejo Museo de Antropología de la calle de Moneda; repartía el periódico de la organización, intentaba reclutar nuevos cuadros y simpatizantes en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en la que me inscribí después de mi salida de la Facultad de Economía; además, me daba tiempo para hacer mis investigaciones y conseguir documentos para los soviéticos.

Paralelamente, por esos años, ingresé al mundo campesino de las redes jaramillistas que todavía quedaban en el estado de

Morelos, a través de quien fue, hasta su muerte, mi compañero y amigo, Félix Serdán, abanderado del Congreso Nacional Indígena (CNI) y a quien el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) reconoció el grado de Mayor Insurgente. Félix, como Othón, es la representación de esa cepa de revolucionarios que mantuvo sus ideales en alto, viviendo en la pobreza con dignidad y activo políticamente, como cuando militábamos juntos, hasta los más de 90 años, que falleció, como cuando militábamos juntos.

“Rogelio”, como yo lo conocí, me enseñaba cómo viajar parado en los pasillos de los viejos camiones de pasajeros, cerca de las puertas, nunca sentado y mucho menos dormido, llegar a una casa y conocer convenientemente las salidas, no dar la espalda a ventanas y puertas, diluirse en las calles y reuniones sin mirar a la gente o hablar más de lo necesario, y otros muchos consejos prácticos que se van asumiendo como una *segunda naturaleza* de la apariencia exterior, la cual, por cierto, también cuidábamos de acuerdo a circunstancias y medios sociales.

En Morelos conocían a Félix también como “el Maestro” que incansable recorría, por el día, casas de simpatizantes y camaradas, arriesgándose a que lo ubicaran los sicarios del gobierno; por la noche, caminando a la luz de la luna (lo hice con él en esas condiciones) llegando a las chozas repletas de perros flacos sarnosos, hambrientos, ladrando a más no poder; en las ventanas, apuntando al intruso con las viejas carabinas 30-30, los rifles calibre 22, de quienes quedaban de las *tropas* de Jaramillo, escuchando sus planteamientos de “socialismo religioso”, ya que Rubén fue pastor protestante; en la voz de uno de quienes le sobrevivieron escuche: “*Si Dios nos trae al mundo desnudos, sin ser dueños de nada ni de nadie, ¿por qué alguien puede ser dueño de la tierra o del agua y mandar sobre otros? Todos somos iguales a los ojos de Dios*”.

En un fogón de un barrio pobre de Cuernavaca, conocí a una anciana que no parecía diferenciarse de otras, con sus enaguas y rebozo. “Esa viejita” —me dijo un compañero— “llevó armas, dinero, comunicados a Jaramillo cuando estaba peleando contra los sardos (soldados). Cruzaba los retenes de las tropas, vendiendo tacos en una canasta de doble fondo, nunca la descubrieron”.

Recuerdo que la represión contra los jaramillistas cobraba muchas víctimas y, algunos de ellos, como “Rogelio”, andaban a salto de mata o viviendo en casas de seguridad como “profesionales” de la organización. Uno de ellos, Rey Aranda, me causó gran impresión; hombre bien parecido, de bigotes zapatistas, que debiera haber andado en sus cuarenta, sembraba su tierra con sus dos hijos jóvenes cubriéndolo con sus carabinas.

Había sobrevivido a varios atentados, en uno de ellos —me contó uno de sus hijos—, mató a sus emboscadores tirándose del caballo mientras disparaba. No supe, finalmente, qué pasó con él, aunque en el año 2002, durante una ceremonia luctuosa en el estacionamiento de la zona arqueológica de Xochicalco —lugar del sacrificio de Jaramillo y su familia—, fue recordado por uno de los oradores.

Conocí, también, en una casa de seguridad en el entonces Distrito Federal, a uno que dijo ser “ajusticiador” al servicio de la causa jaramillista: un campesino bajo de estatura y delgado, parco para casi todo, menos para el tema de sus singulares “tareas”: cuando las redes de información de Jaramillo sabían que se estaba preparando un atentado contra él, nuestro hombre se adelantaba para prevenirlo: *“yo no les asesinaba”, me dijo, “siempre les daba su oportunidad, preguntando antes de desfundar, ¿fulano, no tienes un pendiente?”*

En retrospectiva, esto parecería sanguinario, pero en el contexto de la época era natural que hubiera una autodefensa popular frente al poder del Estado y sus secuaces represivos, que asesinaban y desaparecían militantes, gozando de protección e impunidad total. Nunca se exaltó ni se coincidió con el terrorismo o la violencia indiscriminada contra población civil, funcionarios o miembros de cuerpos represivos desarmados, todo lo cual incluso se criticaba como una desviación delincuencia, no revolucionaria. La vía armada se consideraba como un “mal necesario” ante la violencia de la dictadura de clase que se vivía, y se advertía sobre los peligros del “militarismo”.

En nuestra organización, los “entrenamientos” eran sin acondicionamiento alguno. Había que demostrar rudeza e *insensibilidad*

EL RECLUTAMIENTO

al dolor. Aprendíamos a caer al suelo sin lonas o resguardos. Frecuentemente andábamos con dolores corporales de las sesiones de “defensa personal”. Forrábamos los libros de judo o artes marciales, así como los libros de cubanos, chinos y vietnamitas sobre las guerrillas, para que no se observase su contenido en nuestros recorridos interminables por la ciudad.

También estudiábamos las contraguerrillas de los ingleses en Malasia, de los franceses en Argelia, pero el mencionado libro del Che *La guerra de guerrillas* se convirtió en la *Biblia*. Se analizaban las condiciones para el establecimiento del “*foco guerrillero*” en México e, incluso, se consideró la posibilidad de una especie de guerrilla itinerante que operara en varias regiones del país, apareciendo y desapareciendo, según las necesidades.

Se practicaba con las armas, las pocas que había, y se “ordenó” probar la efectividad de las “piñas” o granadas de fabricación casera que se acumulaban en mi azotea. Nuestra célula, compuesta por unos tres obreros, varios estudiantes y un físico atómico, el intelectual en “teoría de explosivos” que provenía de una familia muy acomodada, se trasladó discretamente a la zona del pedregal cercana a la UNAM, donde era frecuente que hubiera explosiones para obtener roca volcánica para la expansión del *campus* universitario.

Me ordenaron que probara la granada en una de las cuevas cercanas, no sin antes colocar alrededor de las paredes de la oquedad algunas tablas que mostrarían la efectividad de tuercas y tornillos que incorporábamos a la mezcla explosiva del proyectil. “Puedes contar hasta seis lentamente, sin mayor problema,” afirmó con seguridad el “Físico”.

Prendí la mecha y no llevaba ni tres escasos segundos cuando “la piña” explotó con gran estruendo, tirándome la onda explosiva hacia unas rocas, hiriéndome los codos al caer, pero salvándome de recibir alguna de las esquirlas que eficientemente habían abierto grandes orificios en las tablas de prueba.

El responsable que nos entrenaba, el ya fallecido Rubén Anaya, que, junto con mis otros compañeros se encontraba a conveniente distancia, me ordenó sin inmutarse de mis heridas y protestas, repetir

la operación, “para no traumatizarse negativamente por la experiencia”. Acaté la orden de inmediato, sólo que esta vez, precavido, utilicé un trozo de periódico, improvisado de papel sanitario, obviamente usado, lo prendí y con cómodo conteo de 15 segundos y a paso que me pareció digno, salí a salvo de la *fase II* del “experimento”.

Un día llegó a una casa de seguridad que manteníamos precisamente cerca de la UNAM, un muchacho de unos 20 años, sin los dos dientes delanteros, con cara de pocos amigos y con la fama pública de haber matado a dos policías en Apatzingán, Michoacán. A poco de estar hablando con él, de pronto, en un movimiento rápido que sorprendió a todos, desfundó la pistola y disparó hacia el patio, cayendo muerta a unos 30 metros una rata del certero balazo. Si bien lo regañaron por lo ocurrido, todos quedamos admirados de su destreza con el arma y su puntería.

El problema fue que la “dirección nacional” de la organización me ordenó marchar con este “*Bill the Kid*” michoacano rumbo a sus lares para “reclutar”, organizar y preparar un posible “foco revolucionario” en la zona montañosa de ese estado. Partimos días después del raticidio rumbo a Apatzingán, bajándonos del camión de pasajeros, unos kilómetros antes de llegar a este pueblo.

Cuando entramos a la zona urbana, él caminaba por una acera y yo en la contraria, con la mano en la pistola, sin desfundar, le “cubría” ante cualquier eventualidad. Llegamos pasadas las 11 de la noche al mercado, donde nuestro reclutado tenía familia. Dormimos a ratos en unos catres, haciendo guardia y preocupados de que alguien fuera a dar un pitazo a la policía.

Para mi tranquilidad, a las cuatro de la mañana salimos rumbo a la sierra, en un recorrido que duraría alrededor de dos semanas, en las que caminábamos durante el día hasta llegar a rancherías o pequeños poblados, en los que prevalecía una pobreza lindante en la miseria; hablaba sobre la situación del país, la necesidad de responder con las armas a la explotación que padecía la mayoría de los mexicanos y, finalmente, convocaba a los habitantes del lugar a unirse a nuestra organización.

En esta loca correría, el michoacano mostraba a todo mundo su arma, con la cual mantenía una estrecha simbiosis y un

EL RECLUTAMIENTO

grado avanzado de patología, circunstancia que provocó, junto al cansancio y el hambre, que se deteriorara nuestra no muy, desde el principio, armoniosa relación. Apenas si hablábamos y discutíamos de todo paso que se daba, ya que la dirección había puesto “el mando” en mi persona.

Así, llegamos a un ejido maderero en el que la mayoría de la población era blanca y de ojos azules, descendientes, sin duda, de los soldados que desertaron del ejército francés que ocuparon el país entre 1862 y 1867; los ejidatarios se encontraban en reunión, por lo que ingresamos a un aula grande en la que estaban unas doscientas personas.

En todo el recorrido nunca había hablado ante tanta gente, por lo que un tanto cohibido expuse las razones de nuestra presencia, la necesidad de organizarse para la revolución socialista que obligaba al pueblo mexicano a volver a tomar las armas. Terminado el “rollo revolucionario”, y siguiendo las mínimas medidas de seguridad, conminé a mi acompañante a salir inmediatamente de la ranchería.

Él se opuso tajantemente, arguyendo la inminente lluvia, el hambre de varios días y querer pasar la noche en el ejido; discutimos agriamente, pero no obstante logré imponerme, comenzando a caminar bajo un torrencial aguacero que nos empapó literalmente hasta los calzones y que hacía sonar las botas anegadas.

Un camión que transportaba tres enormes troncos nos dio un aventón hasta un claro en el camino, cerca de la carretera para Morelia, donde sobrevino una descomunal discusión entre los dos. Quedamos frente a frente a una distancia de unos tres metros, como en las películas estadounidenses del oeste. Yo no le quitaba los ojos del entrecejo esperando que desenfundara su mortífera pistola, pero en lugar de ello, inesperadamente, y para mi sorpresa, rompió en llanto alegando que “yo no lo comprendía”.

Un día después nos separamos, por primera vez, como amigos que reconocen que no es posible sostener una relación, y dos días más tarde lo mataron en Apatzingán, a donde le había insistido no volviese más. Por un compañero del ejido que después contactó a la organización, supimos que habíamos sido denunciados a las

autoridades militares a través de unos compradores de madera, y que se emprendió una búsqueda que no dio resultado por las condiciones climatológicas y lo rápido y oportuno de nuestra retirada.

Sin embargo, fui sometido “en ausencia” a un “juicio revolucionario” del que afortunadamente me salvé (esos “juicios” podrían tener resultados fatales) pues alguien cuerdo en la *dirección nacional* había escudriñado la insensatez total del proyecto y la irracionalidad que lo animó desde el principio.

Este tipo de situaciones se repetían cada vez más; se planeaban tareas que no se cumplían, acciones que finalmente no tenían lugar. Teníamos proyectado, por ejemplo, la *recuperación* de armas de un destacamento armado establecido en el Convento del Desierto de Los Leones, mismo que se estudió y planeó, sin que alguna vez se llevase a cabo.

Un *operativo de propaganda armada* para desaparecer los libros de deudas del usurero de un barrio obrero no se realizó, debido a que me quedé esperando al *contingente campesino* y a la *célula proletaria* que bajo mi dirección actuarían, mientras unos lúmpenes se hacían de unos vehículos “expropiados” que tampoco llegaron.

En la organización se daba una lucha *en las alturas* entre personalidades y grupos que afectaba a los “de base”, entre quienes me encontraba. La camaradería era sustituida por el encono y la alineación hacia uno de los grupos o dirigentes, y la desconfianza minaba los trabajos.

El movimiento estudiantil popular de 1968 tomó a los militantes profesionales por sorpresa. Dado que nuestras perspectivas apuntaban a sectores “estratégicos” (la clase obrera y como aliado “secundario”, el campesinado), los estudiantes, aunque eran una de nuestras principales fuentes de reclutamiento (yo mismo era estudiante), nunca apreciamos como *sujeto revolucionario* capaz de impulsar un proceso de la envergadura del que se inició el 26 de julio de 1968, a raíz de una violenta represión policiaca a la manifestación de apoyo a Cuba, en esa fecha muy significativa.

Un año antes de estallar el movimiento, había ganado las elecciones internas para ser el presidente de la Sociedad de Alumnos de la ENAH, cuyo alumnado, de unos 120 estudiantes, practicaba

EL RECLUTAMIENTO

una democracia directa y era, obviamente, hegemonizada por la izquierda. Participamos con entusiasmo en el movimiento, —y para proteger mi militancia clandestina—, se hizo la “grilla” entre los compañeros para nombrar al ahora reconocido antropólogo Andrés Fábregas Puig, representante de la Escuela ante el Consejo Nacional de Huelga.

Pasamos por el huracán extraordinario que fue el Movimiento, sus grandes marchas (nunca repetidas en el número de manifestantes y combatividad) y las letales represiones. El 68 mexicano fue un acontecimiento histórico de gran magnitud, que impactó a amplios sectores sociales a través de los jóvenes estudiantes, quienes como nunca sintieron el cariño y la protección del pueblo no sólo en la ciudad de México, sino en todos los estados donde el Movimiento se expandió.

Se demandaban mínimas libertades democráticas y el fin de un clima autoritario por parte de un Estado que no estaba dispuesto a conceder nada. Llegamos hasta el final decidido por los asesinos, hasta la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, donde fuimos masacrados por el Ejército y los cuerpos de seguridad del gobierno mexicano, y por los provocadores y paramilitares a su servicio. Este crimen nos marcó para siempre. Nos recuerda que finalmente la clase en el poder recurre al uso de la violencia genocida si se siente “amenazada”.

25 años después de la matanza, sentado con Félix Serdán, “Rogelio”, en algún lugar de la plaza, le dije: “*Félix, a ti te debemos la vida*”. Gracias a él, a sus enseñanzas morelenses, ante ciertos signos de provocación (civiles con botas del Ejército y sacos grandes, con quienes viajamos en un pesero hasta cerca del lugar del mitin), situamos el lugar del contingente de la ENAH, en la única esquina de la plaza donde era posible salir. Después de los primeros disparos y de las primeras víctimas, mi esposa, Alicia Castellanos Guerrero, mi hermano Eduardo (ya fallecido) y yo, pudimos protegernos en uno de los muros de un café que existía en la esquina norte, a un lado del edificio Chihuahua.

Cuando entró el Ejército, con los soldados portando sus fusiles reglamentarios con las bayonetas caladas, y tan aterrorizados

como sus víctimas, un suboficial dio la orden de dejar pasar a algunos de los que estábamos parapetados. A mi hermano se le “aflojaron las piernas” mientras corríamos hacia la avenida Paseo de la Reforma, así que Alicia y yo le cargamos un buen trecho.

Al llegar tuvimos que pasar unas tanquetas que iniciaron un segundo cerco y detener un *vocho* en el que escapamos ocho personas, antes que una columna de infantería estableciera un tercer cerco militar sobre la unidad habitacional Tlatelolco.

Este ha sido uno de los crímenes de Estado más aterradores que se registran en la historia del México contemporáneo. El ataque contra una multitud pacífica e indefensa se realizó con todos los agravantes de ley: premeditación, alevosía y ventaja, y en él participaron como autores materiales el ejército en uniforme y sin uniforme, esto es, el grupo paramilitar denominado “Batallón Olimpia” y los francotiradores apostados en las azoteas de los edificios próximos, los diversos cuerpos policiacos y de inteligencia de la época.

Los autores intelectuales más señalados son el presidente Gustavo Díaz Ordaz; su secretario de gobernación, Luís Echeverría Álvarez (quien murió centenario, en su cama); los mandos militares de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) y el Estado Mayor presidencial, así como altos funcionarios de la policía y del entonces Departamento del Distrito Federal. Ninguno de los responsables materiales e intelectuales ha sido castigado por ese delito de lesa humanidad, por lo que a más de 50 años priva la impunidad. Este acontecimiento cimbró para siempre a una generación que guarda en su memoria una lección indeleble que reitero: la clase en el poder recurre al uso de la violencia genocida si considera amenazados sus intereses y privilegios.

El Movimiento de 1968 es la culminación de una década de intensas luchas populares que se inició a partir de la represión de la huelga ferrocarrilera de 1959, el asesinato de Rubén Jaramillo, en 1962, el activismo del Movimiento Revolucionario del Magisterio, los movimientos huelguísticos de los telegrafistas y los médicos, y las acciones de una franja importante de grupos que optaban

EL RECLUTAMIENTO

por la lucha armada bajo la influencia del triunfo de la Revolución Cubana.

La década de los sesenta es una fragua de acciones, debates y acontecimientos que ponen en el centro la posibilidad de la revolución: recordemos que en estos años la comprensión equívoca de la experiencia cubana deriva, en muchos casos, en un *foquismo esquemático* y tiene amplias repercusiones que culminan con el apresamiento y asesinato de Ernesto *Che* Guevara en la Bolivia de 1967. El subcontinente latinoamericano era un rosario de movimientos guerrilleros y de grupos armados en preparación a los que no escapa México. La discusión sobre el reformismo de los partidos comunistas tradicionales se “subsana” en muchos países con grupos clandestinos, que, como en el que yo participaba, tenían como meta la acción armada.

El 68 se caracterizó por sus grandes y combativas marchas, las de agosto y septiembre, la del silencio, la de las antorchas; se recuerda por la generosidad, alegría, irreverencia e imaginación de esa generación marcada por un movimiento que le dio una señal de identidad.

Este movimiento se integró principalmente por estudiantes y profesores (pero también por padres y madres solidarios) de las distintas escuelas y facultades de la UNAM, el Politécnico, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, aunque se sumaron rápidamente alumnos de la educación media y superior de escuelas y universidades de diversas procedencias sociales, e incluyeron a no pocos estudiantes de centros universitarios privados incorporados a las brigadas de información y propaganda que recorrían la ciudad, y que constituyeron un efectivo mecanismo de comunicación que se enfrentó con éxito a los grandes medios controlados por el gobierno.

Se demandaban mínimas libertades democráticas, la libertad de los presos políticos y el fin de un régimen autoritario por parte de un Estado que nunca estuvo dispuesto a resolver el conflicto. Se llegó hasta el final trágico decidido por el poder, hasta Tlatelolco, donde se aprendió la significación de la dignidad y la lucha que no claudican y que fructifican hasta nuestros días.

Siempre recordaré, en ese día fatídico, a una mujer imperturbable y erguida, en medio de las balas, los gritos de los heridos y la angustia de la gente que frenéticamente buscaba protegerse; ella levantó lentamente sus brazos, haciendo con sus dedos la señal de la V de la victoria que el Movimiento adoptó, mientras la Plaza se llenaba de muerte, dolor y luto.

Después de quemar todo vestigio de propaganda “comprometedora”, pasar la noche en casa de amigos, salimos mi esposa y yo, en la madrugada del 3 de octubre hacia Puerto Escondido, Oaxaca, donde permanecemos una o dos semanas, definiendo que el esfuerzo debería centrarse en las tareas *internacionalistas* de la Unión Soviética.

En estas condiciones, poco a poco, lo periférico fue ocupando el papel de lo primario. Las tareas de los soviéticos fueron siendo cada vez más importantes con relación a las de la “organización”.

Realicé trabajos de investigación para contar con “biografías”. ¿Qué debe saber un mexicano común que haya nacido en la ciudad de México en 1940? Pasé muchos meses en la hemeroteca, fotografié y describí casas y colonias. Regresé, por ejemplo, a mi vieja privada de Cedro 56, en la Colonia Santa María de la Ribera, donde había pasado la infancia, en vivienda de tres espacios reducidos, sin regadera y en condiciones económicas precarias; me sorprendí cómo pudo habitar por años toda una familia, la mía, en esa estrechez y deterioro.

En estos casos, se trataba de “armar una vida”, crear una biografía. Había pasado dos años haciendo el servicio militar, supuestamente “porque me gustaba” y porque había “perdido la cartilla”. En realidad, las cartillas en blanco que se “perdían” iban a parar al GRU, que las utilizaba —eso imaginaba— para luchar contra los gringos, contra el imperialismo.

Tanta gente entraba a la oficina de reclutamiento instalada en la cercanía del Parque a la Madre, que nadie notaba que un delgado recluta, habilitado de subteniente, “expropiaba” unas cuantas, no por dinero o corrupción (que había mucha entre los militares), sino para “la causa”, por la revolución socialista.

EL RECLUTAMIENTO

En el segundo año en el Servicio Militar era muy querido por los reclutas, ya que no era fascista; marchábamos a la vista de los oficiales del Ejército aparentando ser tan duros como ellos y gritando órdenes, a diestra y siniestra, pero cuerdos más lejos, fuera de su observación, descansábamos plácidamente nuestro domingo, sobre todo aquellos muchachos que no habían dormido en toda la noche por haberse ido de juerga.

Incluso recuerdo que, con un pelotón, y por orden de los militares, arrojamos confeti al presidente Kennedy en su visita a México desde varias habitaciones del Hotel del Prado, que fueron utilizadas, de paso, por los reclutas para baños de tinas que muchos no habían experimentado en su vida.

También había libros de nacimiento no cerrados en numerosos pueblos del México rural, en los que era posible incluir una persona más; o muertos que bien podían, si no se había notificado su defunción, obtener un acta de nacimiento y ser “resucitados” milagrosamente.

Conforme la organización era presa de sus conflictos internos y menguaba por esa razón la actividad revolucionaria, más me adentraba en el trabajo para apoyar a la inteligencia militar soviética en sus esfuerzos por sembrar “mexicanos” en Estados Unidos y prepararme para un trabajo de mayor responsabilidad.

Durante más de cinco años había vivido una vertiginosa carrera de esfuerzos en el ámbito local que poco se notaban. La organización nunca, de hecho, entró en una confrontación militar abierta con el gobierno, aunque en el ámbito regional hubo bajas y presos, sin que se supiese nunca su verdadero origen. Habíamos mantenido una especie de potencial armado de más a menos.

Los aparatos represivos infiltraban muchas organizaciones que no seguían ciertas rutinas de reclutamiento prolongado que nosotros teníamos. Nunca supe la razón de nuestra suerte, pues trabajábamos mucho y en muchas partes, pero contrario a lo que ocurrió con el grupo de Rico Galán, de quien sabíamos de sus intenciones de levantarse en armas, el gobierno nunca detectó o golpeó a la organización mientras funcionaba.

En 1967 fue detenido el “Físico” por su presunta participación indirecta en un atentado contra la embajada boliviana con motivo del asesinato del Che Guevara, con una de las “piñas”, mismas que finalmente dejé en resguardo en una casa de seguridad en Morelos. Él no “cantó” o denunció a sus compañeros de armas y todavía hace años nos saludábamos con mucha propiedad y nunca comentamos de las mil reuniones en las que discutíamos las formas para establecer un foco armado en México. Finalmente, en el 2003, cuando era Jefe de Gobierno Delegacional de Tlalpan, me decidí a tocar el tema, agradeciendo su valor por no denunciarnos, a pesar de las torturas y la cárcel.

De hecho, hacia principios de 1968 mi principal actividad revolucionaria estaba conectada con el GRU, que preparaba mi reclutamiento de manera directa. Mi primer alias fue “El Muchacho”, hasta que me entregaron un pasaporte bajo el nombre de “Guillermo Lara Ríos”, con el que viajé a la Unión Soviética, por primera vez, en el frío febrero de 1969. La suerte estaba echada.

Capítulo 2

El entrenamiento

Todo engarzó después de la masacre del 2 de octubre de 1968 para que mi relación con el GRU cambiara cualitativamente de un trato indirecto a un reclutamiento en forma, que se expresaba concretamente en un viaje al “*Centro*”, esto es, Moscú, para recibir entrenamiento para tareas de inteligencia en Estados Unidos.

Como estudiante de antropología que había terminado la carrera, se me orientó para que escogiera un tema de tesis que justificase mi presencia en ese país. Ya en 1962 había cruzado por autobús, rumbo a Toronto, Canadá, territorio estadounidense.

En 1967, obtuve una visa de ingreso que todavía conservo para un recorrido que realicé por todo el suroeste, desde Texas hasta California, con un doble propósito: recoger información para escribir mi tesis de Maestría (ENAH-UNAM) sobre el tema de los mexicanos en Estados Unidos y, por el otro, escribir un informe sobre los establecimientos militares a lo largo de una ruta solicitada.

La “cobertura” antropológica se prestaba para mi trabajo clandestino, considerando que en aquella época numerosos agentes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) llevaban a cabo, con ayuda de antropólogos, periodistas y otros colaboradores, tareas en todo el mundo, pero, particularmente en América Latina, en contra de los movimientos guerrilleros y los procesos revolucionarios de todo tipo.

Recordemos que, durante la segunda guerra mundial, Ruth Benedict y otros antropólogos estadounidenses trabajaron para la Oficina de Información de Guerra, antecesor de la CIA, en un contexto diferente, pues se trataba de la lucha contra el eje nazi fascista. De esta relación con el aparato de inteligencia de Estados Unidos resulta el conocido libro de Benedict, **El Crisantemo y la espada**, que versa sobre la cultura japonesa.

Tenemos un ejemplo muy reciente de la utilización de la ciencia social por parte del complejo militar de Estados Unidos, mismo que analicé en un artículo publicado bajo el título de “Antropología, contrainsurgencia y terrorismo global”, que después, con otros materiales, se publicó en Venezuela en el año 2012, en formato de folleto¹, y unos años después en libro. Este trabajo da cuenta de los equipos integrados por antropólogos y otros científicos sociales para su utilización permanente en unidades de combate de las tropas de ocupación de Estados Unidos en Afganistán e Irak.

Este singular involucramiento de las ciencias sociales en el esfuerzo bélico estadounidense constituyó un exitoso programa experimental del Pentágono que, iniciado en febrero de 2007, ha sido tan recomendado por los comandantes en el teatro de la guerra que, en septiembre de ese año, el Secretario de Defensa Robert M. Gates autorizó una partida adicional de 40 millones de dólares para asignar equipos similares a cada una de las 26 brigadas de combate en los dos países mencionados.

En la Escuela Nacional de Antropología e Historia de finales de los años sesenta, analizamos el involucramiento de antropólogos en la guerra de Vietnam y en el famoso “Plan Camelot”, puesto en práctica en Chile por la Agencia Central de Inteligencia. Nunca pensé

¹ **Estudiando la Contrainsurgencia de Estados Unidos: Manuales, mentalidades y uso de la antropología**, Ministerio de Cultura de la República Bolivariana de Venezuela, 2012. Una edición ampliada con ese mismo título se publicó por la editorial Ocean Sur en 2013. En el 2015, la Universidad de San Carlos de Guatemala publicó la tercera edición ampliada, en ocasión de la inauguración de la Catedra Carlos Marx. En el 2019, fue traducida y publicada en portugués, con un prólogo de mi querido camarada Néstor Kohan, por la Universidad Federal de Goiás, Brasil. Una edición reciente, por Plaza y Valdés, es la más completa de las versiones publicadas

que este involucramiento sería cosa de niños a comparación con la participación de antropólogos y otros científicos sociales en esos equipos incrustados en las tropas de ocupación estadounidenses en Irak y Afganistán.

40 años después de “Camelot”, los antropólogos-militares definen conceptos como sociedad, grupo étnico, tribu, redes, instituciones, roles y estatus, estructura y normas sociales, cultura, identidad, sistema de creencias, valores, actitudes y percepciones, lenguaje, poder y autoridad, fuerza coercitiva, capital social, participación política, entre otros.

Todo ello para conocer lo que realmente interesa a los militares: **los insurgentes**, sus objetivos, motivaciones, apoyo o tolerancia de la población hacia ellos, sus capacidades y vulnerabilidades, formas de organización, líderes y personalidades claves, actividades y relaciones políticas, libertad de movimiento, sustentos logísticos, financieros y de inteligencia, nuevos reclutas, armamento y capacidades militares, entrenamiento, etcétera. Especial atención merece la estructura organizativa de los insurgentes: si es jerárquica o no, si los miembros están especializados, si los líderes ejercen un control centralizado, o se permite acción autónoma e iniciativa propia, si el movimiento opera independientemente o tiene relaciones con otras redes y organizaciones, si los insurgentes dan más peso a la acción política, o a la violenta.

En los años que inicié mi participación en el mundo del espionaje, la guerra fría se extendía en todos los ámbitos sociales y políticos y el concepto de “*imperialismo*” tenía un significado preciso que no parece haber cambiado mucho durante estas décadas, particularmente, después de la agresión de Estados Unidos a Irak al inicio del 2003: un poder militar, económico y político que se sitúa como enemigo de los pueblos y de las transformaciones democráticas, incluso moderadas.

Después de cumplirse 20 años de la invasión a Irak, ha quedado demostrado que las justificaciones para hacer la guerra a ese país fundadas en la existencia de armas de destrucción masiva fueron un mero subterfugio de propaganda. La situación de Irak (país al que viaje en 1989), a todas luces lejos de la “governabilidad

democrática”, demuestra que los propósitos liberadores de las potencias ocupantes fueron también una gran mentira.

Esas primeras tareas encomendadas por el “Centro” se cumplieron. Después de algunas semanas de permanecer en Estados Unidos, establecí contactos en el suroeste de ese país, compilé cuestionarios, documentos y bibliografía que me permitieron escribir la tesis y, al mismo tiempo, en una pequeña libreta fui anotando todo cuanto observaba sobre la presencia de militares en estaciones de autobuses y otros centros de reunión y distribución de personas que permitieran detectar bases cercanas, industrias militares, laboratorios y datos contenidos en letreros, anuncios, revistas y otros medios sugeridos, que el “Centro” (Moscú) determinara importantes. Es significativa la cantidad y cualidad de información militar que puede captarse de la simple observación, lectura de revistas especializadas y contacto con personas claves, si se cuenta con una idea precisa de lo que se busca.

Otra encomienda cumplida fue conocer académicos y personas en general que pudieran proporcionar, en el futuro, las condiciones para un establecimiento permanente en Estados Unidos.

Después aprendí que el concepto de tiempo para los servicios militares soviéticos era de largos plazos. Establecer un “*topo*” en territorio estadounidense, esto es, un *agente viviendo una vida aparentemente normal y que pudiera realizar tareas de inteligencia cinco, diez años más tarde*, era común.

En mi caso, se trataba de iniciar una especialización en el tema de los chicanos, publicar un libro al respecto, de preferencia en una editorial de ese país, realizar estudios de doctorado, “*hacerse de un nombre*”, decían mis instructores y, finalmente, ser residente legal en Estados Unidos. Todo esto se llevó a cabo en el periodo de 1967 a 1976.

El viaje a Moscú se organizó a partir de un largo recorrido. Me dieron instrucciones muy precisas sobre horarios, líneas aéreas y medidas de seguridad. Viajé a Ámsterdam, Holanda, por la vía de Montreal, Canadá, ciudad donde adquirí un abrigo para invierno que todavía se conserva en la familia, y compré una cámara

fotográfica que por sus características especiales era óptima para el tipo de trabajo a realizar, una *Olympus Pen F* de 35 milímetros y doble cuadro (72 exposiciones), que puede fotografiar documentos desplegados en una silla y con la iluminación de un simple foco de 100 watts.

Al llegar al aeropuerto en Holanda y pasar migración, fui cuestionado por las autoridades, quienes exigían que mostrase recursos económicos suficientes para la estancia en Europa y el retorno a mi país. Les dije que como medida de seguridad personal viajaba con una “bolsa francesa” en la cintura, donde guardaba mi dinero, solicitándome de inmediato que lo mostrase. Pasamos a un pequeño cuarto y a la vista de dos agentes que me escudriñaban con desconfianza, detuve con un dedo el segundo pasaporte que utilizaría más tarde, sin que ellos lo notaran, mientras con la otra mano extraje de la bolsa alrededor de dos mil dólares que llevaba, quedando satisfechos y otorgándome la visa de entrada.

Conocí superficialmente Ámsterdam y después de varios recorridos de “contra chequeo” para asegurarme que no me seguían, compré un boleto de tren para París. En esta ciudad me hospedé en un hotel de precio un poco por arriba del promedio, pero sin lujos, siguiendo las instrucciones de no ser llamativo ni correr riesgos innecesarios.

El “turismo” del trabajo clandestino obliga a comportarse como un típico visitante: sacar fotografías, hacer en ocasiones tediosos “tours” para ubicar la ciudad, identificar en el mapa los sitios de interés a conocer y claro, en mi caso, localizar la Embajada Soviética, adonde me dirigí después de varios días de pagar tributo a los barrios, museos y puntos de visita obligada, observando de reojo si algún rostro se repetía o había algún indicio de seguimiento.

Las instrucciones especificaban que entrara a la Embajada en un determinado día y hora y diera a un empleado del consulado una contraseña, al preguntar por los requerimientos de la visa soviética, para ser recibido por los compañeros del GRU, acción que llevé a cabo según lo acordado.

Mi sorpresa fue que la persona que atendía la oficina en ese momento no dio señal alguna en respuesta, por lo que salí

desconcertado del edificio y sin saber que hacer. No había caminado unos veinte pasos, cuando me alcanzó corriendo un funcionario ruso, visiblemente nervioso por el error y ofreciendo mil disculpas me hizo ingresar nuevamente a la Embajada, invitándome a pasar a las “habitaciones seguras”: un pequeño cuarto sin ventanas, cuyas paredes y puerta estaban forradas de un material especial para evitar las escuchas. Me entregó una visa para el ingreso a la URSS a nombre de mi alias del segundo pasaporte con el que viajaba y me dio nuevas instrucciones para el resto del recorrido.

Esa noche salí por tren para Italia en un recorrido que me llevó por Milán, Roma, Nápoles, la isla de Capri (donde me colé a una boda), Sorrento (con sus árboles de naranja en las calles), vuelta a Roma, para tomar un tren hasta Trieste, en la frontera con Yugoslavia, y de ahí a Belgrado en ferrocarril, en esos años pletórico de “chiveros” o contrabandistas de menudeo, especialmente mujeres.

Sería el invierno o el nerviosismo de los primeros pasos en la carrera que iniciaba, pero Belgrado me pareció una ciudad triste. Después de permanecer dos días recorriendo sus museos que recordaban la épica campaña de Tito y sus partisanos contra las tropas de ocupación alemanas durante la segunda guerra, asumí mi otra personalidad y pasaporte, y salí finalmente por *Aeroflot* para Moscú.

En el aeropuerto me esperaban, a la salida del avión, tres compañeros del GRU, quienes me hicieron salir discretamente por una puerta lateral, sin pasar por migración, abordando un automóvil negro, con el motor en marcha y el chofer al volante, que a toda velocidad nos llevó a un viejo edificio parecido a un almacén teatral en el que me proporcionaron toda la indumentaria para soportar el crudo invierno ruso: abrigo, guantes, botas, bufanda y un típico gorro con orejeras. A la salida, no era posible distinguirme de mis acompañantes, quienes hicieron varias bromas sobre mi “abrigo canadiense”, que en el invierno moscovita parecía no tener la menor utilidad.

Ya entrada la noche, llegamos por fin al departamento en el que viví todas las veces que viajé a la Unión Soviética. Estaba situado en el piso superior de un edificio de ocho o nueve niveles,

EL ENTRENAMIENTO

a un lado de un pequeño parque dedicado a Dolgorukly, fundador de la ciudad, a tres cuerdas de la Plaza Roja y a tres cuerdas de la estatua de Pushkin. En el fondo del parque se ubicaba el edificio del Instituto de Marxismo Leninismo y, atravesando la avenida Tverskaya, la sede del gobierno de Moscú.

El departamento era muy amplio, de cuatro habitaciones, una sala, un comedor, un estudio habilitado para el curso, amueblado sin ostentaciones, pero cómodo y mantenido a una temperatura grata en el severo invierno y fresco en el verano. Rara vez nos topamos con vecinos en los pasillos, en el viejo elevador, o en el estacionamiento lateral situado del otro lado del parque.

Los entrenamientos se llevaban a cabo todos los días, con horarios establecidos matutinos, por las tardes y a veces las noches. Los cursos versaban sobre comunicaciones y contactos clandestinos: escondites para pasar rollos de película y microfilme en “piedras” hechizas, escritura invisible para cartas, substancias para revelar documentos ocultos en micas de una billetera, instrucciones también para ser reveladas en celofanes que se guardaban en inocentes lápices, programas de citas en calendarios que aparecían y desaparecían, formas de comunicación en tarjetas postales, en sobres en cuya ceja se guardaba un micro punto que colocado en un microscopio era posible leer una cuartilla completa, señales en postes de alumbrado público con plastilina o marcas de crayón, comunicación por radio de onda corta en clave Morse, cifrado y descifrado a través de frases preestablecidas, de las cuales recuerdo todavía dos: *“nadie puede ser amigo de todos”* y *“una manzana al día mantiene lejos al médico”*.

Recibí clases de fotografía, manejo del cuarto oscuro, revelado de película en condiciones diversas. También se me instruyó sobre las características de la “guerra estratégica” y el papel que jugaba el trabajo de inteligencia. Se proyectaban películas sobre este tema y me proporcionaban libros sobre agentes soviéticos y de otras nacionalidades que habían trabajado en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Debo recalcar que en todo lo referente al trabajo de inteligencia que trataba los aspectos políticos, militares, científicos, nunca

se mencionó al KGB (**Comité para la Seguridad del Estado**), con cuyos agentes nunca tuve trato alguno. Era conocido que el KGB llevaba a cabo trabajo de inteligencia y contrainteligencia, pero en nuestro caso la relación fue siempre con la rama de Inteligencia del Ejército Rojo. Esta es una aclaración pertinente por el estigma del KGB como la policía política del régimen soviético.

La casa era atendida por una ama de llaves, una mujer que pasaba los cincuenta años, que sólo hablaba ruso y que mantenía todo lo doméstico funcionando, incluyendo unas deliciosas comidas en las que abundaban las sopas con mucha grasa para soportar las frías temperaturas y, en ocasiones especiales, la llegada o la partida, comidas con “los jefes” que conversaban sobre el trabajo y preguntaban sobre los cursos y mi desempeño en los mismos. Para esas comidas, la compañera se esmeraba desde un día antes, preparando sus guisos, algunos muy sofisticados, y al terminar era objeto de sonoros elogios por todos los comensales.

En algunas noches y los fines de semana, los compañeros me llevaban al ballet, o a un concierto, al circo, a la Plaza Roja, a la dacha o casa de campo donde murió Lenin, a museos e, incluso, en una ocasión, durante una estancia en el verano, salimos a los alrededores de Moscú a realizar algunas prácticas, y en un esplendoroso verano, visitamos la hermosa ciudad de Leningrado.

Tenían un escrupuloso cuidado sobre la seguridad y la discreción: Casi siempre llegábamos iniciados los espectáculos y nos marchábamos justo al final. Me acompañaba, muy a menudo, el jefe del equipo para estos menesteres. Recuerdo una ocasión que enfermé de una fuerte gripe con temperatura cercana a los 40 grados, la preocupación de todos y la visita inmediata de una médica que logró sanarme rápidamente. Todavía hoy en día recuerdo una de las recetas caseras para la gripe que me prescribió esa doctora.

En otro curso durante el verano, en el que mi esposa estaba participando, salimos para *distraernos* con un joven oficial, a quien bautizamos Alicia y yo como “lobito”, por un relato que hizo en el que aulló como tal. Nos pidió de favor que no sacáramos las

manos en una rueda de la fortuna a la que subimos, exclamando preocupado: “*si algo les sucede a ustedes, ¿qué les digo a los jefes?*”

Los profesores, todos militares, eran muy distintos en su personalidad y la relación con ellos fue muy fraterna. Ponían una gran dedicación a su trabajo y mostraban convicciones profundas ideológicas y políticas. Con mucha frecuencia, el tema de la *Gran Guerra Patria* surgía en las conversaciones, en las películas de la televisión, en los monumentos o museos que visitábamos, en donde algunos de ellos, los de más edad sobre todo, se conmovían hasta las lágrimas cuando recordaban a camaradas o familiares muertos, o cuando describían los horrores de la guerra.

Recuerdo haber visto en la televisión el filme “*La Balada del Soldado*”, sobre un joven héroe que cruza toda Rusia en unos días de licencia, para finalmente caer muerto en los primeros momentos en que se incorpora de nueva cuenta a los combates; la señora a cargo de la casa lloraba desconsoladamente durante los momentos culminantes de la película, refiriendo los sacrificios y las penurias del pueblo soviético durante esos años, los muertos en su familia.

El instructor en radio se quejó conmigo con motivo de la conmemoración del día internacional de la mujer, el 8 de marzo de 1969. Decía que existía mucho “comercialismo” alrededor de la fecha, cuando “antes” se recordaba la efeméride con más contenido político e ideológico y que, ahora, en cambio, era obligado comprar regalos para las mujeres de su entorno. ¿Qué pensará ahora ese camarada del objeto de consumo en que se han convertido las mujeres rusas con la contrarrevolución y contrarreforma capitalista en el país?

Con el responsable en turno, las relaciones de amistad eran más estrechas. El primero que conocí era un coronel que había pasado tres días metido en una trinchera llena de agua durante la guerra, y que, como consecuencia sufría de achaques resultados de esa experiencia, sin embargo era pleno de vida, comunista convencido, con un irónico sentido del humor, bebedor empedernido, pero nunca ebrio realmente, enamorado de su trabajo y repleto de

anécdotas pedagógicas y de dichos populares para ilustrar su punto de vista.

Se hablaba de todo y con gran franqueza sobre *todos* los temas políticos, sin que hubiese posiciones dogmáticas u oficialistas acerca de ellos. Mantuvimos pláticas sobre la burocracia, el fenómeno trágico del estalinismo y lo que éste había costado al pueblo soviético.

Se recordará que el Ejército Rojo fue uno de los blancos de José Stalin, sobre todo justo antes de la *Gran Guerra Patria*, y que el ataque sorpresivo el 22 de junio de 1941 contra la Unión Soviética fue advertido por los agentes de inteligencia del GRU, Richard Sorge, comunista alemán que llegó a ser el secretario del embajador del Tercer Reich en Japón, y Leopoldo Trepper, el “gran jefe” de la “Orquesta Roja”, la red soviética de inteligencia más importante en toda la Europa ocupada, y quien, paradójicamente, pasó diez años después de la guerra en la lúgubre cárcel Lubyanka, en el cuartel general del KGB. El primer encargado del GRU fue Manis Karlovich Berzin, quien había sido miembro de la *Checa* y que permaneció en el puesto hasta el 28 de noviembre de 1937, cuando fue arrestado y después liquidado durante las purgas de Stalin.

Timbre de la RDA en memoria de los miembros de la Orquesta Roja



EL ENTRENAMIENTO

Durante todos los entrenamientos y a lo largo de la relación con los oficiales del GRU, conocí gente de una gran calidad humana; en todo momento imperó el respeto y la camaradería; una frase que escuchaba casi a diario era: *“lo más importante es su seguridad”*. Siempre pedían el punto de vista con respecto a todos los planes operativos y nunca hubo una imposición que fuera en contra de mi voluntad y disponibilidad para el trabajo a realizar. Era claro para todos que nuestra relación se basaba en convicciones ideológicas y afinidades políticas y que mi autonomía como persona y militante comunista estaba garantizada con ese trato fraterno.

Con todo que México era considerado una “plaza” importante de operaciones de comunicación y contacto, el objetivo de toda la actividad de inteligencia era Estados Unidos. Jamás fui requerido de información sobre mi país. Todo el entrenamiento, los programas de radio quincenales que puntualmente se llevaron a cabo por años, todas las orientaciones e instrucciones operativas tenían como objetivo temático nuestro vecino del norte.

Las ideas fijas de los instructores soviéticos eran la posibilidad de un ataque nuclear sorpresivo de Estados Unidos contra la Unión Soviética, la carrera armamentista, la necesidad de contar con información a tiempo, con estadounidenses que cooperasen en esta tarea. Incluso, durante una de mis estancias en Moscú, me entrenaron en el uso de un sofisticado aparato de radio, antesala del Internet, con el aspecto de una vieja máquina de escribir, que podía transmitir decenas de grupos numerales de cifrado en segundos para avisar inmediatamente al “Centro”, si se observaban movilizaciones militares, o algún tipo de preparativo que pudiese indicar un ataque militar estratégico sorpresivo contra la URSS.

Esa era precisamente la esencia de la “guerra fría” que enfrentó a dos superpoderes con la capacidad de destruirse uno al otro y, con ello, la posibilidad real de terminar con todo ser viviente en el planeta. Este enfrentamiento cubrió todos los ámbitos posibles: económicos, políticos, tecnológicos, culturales, artísticos, deportivos y militares, y también, sobre todo, las esferas de la información de inteligencia que cada bloque tenía sobre su adversario.

La “guerra fría” dominó y determinó muchos de los conflictos regionales que se desarrollan durante la segunda mitad del siglo XX, después de terminada la guerra; llegó a su fin con la “implosión” (o derrota, opinan otros analistas) que tiene lugar en la URSS y que ocasiona su desaparición en 1991. La *guerra fría* significó el enfrentamiento y tensión permanente entre dos bloques y sus aliados, cada uno de los cuales proporcionaba los apoyos necesarios a las fuerzas regionales que representaban sus intereses.

Así, Estados Unidos apoyó prácticamente todos los golpes de Estado de los estamentos y las dictaduras militares en América Latina, con el pretexto de su lucha contra el comunismo y la *injerencia soviética*, mientras la URSS proporcionó ayuda militar, política y económica a Cuba y Nicaragua principalmente, y que protagonizaron los dos procesos revolucionarios victoriosos. Tal vez fue un planteamiento esquemático, pero las izquierdas de las que formábamos parte manejábamos el viejo proverbio de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”.

Finalmente, llegó a término el tiempo del primer entrenamiento que recibí en el “Centro”. Cuando todo estaba listo para la partida, con la maleta en el pasillo del departamento, nos sentamos todos en silencio por unos momentos para desear buena suerte al viajero. Este ritual se repitió en todas las ocasiones en que visité Moscú. Eran momentos de gran emoción, después de la tensión de las sesiones de trabajo, la cantidad de información a retener, el desgaste provocado por la intensidad de los cursos y la responsabilidad de la misión a realizar. La señora de la casa usualmente lloraba, deseando todo lo mejor para mí, en una efusiva cascada de maternos consejos para el regreso.

Salí por avión hacia Polonia y de ahí a París, ciudad de la que retorné a México sin escalas, después de sufrir los atrasos de una huelga de compañías de aviación. A partir de ese momento, la comunicación con el “Centro” fue directa a través del radio y por la vía indirecta de los escondites y, en ocasiones muy especiales, entrevistas con personal del GRU en sitios previamente acordados: el convento del Desierto de los Leones, un paraje de la carretera

a Veracruz, vía Texcoco, callejones de Chimalistac, o la estrecha calle a un lado del convento de El Carmen, en el barrio de San Ángel.

Años más tarde, trabajaría en una de las celdas de ese convento habilitada como “cubiculo” del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), recordando frecuentemente las veces que el apacible callejón servía como lugar de citas clandestinas de operaciones de espionaje.

Conseguí con dificultades un radio de marca alemana “Grundig” para la recepción de mensajes, los cuales se transmitían cada 15 días a una hora acordada según el huso horario de Londres. Siempre con exactitud cronométrica, localizaba la frecuencia a mano —en ese entonces no existían las maravillas digitales de hoy en día—, escuchando durante un minuto un número de tres cifras en Morse para la identificación prevista.

Después transmitían tres ceros, una pausa, seguida del conjunto del mensaje en grupos de números de cinco cifras, con breves pausas apenas perceptibles entre cada uno. Para los primeros mensajes me auxiliaba con una grabadora o escuchaba el mismo mensaje en la sesión de reserva, una hora después, en otra frecuencia. En poco tiempo abandoné ambas cosas, pues la práctica hizo innecesaria la confirmación por esas vías: de manera automática, pensando en otras cosas, incluso, transcribía en un papel cuadriculado los grupos de cinco números conforme los escuchaba y pasaba inmediatamente al descifrado del mensaje.

Las directrices generales ya habían sido discutidas en Moscú, por lo que los mensajes versaban sobre cuestiones operativas o cambios de última hora e, incluso, saludos de cumpleaños y buenos deseos. Por mi parte, los informes para el “Centro”, casi siempre semestrales, los escribía a máquina, todo en mayúsculas, dibujando en la esquina superior derecha de la hoja una letra “s” horizontal que era la señal “personal” de seguridad, sin la cual el mensaje se suponía escrito por otra persona, o un aviso camuflado al “Centro” de que el agente había sido detenido y actuaba forzado por la fuerza enemiga. Estas precauciones explican las razones por las cuales Leopoldo Treper pudo alertar al GRU que había sido

detenido en 1942 por la GESTAPO y preparar su espectacular fuga en 1943.

Colocaba las hojas en una silla, alumbraba el papel con un foco de cien *watts*, y fotografiaba el texto en rollo de película que entregaba sin revelar. Envolvía el rollo con papel plateado, bolsas de plástico pequeñas o preservativos sin lubricante, cinta adhesiva, cordón, alambre, y todo ese envoltorio era recubierto con yeso, cemento y tierra dándole con las manos la apariencia de una piedra de río. Con el tiempo, las “piedras” eran unas *joyas de arte* que podían pasar por verdaderas, al grado que en ocasiones era difícil identificar las “buenas” de las *malas o falsas*.

La “piedra” era colocada en escondites acordados, generalmente en las carreteras poco frecuentadas, y bautizados con claves como “árbol caído”, “curva difícil”, “cruz del camino”, etcétera. Una vez dejado o recogido el material, se colocaba o se observaba una señal convenida, según el caso, generalmente un trozo de chicle o plastilina en la base de un poste de luz de una esquina determinada, la cual también tenía un nombre clave para su identificación.

Esos momentos eran de gran tensión, por el riesgo de lo imprevisto, por la presunta vigilancia sobre los agentes, por la información que pudiese perderse si las “piedras” caían en otras manos, o peor, en las del enemigo. Muchos relatos se tenían en los entrenamientos sobre las peripecias de diversos agentes en estas entregas que constituían el punto más vulnerable de la cadena de comunicación clandestina.

Uno de esos relatos, a veces increíbles, fue el de un agente soviético en una noche en México que dejó por un craso descuido, un portafolio con dinero y valiosa información en una esquina de la ciudad; cuando se dio cuenta, regresó en pánico al sitio y en la oscuridad de una esquina, se encontraba intacto el olvidado paquete.

Desde que nos comprometimos para casarnos, en algún mes de 1967, las tareas del GRU fueron compartidas con mi esposa Alicia Castellanos Guerrero, quien mostró siempre una naturalidad y sangre fría muy apreciadas para este tipo de trabajo. Alicia también fue entrenada en Moscú, participando en toda la planeación estratégica y la ejecución operativa.

EL ENTRENAMIENTO

Lo hizo por convicción y con la conciencia del riesgo personal y el que corríamos como pareja, y después, como madre de nuestros dos hijos, Nayar y Alí, quienes nacieron el mismo día, en 1970 y en 1976, respectivamente. Desde que nos conocimos en la ENAH, compartimos los ideales de transformación social que permearon a nuestra generación. Ella ha sido un factor de estabilidad y fortaleza en los trances más difíciles de nuestras vidas, y en el momento de la verdad, cuando el FBI nos detuvo, se comportó con dignidad, valor y entereza, cualidades que la han acompañado toda la vida.

Su generosidad como mujer emancipada que lucha contra el machismo y toda forma de opresión, su capacidad de trabajo, su percepción de la gente, siempre más aguda que la mía, su sentido crítico, su extraordinaria vocación maternal, y su lealtad a la familia y a sus principios, la hacen una compañera invaluable en los 55 años de vida en común.

Ella resentía la orientación jerárquica y pro masculina de los soviéticos, para quienes en la relación de pareja debía haber un responsable y ese debía ser el hombre, naturalmente. Siempre fue crítica a lo largo del trabajo y no puede asumirse que ambos fuéramos ciegos a las incongruencias en algunas conductas de los compañeros y en la realidad misma de la Unión Soviética.

Años después de la desaparición de la URSS, regresaríamos a Moscú en ocasión de un Congreso de Americanistas, constatando que el capitalismo ha provocado mayores desigualdades, pobreza extrema, niños de la calle, creciente prostitución y fenómenos como las mafias que actúan a la luz del día (atónitos, en un restaurante justo frente al Kremlin, observamos la salida de un grupo de mafiosos con sus guardaespaldas armados con AK-47 en lo que hubieran podido ser escenas de *El Padrino*, versión rusa); esto sin mencionar la privatización de la tierra, industrias y los enormes bienes del Estado, además de la desaparición de pensiones, bajos alquileres y el deterioro de los tejidos sociales que acompañan a la versión neoliberal de la globalización.

Iniciamos los preparativos para emigrar a Canadá para después pasar a Estados Unidos. La “cobertura”, esto es, la historia que

envuelve la acción clandestina, era que deseábamos estudiar el doctorado en antropología, lo cual, además, era real. Las *coberturas* mejores son aquellas, precisamente, más apegadas a una realidad. En nuestro caso, por ejemplo, nunca ocultamos nuestra ideología de izquierda y nuestras posiciones con respecto a Estados Unidos. Mi tesis de maestría, publicada en la editorial Nuestro Tiempo en 1971 con el título de *Los Chicanos una Minoría nacional explotada*, es una muestra de ello. Las instrucciones del “Centro” coincidían con esta perspectiva.

Así, conseguimos cartas de trabajo en Toronto, Canadá, de amigos y familiares que, obviamente, desconocían nuestros propósitos reales. Hicimos las solicitudes y los exámenes correspondientes en la embajada de ese país para obtener una visa legal como migrantes y en agosto de 1969 partimos de nuestra patria, rumbo a lo desconocido.

Capítulo 3

Canadá y Estados Unidos

Emigrar a un país extranjero es siempre traumante. Se deja atrás familia, amigos, entornos conocidos y se enfrenta, empezando de cero, la obstinada cotidianidad de conseguir vivienda y condiciones básicas de vida. Cuanto más si el propósito del éxodo es muy distinto al de un emigrante común.

Alicia encontró un empleo adecuado: clasificaba piezas etnográficas en francés y español en el Royal Ontario Museum, gracias a la ayuda del entrañable amigo y brillante antropólogo de origen austriaco, ya fallecido, Helmuth Fuschs, con quien junto a su esposa Mercedes, venezolana, mujer de gran sensibilidad y generosidad, compartimos una amistad de largo aliento que dura hasta el día de hoy, basada, en vida de Helmuth, en nuestra común disciplina antropológica y la vocación latinoamericanista de ambos matrimonios. Recuerdo que la pasábamos muy bien con ellos en su casa repleta de libros, archiveros y objetos etnográficos de Venezuela, donde él había hecho trabajo de campo en la región de la Guajira, salpicado de anécdotas e historias, fumando el amigo un cigarro tras otro. Su partida fue una tristeza y encontrar recientemente una fotografía en la que estamos en su hermosa casa de Toronto, alrededor de la mesa, departiendo, motivó gratas evocaciones de los tiempos pasados.

En mi caso, fui obligado a ingresar en los sectores del obreraje temporal que conformábamos portugueses, jóvenes estadounidenses

que huían del reclutamiento para la guerra de Vietnam y algunos otros provenientes del mundo del subdesarrollo: latinoamericanos y negros de las excolonias inglesas, quienes vendíamos nuestra fuerza de trabajo a una compañía eufemísticamente llamada *Men Power*, que, a su vez, la revendía al mejor postor, quedándose con una parte de la paga. Se trataba de una plusvalía obtenida por un moderno encomendero, antes que el patrón la extrajese de nuestro trabajo.

Durante cerca de dos años pasé por una gran cantidad de actividades: obrero de la construcción, jardinero de un enorme parque bajo mi responsabilidad, introduciendo cigarros en cajetillas, colocando piezas de automóvil en una cadena de pedidos, taxista por un día después de tres meses de exámenes para obtener las licencias correspondientes, de lo que recuerdo. Son vivencias, por cierto, inolvidables, que dan una visión distinta del mundo del trabajo y de quienes lo integran.

Eran jornadas de ocho horas y más, que me dejaban rendido y en condiciones difíciles por el calor en el verano, el intenso frío durante el invierno, y por el esfuerzo físico que representaba, por ejemplo, descargar un tráiler colmado de bultos de cemento de 50 kilogramos cada uno, cuando mi propio peso no pasaba de 60 kilos.

Conocí excelentes personas, muchos de ellos portugueses que guardaban un profundo odio a la dictadura de **Antonio de Oliveira Salazar**, con una nostalgia por su patria y la familia, pues muchos eran hombres solos que enviaban cuanto ganaban a sus mujeres. La población de migración portuguesa a Toronto de esos años era tan creciente y constante que, incluso, existían dos barrios visiblemente diferenciados en la ciudad: el de italianos y el de portugueses. En esas cuadras abundaban las tiendas de abarrotes con olivas en grandes barriles, pequeños restaurantes y lugares que vendían música tradicional del terruño, especialmente los melancólicos fados. De ahí me viene el gusto por el portugués y la admiración de ese pueblo aguantador y hospitalario. Fue un gusto enorme recorrer el bello Portugal en compañía familiar en el 2010.

Cuando un amigo boliviano me avisó en un verano que contrataban trabajadores por una buena paga para la cosecha del tabaco, emprendimos viaje hacia una región cultivada de Ontario,

a una hora y media de Toronto. Llegamos a un pequeño parque en el que se concentraban los trabajadores que, como si fuesen sexoservidores, eran subidos a las camionetas de los enganchadores.

Cuando habíamos perdido toda esperanza de ser “levantados”, pues el parque se había vaciado, llegó una camioneta con un portugués-canadiense que se dirigió hacia nosotros, inquiriendo sobre “nuestras habilidades”. Por mis conocimientos de inglés y el “portuñol” que mascullaba, me contrataron en una propiedad muy extensa sin tener experiencia previa para manejar una máquina enorme que recorría cuatro o cinco surcos simultáneamente, mientras que los trabajadores, en su mayoría portugueses, recogían el tabaco a mano, sentados en pequeñas plataformas adaptadas a las extremidades inferiores de la misma.

Los horarios eran agotadores, de seis de la mañana a siete y ocho de la noche. Las mujeres, siempre sufriendo la *doble jornada*, además de colgar durante ese horario el tabaco en los hornos, unos estancos o cabañas al lado del área de cultivo, tenían a cargo la preparación de las comidas para el resto de los trabajadores, por lo que laboraban al menos una hora más que nosotros, tanto en la mañana como por la noche. Dormíamos unas horas en cobertizos inadecuados, con camas desvencijadas, pero eso sí, comíamos en abundancia. Hacía el fin de semana, nos pagaban con un cheque, y los portugueses exclamaban en su melodioso idioma: ¡Gilberto, tanto trabajo para esto!

Ellos se quejaban todo el día y durante los escasos tiempos libres, por lo que, a las tres semanas de ese suplicio, paré la máquina y anuncié que estábamos en “huelga” para lograr que se respetase el horario de ocho horas, pronunciando un arrebatado discurso sobre derechos laborales frente al “*mánager*”, un capataz clásico que subía constantemente la velocidad de la recolectora para lograr no sólo la plusvalía absoluta sino también la relativa. Lejos de su escrutinio, yo bajaba la velocidad de la máquina.

Para mi sorpresa, los portugueses me informaron en ese preciso momento y con gran vergüenza que no podían apoyar el *paro* laboral pues ninguno de ellos se encontraba legal en el país, por lo que, al intervenir el Departamento del Trabajo, todos serían deportados.

El “*mánager*” me comunicó, como era de esperarse, que quedaba inmediatamente cesado por *agitador*; sin embargo, me insistió que disfrutase *la última cena*, misma que tuvo ribetes de tragicomedia pues los portugueses, con lágrimas en los ojos, me despidieron con una mezcla de cariño y vergüenza por su indeseado esquirolaje.

Era frecuente este tipo de violaciones a las leyes laborales; sin embargo, los sindicatos y patronos se hacían de la vista gorda cuando se trataba de “*new Canadians*”, como eufemísticamente denominaban a los que engrosábamos esa mano de obra que llevaba a cabo los trabajos más pesados, riesgosos y sucios y que era objeto de la sobreexplotación capitalista. Las diferencias salariales por realizar el mismo tipo de trabajo de acuerdo con el origen nacional de los trabajadores eran substanciales, llegando a ganar los “canadienses” casi el doble que nosotros.

Esos años en Toronto no fueron fáciles e, incluso, en un momento dado que escaseó el trabajo para mí, tuvimos que recurrir a la ayuda familiar para sobrevivir y recibir a nuestro primer hijo que nació en esta ciudad el 2 de marzo de 1970.

Vivíamos en un cuarto piso de un modesto edificio de departamentos en Victoria Park, junto al paso de una vía de ferrocarril de un Toronto —en aquellos años, provinciano y un tanto conservador—, con inviernos prolongados, calurosos veranos y hermosos otoños de hojas de maple enrojecidas, que más tarde serían el escudo nacional de la bandera del país. Nuestro círculo de amigos era reducido, pues las circunstancias de la inserción así lo determinaban. Se hacía necesario pasar a otras etapas del plan acordado con el Centro.

Finalmente, recibí instrucciones por radio de informar cómo se llevaban a cabo los proyectos de instalación. Había sido una temporada larga sin comunicación de mi parte hacia el GRU, por razones de seguridad, pero se determinó que deberíamos entregar informe y recibir nuevas orientaciones en Montreal, procediendo a idear la operación en las fechas acordadas y en los lugares asignados.

Sin embargo, en el transcurso del viaje nos enteramos por la radio que el movimiento en favor de la independencia de Quebec

había secuestrado y, posteriormente, asesinado al ministro de trabajo de la provincia, por lo que llegamos a una ciudad en virtual estado de sitio, con soldados y policías en las calles y con retenes establecidos.

Era invierno y, como muchas veces, llevamos a nuestro pequeño hijo como un elemento de confianza frente a los cuerpos de seguridad desplegados en la zona del escondite de entrega-recepción, esta misión fue de las más difíciles realizadas en esos años.

Tuvimos que identificarnos con los soldados en dos ocasiones, pasando por una joven pareja con su hijo de meses haciendo turismo en la ciudad de Montreal, aunque, ciertamente, los lugares escogidos no eran precisamente para hacer turismo regular. La operación resultó sin novedad y después de cruzar otro retén y ser revisados cuidadosamente, pudimos regresar a Toronto sanos y salvos, en parte porque Nayar transportó, en sus pañales, algunos materiales comprometedores. No sería la única ocasión.

A partir de ese momento, pusimos en práctica algunas iniciativas para trasladarnos a Estados Unidos. Escribí a Rafael Guzmán, persona generosa, profesor de la Universidad de California en Santa Cruz, ya fallecido, que llegó a ser Subsecretario de Asuntos Latinoamericanos en el gobierno estadounidense, contándole de mi proletarización forzada y de la imposibilidad de estudiar el doctorado en Canadá.

Obtuvimos una respuesta muy positiva ya que él, a su vez, escribió a Clark S. Knowlton, profesor de la Universidad de Utah y especialista en el tema de los mexicanos en Estados Unidos, particularmente, en Nuevo México, quien ofreció apoyo para que estudiara el postgrado en el departamento de antropología de esa universidad estatal. Envié mi solicitud, la cual fue aceptada, con recomendaciones de quienes conocí durante la investigación de mi tesis sobre los chicanos, presentando examen de inglés y documentos en la embajada de Estados Unidos en Canadá para ingresar como estudiante al país, lo cual finalmente se logró.

Fue en agosto de 1971 que llegamos a Salt Lake City, Utah. Sólo que para esa fecha ya habíamos sido detectados por el Buró

Federal de Investigaciones (**FBI**, por sus siglas en inglés), que es el órgano que se encarga —entre muchas tareas—del trabajo de contraespionaje en territorio estadounidense. Constituye el principal brazo de investigación del Departamento de Justicia de Estados Unidos, y entre sus misiones está mantener la ley; investigar violaciones penales en el ámbito federal; proteger a ese país de acciones de inteligencia extranjera y ahora, especialmente, de *actividades terroristas*; proporcionar ayuda de aplicación de la ley a agencias federales, estatales, locales e internacionales.

El **FBI** proporciona también entrenamiento a las diferentes policías de su país y del extranjero. La primera vez que supe de su existencia fue, precisamente, cuando estaba en la organización armada en la década de los sesenta. Teníamos una militante en la organización que trabajaba como secretaria nada menos que en el tenebroso Servicio Secreto mexicano. Una mujer de apariencia física poco notable que escondía tras esa fachada a una revolucionaria. Los agentes le contaban sus cuitas personales y sus macabras correrías, pues no siendo una mujer “conquistable”, en los códigos machistas, inspiraba confianza de los esbirros. Ella informó a la organización de unos cursos ofrecidos por el **FBI** a los esforzados agentes represivos locales y llamó la atención sobre una cachiporra mostrada por los profesores gringos que, utilizando un cráneo, con un simple golpe con esa *modernidad*, podían fracturarlo.

En el libro “**Cassidy’s Run**”, de David Wise, publicado en el año 2000, en el que se describe ampliamente nuestro caso, desde la perspectiva apologética del Buró, se da cuenta de una tarea que me pidió el **GRU** para ser realizada en Tampa, Florida, precisamente el 6 de marzo de 1971, fecha en que cumplía 28 años. No era extraño que así ocurriese, pues a lo largo de la relación con el **GRU**, el agente operativo puede llevar a cabo acciones de diversa naturaleza, de acuerdo con circunstancias y necesidades del servicio.

Durante varios viajes, por ejemplo, nuestra tarea fue seleccionar en ciudades, una de ellas, San Francisco, sitios para entrevistas o para entregas clandestinas de materiales, con las contraseñas correspondientes. La identificación de bases militares, fábricas, centros de investigación relacionados con la industria militar,

El libro de Wise proyecta a Cassidy como un héroe, quien seguramente lo es bajo la perspectiva estadounidense, y los agentes del FBI son descritos de igual manera, mientras nosotros somos *los villanos* de la trama. Ahí se señalan varios “errores operativos” que supuestamente cometí y que llevaron a nuestra detección en fecha tan temprana, 1971. Uno de ellos fue rentar un coche con documentos verdaderos, a partir de los cuales rastrearon mi identidad.

Esta conclusión no deja de ser sorprendente, ya que, en todo caso, el sólo hecho de llegar a esa esquina fatal en la que el sargento Cassidy había dejado su material como un cebo para el agente operativo que lo recogiese, era suficiente para ser identificado fotográficamente y, con el tiempo, documentalmente. No puedo creer que el FBI no pudiera poner en práctica un sofisticado seguimiento, como el que utilizaron varias veces contra nosotros durante siete años, con casi un centenar de agentes en el terreno, para lograr mi identificación en ese día que cumplía años, en marzo de 1971.

El propio Wise afirma en su libro: *“El FBI también esperaba que la operación (de Cassidy) podría sacar a la luz ‘ilegales’ soviéticos —espías operando sin los beneficios de la protección diplomática. Oficiales de inteligencia trabajando en la embajada soviética en Washington, la misión soviética en Naciones Unidas en Nueva York, o en sus oficinas centrales, podían ser observados y sus contactos identificados. Los ilegales, en contraste, son normalmente casi imposibles de detectar, desde el momento en que pueden estar en cualquier parte y mezclados con la población general. **Pero un ilegal puesto en contacto con Wallflower (Cassidy) podía ser detectado e identificado.**”* (David Wise. Ob. cit., p. 21. Negrillas mías)

La opción de rentar un carro con licencia de conducir falsa no había sido nunca considerada por los soviéticos, pues precisamente la ventaja era hacer uso de la legalidad disponible a través de coberturas creíbles y supuestamente no detectadas por los servicios de contrainteligencia norteamericanos.

Además, había la confianza, perjudicial por cierto, para el GRU, de estar tratando con un agente que, a su juicio, había cooperado

por más de 19 años sin ser descubierto por los servicios soviéticos. De hecho, nunca utilizamos documentos falsos durante la estancia en Estados Unidos. Asimismo, Wise asienta que el viaje de ida y vuelta a Florida había sido efectuado en autobús público, que había sido identificado por el vendedor de boletos del Greyhound en la estación y que había llevado los microfilmes en avión para México, desde el aeropuerto internacional en Houston.

Ignoro a quién siguieron durante esa pista, pues nunca utilicé autobús ni ingresé a mi país por la vía aérea con semejante carga. Sin excepción, todos los viajes que realizamos a Tampa y St. Petersburgo, Florida, fueron en automóvil, a través de largos recorridos por carretera, y las entregas a los soviéticos de los materiales recogidos, salvo la primera vez, se llevaron a cabo en Washington.

Durante más de veinte años nos preguntamos la razón de nuestra detención por el FBI en el primer sábado del mes de junio de 1978. Especulábamos errores cometidos, descuido mayúsculo en subestimar las capacidades de la contrainteligencia de Estados Unidos. Nunca imaginamos una penetración en las filas mismas de nuestro aparato. Tarde o temprano, al solicitarnos el “Centro” tareas de correo entre Cassidy y los soviéticos, (ya que éste había sido trasladado a Florida y los oficiales soviéticos no podían legalmente salir de un cierto radio territorial), nuestra suerte estaba marcada, sin que fuera determinante para modificar ese rumbo, los eventuales errores o aciertos operativos de nuestra parte.

Terminaban los esfuerzos físicos del trabajo proletario en Canadá y se iniciaron las dificultades que conlleva estudiar un postgrado en Estados Unidos, en particular para estudiantes que, como nosotros, mantenían una vida secreta y una doble jornada. En efecto, las necesidades de un “*graduate student*” exigen tiempo completo y dedicación. De los doce candidatos que entramos al departamento de antropología de la Universidad de Utah, al paso de los años sólo tres habíamos logrado obtener el doctorado (Ph. D., *Philosophy Degree*)

Para empezar, había que presentar un examen sobre todos los temas de antropología que, a juicio del jurado, eran importantes. Paralelamente se presentaban dos pruebas adicionales que toca-

ban una rama antropológica colateral, en mi caso, la lingüística, y un tema de investigación, los mexicanos en Estados Unidos, que sería el objeto del trabajo de tesis. Pasé con éxito esos exámenes durante dos años de vida universitaria formal, con cursos regulares, calificaciones y, finalmente, alcancé el estatus de “candidato a doctor” (*Doctoral Candidate*).

La vida universitaria de Estados Unidos de aquellos años era sumamente competitiva y estresante para los graduados, con una narrativa de suicidios, adicciones, divorcios y otros dramas y frustraciones de la vida real de las universidades que se basaba en una jerarquía en el profesorado y en los propios estudiantes, pero teñida de un mito democrático que la cotidianidad se encargaba de echar por tierra.

Alicia, mientras tanto, inició una investigación para presentar su tesis de Maestría en la ENAH, referente a la condición social de la mujer en Estados Unidos, que le permitió realizar entrevistas y conocer al mismo tiempo personas y círculos sociales de interés para nuestro trabajo.

Como toda sociedad teocrática, por la prevalencia de la iglesia mormona en todo el tejido social, Salt Lake City mantenía una vida cultural centrada en la universidad, único núcleo liberal e, incluso, crítico al ambiente mojigato, tedioso y conservador que se respiraba en esta ciudad.

Sólo esquiar en nieve (pasión de la que no pudimos escapar), competía con la religiosidad circundante, ya que este deporte originaba un fanatismo similar entre los miles de propios y extraños que año con año se congregaban en las montañas cercanas.

Recuerdo un colega del Departamento, Robert Selby, con quien estudiaba y, más que nada, la pasábamos muy bien por su carácter alegre, extrovertido y su obsesión por casarse con una mexicana, objetivo que finalmente alcanzó. Él era un esquiador profesional, diríamos, y sus descripciones sobre sus prácticas en el deporte tenían mucho de experiencias místicas.

Nos establecimos modestamente y pusimos a nuestro hijo Nayar en una escuela Montessori, donde se nos aproximó el agente encubierto del FBI de origen mexicano, Aurelio Flores y su esposa

Grace, con la cobertura que se hizo efectiva de inscribir en ella a su propio hijo. Aurelio sería quien nos diera seguimiento cercano a lo largo de dos ciudades y participaría en nuestra detención en 1978, sin causar sospecha alguna debido a su carácter supuestamente opacado y una aparente pasividad y mediocridad.

Detrás de la fachada de un chicano medianamente simpatizante de la lucha de los mexicanos por sus derechos políticos, estaba el diligente agente convencido del trabajo que hacía en favor de los intereses de Estados Unidos.

Hay que reconocer que el FBI escogió a una pareja muy adecuada para su acercamiento a nosotros. Ellos no preguntaban nada directamente, no mostraban ninguna curiosidad evidente y entraron a nuestras vidas en un momento en el que cualquier amistad tenía un valor importante, dadas las tensiones de la vida universitaria y nuestro trabajo en silencio.

También repercutió negativamente una perspectiva populista de mi parte que me hace bajar la guardia frente a personas que, como los Flores, se hacían pasar por gente del común, del pueblo chicano discriminado.

En 1973 recibí dos noticias que prolongarían nuestra estancia en Estados Unidos, lo cual causó gran satisfacción en el "Centro". Por un lado, una prestigiada editorial de izquierda, la *"Monthly Review Press"*, dirigida por los economistas Paul Baran y Paul Swissy, publicaría mi libro sobre los chicanos en una edición de 10,000 ejemplares, radicada en Nueva York y Londres. Por el otro, la *"Ford Foundation"* me otorgaba una beca para escribir mi tesis en la ciudad de Austin, Texas.

Estas noticias provocaron que durante una semana prácticamente nadie me dirigiera la palabra en la universidad. Algo tenía que ver, sin duda, el hecho de que un mexicano pudiera tener "éxitos" tales; el racismo afloraba en situaciones como ésta. Al mismo tiempo, Alicia solicitó su ingreso en el doctorado del departamento de antropología de la Universidad de Texas, en esa misma ciudad, en donde fue aceptada.

En los veranos y las navidades, nosotros viajábamos a nuestro país en automóvil, en rutas que incluían tareas encomendadas

por el “Centro”. En varias ocasiones visitamos Florida, pero también se hicieron tareas en California, Washington, Texas, Nuevo México, Arizona, de lo que recuerdo. En México se daban encuentros con personal del GRU, para informar de los avances y problemas, siguiendo instrucciones a lo convenido en cada entrevista o comunicación clandestina.

En el verano de 1974, Alicia y yo hicimos un viaje a Moscú, siguiendo la acostumbrada larga marcha, pero entrando a la capital de la URSS, esta vez por la vía de la bella ciudad de Viena, centro del famoso imperio austrohúngaro que dominó una buena parte de Europa central. Durante nuestra estancia moscovita estuvimos en el mismo apartamento ya conocido y pasamos por reentrenamientos en lo aprendido, más otras técnicas nuevas de enlace y comunicación.

También, repasábamos la lista de los conocidos a lo largo de estos años en Canadá y Estados Unidos, ubicados en áreas sensibles para el trabajo de inteligencia, para las eventuales aproximaciones y reclutamientos. La regla era que el agente operativo no los llevaba a cabo por la peligrosidad del caso, de tal forma que éste desconocía el resultado final de sus recomendaciones y sugerencias.

A pesar del anticomunismo imperante y los ambientes conservadores y racistas, en la sociedad estadounidense de esos años había quien sentía (tal vez discretamente) simpatías por el socialismo y la lucha por la paz, se manifestaba en contra de la guerra que su gobierno llevaba en el sudeste asiático, tenía sentimientos antiimperialistas y no estaba de acuerdo con el papel del gobierno estadounidense en Chile, Guatemala o Cuba.

El pueblo de Estados Unidos, es obvio destacarlo, no es tan homogéneo como quisieran los círculos gobernantes, y existen grupos y personas con perspectivas de izquierda, quienes se ven afectadas emocional y políticamente por las desigualdades del sistema capitalista, la enajenación imperante en muchas esferas de la vida y el desempeño antidemocrático y restrictivo de las agencias de espionaje y de policía.

El tratamiento represivo dado a los Panteras Negras, por mencionar una de las más aguerridas organizaciones del movimiento

en favor de la población negra, o la penetración de las organizaciones chicanas, sindicales, de derechos humanos, de solidaridad con movimientos revolucionarios durante todos estos años, provocan el establecimiento y desarrollo de una disidencia interna que siempre ha querido ser minimizada o incluso ignorada. Sin mencionar a la ultraderecha, con sus organizaciones armadas y sus ideologías fascistas, que incluso provocaron actos masivos de terrorismo durante esos años.

Los revolucionarios latinoamericanos y los soviéticos hicimos siempre una distinción en la lucha antiimperialista entre el pueblo estadounidense y su gobierno genocida. Lejos de estimular el odio fundamentalista hacia todo lo que provenga de Estados Unidos, se exaltan las cualidades democráticas que hicieron famoso al *hombre de la calle* que, con una constitución en la mano, proclamaba a los cuatro vientos los ideales de igualdad para todos en *la tierra de oportunidades* que para muchos emigrantes ha sido el Coloso del Norte.

Cómo negar la influencia que para millones de personas ha significado el buscado “modo de vida americano” (*American way of life*), su música, literatura, cinematografía, tecnología, sus múltiples patrones culturales adoptados en el ámbito planetario. El poder de atracción que Estados Unidos ha ejercido en las masas empobrecidas y perseguidas particularmente de Europa, se hizo notar significativamente en los siglos XIX y XX, en el que millones de refugiados cruzaron el Atlántico en pos de una vida mejor. No sería menor la presencia de emigrantes provenientes de Asia y América Latina que buscan, aún hoy en día, las condiciones elementales de sobrevivencia que no ofrecen sus respectivos países.

Con todo, lejos han estado los sucesivos gobiernos de la Unión Americana desde su fundación en el siglo XVIII, de hacer realidad ese ideal de democracia e igualitarismo que enarbolaron sus *Padres Fundadores*. Guerras de conquista, exterminio de pueblos indígenas, esclavitud, linchamiento, racismo, incorporación de territorios de los poderes coloniales en decadencia y ocupaciones neocoloniales marcan la historia de la formación de Estados Unidos como nación.

Claro que no hay que perder de vista el *otro lado* de esta historia: la de los rebeldes, opositores, intelectuales pacifistas, los héroes anónimos del movimiento obrero sindicalista, los activistas antisegregacionistas y en favor de los derechos civiles, las mujeres que pagaron con cárcel y represión por lograr el derecho al voto, los internacionalistas de la Brigada Lincoln en la guerra de España, los resistentes contra la guerra de Vietnam. En una ocasión en Moscú, en que me llevaron a visitar el Mausoleo de Lenin, solicité a mis acompañantes del GRU, ir a la modesta tumba, junto a la muralla del Kremlin, de John Reed, el paradigma de estas minorías de iconoclastas que —desde la guerra con México de 1846-1848— se atreven a romper con la ideología de racismo, intolerancia política, sexismo y estrategias imperialistas promovida por las clases dominantes de Estados Unidos, blanco, anglosajón y protestante (*WASP*) que vota por los republicanos y confunde imperialismo con patriotismo.

Es evidente que Estados Unidos es un país de paradojas que provoca que la admiración concitada a nivel mundial sólo sea comparable con el odio inducido por la estela de muerte y destrucción que, para muchos pueblos, ha significado la intervención militar en sus respectivos países.

Particularmente, en lo que respecta a América Latina, los “Bárbaros del Norte” ocuparon, intervinieron o atacaron militarmente a México, Cuba, Puerto Rico, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Panamá, Granada, República Dominicana, Haití —entre otros— y coadyuvaron y apoyaron cruentos golpes de Estado y sangrientas dictaduras militares en casi todos los países de Centro América y el Cono Sur, ganándose los *yanquis* con creces el calificativo que fue excluido pragmáticamente del himno sandinista de “enemigos de la humanidad”.

Las preguntas que surgen antes y ahora son: ¿hasta qué punto son responsables los pueblos de las acciones de sus gobiernos? ¿es posible exentar de todo yerro a los millones de personas que conscientemente o por omisión apoyan una política colonial, neocolonial o imperialista llevada a cabo por gobiernos supuestamente electos democráticamente? En los crímenes contra la humanidad de Hitler y el grupo gobernante del régimen

nazi, ¿son inocentes, de complicidad, al menos, los millones de alemanes que apoyaron al fascismo y formaban parte de su maquinaria infernal?

En las guerras neocoloniales contemporáneas en las que se masacra a los pueblos de Irak, Afganistán, Pakistán, Libia y Siria, supuestamente en nombre de la democracia y la “lucha contra el terrorismo”, ¿qué piensan los padres, las madres, las jóvenes esposas? ¿sólo cuando el número de muertos y heridos del ejército de Estados Unidos comienza a incrementarse, una minoría de dolientes hace conciencia del significado de la guerra y la ocupación de un país extranjero? ¿no será que hasta en la muerte hay racismo y que los más de un millón de asesinados en Irak, los cuatro y medio millones de desplazados, los millones de huérfanos y viudas, torturados, presos políticos, discapacitados de por vida, importan poco para la mayoría del pueblo de la potencia ocupante?

¿La impopularidad de un expresidente de Estados Unidos, George W. Bush, se debió a su *ineficacia* en la conducción de una guerra de agresión o a la injusticia de esta? ¿en la época de la comunicación y del Internet, se puede aducir no saber qué ocurre en Guantánamo, en las cárceles de Irak, en las estaciones secretas de detención y tortura de la Agencia Central de Inteligencia en Europa y otros países del mundo?

¿El hombre y la mujer de la calle de cualquier ciudad estadounidense tienen conciencia de la agresión permanente de su gobierno contra el pueblo de Cuba durante más de 60 años? ¿Del apoyo de Estados Unidos a Somoza?, ¿Castillo Armas, Trujillo, Pérez Jiménez, Duvalier, Pinochet, Franco y cuanto dictador proestadounidense ha existido sobre la tierra en las últimas décadas? ¿Se han preguntado sobre las razones de un sentimiento creciente de antiamericanismo en el mundo entero?

¿Qué piensan la mayoría de los científicos, técnicos, escritores, profesores, estudiantes graduados de sus prestigias universidades sobre el papel que está jugando Estados Unidos como el principal promotor del terrorismo global de Estado? ¿conocen la esencia contestataria de la obra de Chomski, considerado como

el intelectual contemporáneo más influyente a nivel mundial? Si algún día Bush y su grupo, y los presidentes que vinieron después, son juzgados por crímenes de lesa humanidad, ¿estará el pueblo de Estados Unidos libre de cualquier responsabilidad?

Fue en 1974 o 1975 que llegamos a Austin, Texas, con el objetivo por mi parte de escribir la tesis de doctorado, mientras Alicia inició sus cursos de postgrado en el departamento de antropología de la universidad del estado, continuando de esa manera nuestros trabajos clandestinos en Estados Unidos.

Aquí vivimos en carne propia lo que es una sociedad racista, pues Texas es uno de los estados más representativos de las políticas discriminatorias en contra de los mexicanos. Todo el imaginario fundacional de Texas como república supuestamente independiente y posteriormente anexada a la Unión Americana en 1845, está relacionado a la confrontación entre anglos y mexicanos.

Fue aquí, que se inició el conflicto bélico entre México y Estados Unidos, primero en 1836, con la rebelión de los *colonos* estadounidenses y, posteriormente, en 1846, con una escaramuza en territorio mexicano reclamado por ese país. Después de la firma del Tratado de Guadalupe en 1848, en Texas se han producido distintas formas de violencia contra los mexicanos, que incluso provocaron una rebelión dirigida por Juan Nepomuceno Cortina, quien se levantó en armas en 1859 y enarboló la bandera mexicana hasta diciembre de ese año, en que fue derrotado por tropas regulares y *rangers* texanos.

Rentamos una casa en las afueras de la ciudad y solíamos pasear con nuestro hijo pequeño, advirtiendo cierta hostilidad en las miradas de los pocos vecinos que caminaban por la calle. Una tarde que estaba sentado en nuestra casa, frente al escritorio, con Alicia a un lado, sonó un disparo que rompió el mosquitero de alambre y el vidrio de la ventana, pasando la bala a unos centímetros de la cabeza de mi compañera.

La trayectoria de la bala, al colocar un lápiz entre las perforaciones del vidrio y el mosquitero, separados por escasos centímetros, señalaba una de las casas de los vecinos, quien de esta singular manera nos expresaba su rechazo racista. Los días siguientes,

mientras buscábamos una nueva casa, fueron de mucha tensión, pues pensábamos que la agresión pudiera repetirse. La policía nunca investigó esta agresión y nosotros nos cambiamos dos semanas después a un barrio donde vivían mexicanos, negros y estudiantes. También pudo ocurrir que el propio FBI organizara el ataque con fines de intimidación o para fiscalizar nuestros movimientos de mejor manera, nunca lo sabremos.

Finalmente, en marzo de 1976, presenté mi tesis de doctorado, no sin dificultades y conflictos con algunos de los miembros de mi comité. El tema, el proceso de conquista por parte de Estados Unidos de las tierras que pertenecieron a México en el siglo XIX, causó agrias polémicas, particularmente con mi director, el Dr. Knowlton, a quien molestó el enfoque de denuncia y el carácter nacionalista en mi interpretación de los procesos históricos de la guerra entre México y Estados Unidos. Ocurrió una noche que me increpó por mis puntos de vista expresados en el trabajo de tesis y yo le respondí defendiéndome con pasión, teniendo lugar una descomunal pelea a gritos, que finalmente terminó en un intercambio de disculpas mutuas por haber perdido ambos la cabeza.

Mi director de tesis era una persona bondadosa, de posiciones de avanzada, que había combatido en la Segunda Guerra Mundial en la infantería, manejando una ametralladora. En retrospectiva, debo reconocer que tenía una parte de razón en sus señalamientos críticos, sobre todo en lo que respecta a la fogosidad de mis argumentos y, quizás, el exceso de retórica.

Sin embargo, es muy común encontrar aún en los círculos universitarios una especie de inconsciencia histórica sobre la naturaleza imperialista de Estados Unidos, de tal forma que no se reconoce el papel jugado por ese país como fuente de agresión y blanco del odio de millones de seres humanos. Cuando ocurren acontecimientos terroristas como los del 11 de septiembre del 2001, de pronto descubren con sorpresa los sentimientos antiestadounidenses acumulados en el mundo por el terrorismo de Estado del gobierno de ese país. Después de la invasión a Irak, surgió en millones de personas sentimientos antiimperialistas que parecían haber desaparecido con el fin de la guerra fría.

Otro de los jurados me exigió que colocara un subtítulo que especificara que se trataba de “un punto de vista marxista”, y uno más me “recomendó” que escribiera un capítulo adicional sobre movimientos sociales con el enfoque antropológico sobre fenómenos nativistas —que él manejaba—, todo lo cual tuve que hacer para ser aprobado por el comité.

El día del examen invité a la comunidad chicana de Salt Lake City y, por comentarios de los profesores, nunca se había dado una defensa de tesis con un auditorio tan nutrido y que, inéditamente, ¡participó en el propio examen, cuestionando algunos de los puntos de vista del jurado!

Una versión de esta tesis fue publicada en México en 1976 con el título **La Guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación**, (con cuatro ediciones, la última de las cuales, por Ocean Sur, dio a luz en marzo del 2009), y también se publicó una versión en inglés, **Conquest and resistance: the origin of the mexican national minority in the XIX century**, por la editorial “R & I” de San Francisco, lo cual ayudó a fortalecer mi posición académica y los pasos siguientes en Estados Unidos.

Durante los años en Austin, Alicia pasó con éxito sus exámenes del doctorado y al finalizar sus estudios y presentar mi tesis, no hubo más remedio que viajar de regreso para México, donde permanecimos unos meses. Se dio la oportunidad para que en marzo de 1976 naciera nuestro segundo hijo, Alí, pues no deseábamos que el alumbramiento tuviera lugar en suelo estadounidense. Imaginábamos que, con un hijo con esa nacionalidad, tarde o temprano sería llamado a filas para pelear otra guerra del imperio en algún *oscuro lugar* del mundo (así afirmaba Bush).

Después de un tiempo y participando en un concurso que incluyó entrevistas con profesores y miembros prominentes de la comunidad chicana, pasé a formar parte del profesorado del Departamento de Estudios Chicanos de la prestigiada Universidad de Minnesota, en el *campus* de Minneapolis, a la que ingresé en septiembre de 1976. Fue en esta ciudad, dos años más tarde, que tuvimos que enfrentar a los agentes del FBI.

Capítulo 4 La detención

En la mañana del sábado tres de junio de 1978, el agente encubierto del FBI, Aurelio Flores, llamó por teléfono a la casa que rentábamos en la universidad de Minnesota. Hacía dos años que habíamos llegado a Minneapolis y durante ese tiempo había logrado ubicarme bien en el ambiente universitario, con buenas relaciones con mis colegas del Departamento de Estudios Chicanos y las autoridades académicas, además de mantener un promedio de excelencia en las evaluaciones que en cada curso los estudiantes hacían de sus profesores, a pesar, seguramente, de los agentes encubiertos del FBI que asistían a las clases que impartía.

Con el jefe del departamento, el abogado Manuel Guerrero, establecí una amistad fincada en el cumplimiento de mis labores docentes y en las relaciones estrechas con la comunidad chicana de las dos ciudades unidas, Minneapolis-St Paul. Manuel era una persona abierta y un ciudadano estadounidense con fuertes lazos con sus orígenes mexicanos. Simpatizamos desde el principio, y fue de gran ayuda en el momento de la detención.

A diferencia de Salt Lake City y Austin, las condiciones de vida y trabajo en Minnesota eran mucho mejores por el estatus de profesor universitario, y debido a que, en esta región de Estados Unidos, la gente tenía otros antecedentes históricos, más preparación y una notable perspectiva liberal. Se sabía que una de las dos ciudades

incluso había tenido un alcalde socialista, allá por los años treinta del siglo pasado. Vivíamos y éramos parte de un entorno universitario, en situaciones ventajosas, por el respeto que inspiraban en la comunidad los miembros del profesorado, por lo que, en contraste con los años anteriores, la vida en Minnesota era placentera.

Aurelio, a quien no habíamos visto desde hacía dos años, había llegado a Minneapolis, según decía, por cuestiones de trabajo y quería saludarnos, insistiendo en invitar a toda la familia a reunirnos en su hotel en el centro de la ciudad. Comenté con Alicia la llegada de nuestro supuesto amigo y su invitación, por lo que decidimos que yo lo encontraría.

Tomé al hijo menor conmigo y en la recepción del hotel encontré a un desconocido Aurelio, pues por primera vez vestía un traje formal, con corbata, camisa almidonada blanca, que después me di cuenta de que es una especie de *uniforme* de los agentes del Buró. Me saludó amistosamente, aunque algo nervioso, y me pidió que lo acompañara a su habitación, pues había olvidado en ella un regalo para nosotros. En el elevador lo noté extraño y todavía me preguntó, viéndome el anillo de graduado, si ya me había doctorado en la Universidad de Utah.

Entramos a una suite de dos habitaciones y antes de cerrar la puerta entraron otros individuos detrás de Aurelio, sacando unas credenciales que no pude ver y afirmando ser agentes del FBI. No enseñaron ningún documento legal ni recuerdo que me informaran de mis derechos (aunque ellos afirman que sí en el libro de Wise). Inmediatamente hicieron gala de conocimiento sobre nuestro trabajo, mostrando una mesa repleta de documentos y fotografías que según ellos estaban relacionados con el caso.

La sorpresa fue mayúscula. No podía creer que el “buena gente” de Aurelio, el amigo chicano con el que habíamos tenido reuniones sociales en las casas respectivas, que nos había dado la mano algunas veces cargando cajas de libros en nuestras mudanzas, fuera quien nos entregase a los órganos de contrainteligencia de los gringos, e incluso fuera uno de ellos.

Finalmente, lo que muchas veces habíamos temido estaba teniendo lugar. Sentí inmediatamente un golpe en el estómago y

no cooperar con ellos, nos despojarían de nuestros hijos, sin ser entregados a sus abuelos; afirmaron que los niños serían puestos en una especie de orfanato y que nosotros pasaríamos a disposición de la justicia de manera inmediata para ser juzgados por el cargo de espionaje en favor de la Unión Soviética.

Solicitamos estar solos unos minutos, supuestamente, para tomar una decisión, y para mi sorpresa accedieron, no sin antes exigir nuestra palabra de honor de que no realizaríamos un pacto suicida. Ya al inicio me habían preguntado si estaba armado, aunque no me registraron ni actuaron con violencia.

En el terreno del espionaje, contrario a lo que ocurre en el cine o en las novelas de género, las detenciones de los agentes extranjeros suelen llevarse a cabo con ciertas reglas por ambas partes, pues siempre puede darse un canje o una negociación, y cualquier violencia repercute inmediatamente en la contraparte.

Una vez supuestamente solos, pues sabíamos que estábamos siendo observados por algún medio electrónico o espejo encubierto, nos dispusimos a despedirnos de los hijos, pues era obvio que no accederíamos a la propuesta de nuestros enemigos. Nayar tenía apenas ocho años y Alí dos, por lo que fue el momento más difícil de toda nuestra vida de pareja, explicar al mayor de ellos que cuidase de su hermano, que nos iban a detener no por un crimen cometido por sus padres, sino por ser comunistas y orgullosos de hacer algo por cambiar el mundo. Era difícil explicarle a un niño de esa edad, acerca de las razones que nos habían llevado a ese momento, pero Nayar entendió perfectamente y aún ahora, un adulto, nos comenta que se dio cuenta claramente de lo que estaba pasando.

Nos abrazamos y lloramos, esperando ansiosamente que llegaran a su fin los minutos que nuestros captores concedieron. Ingresaron todos nuevamente y se dispusieron a escuchar nuestra decisión. Les dije que de nosotros no esperaran nada; que habíamos emprendido ese camino por ideales y por un convencimiento ideológico y político, que no teníamos precio y que no cooperaríamos con ellos en forma alguna; que estábamos listos para el juicio y aceptábamos las consecuencias de nuestros actos.

LA DETENCIÓN

Ellos reaccionaron con violencia verbal, increparon nuestra “traición” (¡como si por definición los mexicanos tuviésemos una obligada lealtad a Estados Unidos!), nos dijeron que pagaríamos por nuestros delitos y seríamos perseguidos por las policías estadounidenses, de Canadá y México, y nos conminaron a salir de la habitación a gritos.

No comprendíamos nada. ¿Por qué no nos entregaban en ese momento a los tribunales? ¿cuál era la razón de dejarnos libres?, ¿qué intentaban hacer con noso-tros? Preparados anímicamente para el juicio y la cárcel, con el peso enorme de la separación de nuestros hijos y lo que pudiera sucederles, nos sorprendía enorme-mente su decisión de que podíamos marcharnos.

Algo dijeron sobre que no querían hacer héroes para el movimiento chicano con una detención. Aurelio dijo una frase como “ahora serán instructores del GRU en Rusia” y hasta parecía sincero en lo que por un segundo fue como una especie de disculpa por el papel de infiltrado que había desempeñado.

Al salir de la suite del hotel hacia las tres de la tarde de ese sábado, nos parecía que había pasado mucho tiempo en las escasas horas de secuestro. Consideramos la posibilidad, mientras buscábamos nuestro coche estacionado, de que podrían eliminarnos físicamente, de tal forma que puse el motor en marcha con la familia fuera del vehículo.

En el camino a casa planeamos una estrategia a seguir. Tocamos a la puerta de unos colegas estadounidenses de la academia que rentaban vivienda en el mismo conjunto universitario que nosotros. Era un matrimonio del que nos habíamos hecho muy amigos. Gente de primera, progresistas y de una calidad humana excelente. Les dijimos la verdad: habíamos sido detenidos por el FBI con el cargo de espionaje en favor de la Unión Soviética. No se inmutaron y pareció no importarles la gravedad de la situación y las consecuencias que podría ocasionarles que nos proporcionasen ayuda. Incluso, él levantó el puño izquierdo cerrado en un gesto inolvidable de complicidad. Nos abrieron las puertas y nos brindaron una solidaridad fraterna que todavía

hoy recordamos con emoción, a pesar de no haberlos visto más desde esos días.

Ellos hablaron con dos matrimonios más, profesores de la universidad y amigos de reuniones y coincidentes en una perspectiva política de izquierda: todos ellos, sin excepción y sin preguntas de más, nos tendieron la mano. Fui a nuestra casa y saqué todos los materiales que pudieran comprometernos aún más. Micas, cápsulas con revelado, papel calca, lápices especiales para guardar celofanes y otros materiales propios de nuestra empresa secreta y rápidamente fueron destruidos.

Agradecí en ese momento la modernidad de nuestro fregadero que tenía un potente triturador de basura, pues en minutos dio cuenta de todo, quedando limpio de utensilios que hubieran podido sumarse al enorme legajo de pruebas documentales y fotográficas con las que contaba el FBI. Esto fue importante pues según informa Wise, Parker solicitó una orden de cateo después de la detención, pero ya para entonces no había nada que buscar en la casa y, mucho menos, en los inodoros de esta, donde los agentes, con asco, buscaron afanosamente.

Tomé mudas de ropa para todos y con lo más elemental de nuestras posesiones, nos dispusimos a pasar la noche en casa de nuestros protectores. Sabíamos que nuestra casa estaba contaminada de escuchas y requeríamos de un sitio donde las conversaciones no pudieran ser detectadas por los federales.

Claro, lo que más nos preocupaba eran nuestros hijos. Una de las parejas, con una generosa heroicidad, se propuso llevarlos clandestinamente a México, opción que fue rechazada por los riesgos que implicaba. Procedimos a llamar por teléfono a mi jefe Manuel Guerrero, quien como abogado podría representarnos y aconsejarnos, viniendo de inmediato. Bajamos al sótano de la casa y me preguntó si los cargos eran reales. Le contesté que sí. Aceptó defendernos de buena manera y advirtió que desde ese momento no declararíamos nada que él no aprobase. Se marchó para hablar con la fiscal de la ciudad y conocer la gravedad jurídica del caso.

Sentíamos un profundo cansancio y al mismo tiempo era imposible dormir. Teníamos el temor de que el FBI regresara en

LA DETENCIÓN

cualquier momento. El domingo fue un día largo y lleno de tensión. Vagamente recuerdo que aun así fuimos a tomar un café por el barrio universitario.

Finalmente, nuestro abogado nos comunicó que la fiscal había accedido a que saliéramos del país por lo que compramos inmediatamente los boletos de avión y otorgamos un poder a Manuel para, en su caso, entregar nuestros hijos a sus abuelos maternos y para disponer de todos nuestros bienes y representarnos en cualquier acto frente a las autoridades.

El lunes todo estaba listo para nuestra partida. Era conmovedor que en el ambiente macartista y anticomunista que permea el imaginario social de Estados Unidos, varias parejas de profesores universitarios, todos ellos estadounidenses, aunque algunos de origen extranjero, despidieran efusivamente en su viaje de huida a unos comunistas mexicanos y sus hijos, espías confesos en favor de la potencia más odiada y estigmatizada por ese país. Nos abrazamos todos y a 48 horas de nuestra detención estábamos saliendo vía San Antonio, ¿o sería Dalas?, Texas, para México.

No partíamos solos. En el avión se instalaron varios agentes federales y nosotros íbamos acompañados por nuestro abogado y tutor temporal de nuestros hijos. El viaje a la primera escala duró una eternidad y una vez listo el avión para salir de San Antonio a México, se nos acercó un agente del FBI, quien se dirigió a mí, cerciorándose de que estábamos los cuatro en la cabina, y en un inusual gesto de galantería con un enemigo, dijo: "*Dr. Rivas, el gobierno de los Estados Unidos le desea muy buen viaje.*" Milagrosamente habíamos escapado.

Ahora sabemos que el Departamento de Justicia nunca dio luz verde para las insistentes peticiones de arresto que hizo Parker antes del secuestro y durante el tiempo que nos dejaron solos. Había una circunstancia desconocida para nosotros que aumentaba el deseo de enjuiciarnos por parte de los agentes del FBI: en un viaje a Canadá que realizamos a finales de agosto de 1977, en automóvil y acampando en el camino, se nos dio seguimiento terrestre y aéreo.

En esa operación, a causa de una tormenta de verano, la avioneta en la que viajaban dos agentes del Buró, Mark A. Kirkland

y Trenwith S. Basford, quienes participaban en la vigilancia, sufrió un accidente y ambos murieron el 26 de agosto de 1977. El primero de ellos había tomado clases conmigo en la universidad como agente encubierto. Retrospectivamente, lamento mucho que estas muertes hayan ocurrido, pero ciertamente no era necesario un seguimiento aéreo.

A pesar de ello y de las pruebas recopiladas a lo largo del tiempo, el Departamento de Justicia se negó a emitir la orden de arresto. En parte esto se debió a las violaciones a nuestros derechos a lo largo de los siete años que nos dieron seguimiento. Habíamos sido grabados, intervenidos nuestros teléfonos e, incluso, filmados por una cámara similar a la que usó la NASA en el viaje a la luna.

Los agentes habían entrado a nuestros domicilios sin una orden expresa del Departamento de Justicia. También, afirma Wise, *“la decisión de dejar ir a los espías se debió en parte al complejo asunto legal pero también a la confluencia de factores políticos externos. El caso Palmetto tiene lugar en un tiempo en que la ley que determinaba la vigilancia electrónica para casos de espionaje estaba evolucionando, y el poder del gobierno para invadir la vida de los individuos con propósitos de seguridad nacional estaba siendo reexaminado por el Congreso y las Cortes.”*

En esos años, sólo el Procurador General podía dar autorización para llevar a cabo ese tipo de vigilancia y aunque tanto éste, como el presidente de Estados Unidos eran informados periódicamente de nuestro caso, no había ninguna autorización para colocar las cámaras usadas en nuestro departamento de Austin y en otras casas donde vivimos.

Seguramente que también influyó el conjunto de errores legales cometidos durante la propia detención, con menores de edad involucrados en una especie de secuestro, o retención forzada, sin orden de arresto y en instalaciones no oficiales.

De acuerdo con Wise, a pesar de las dos décadas transcurridas hasta que escribe su libro, todavía en ese momento existía resentimiento en la división de Seguridad Nacional del FBI por la decisión del Departamento de Justicia de no dar los pasos para nuestro arresto y dejarnos marchar el 5 de junio de 1978.

LA DETENCIÓN

Si este caso hubiera tenido lugar en esta época de “lucha contra el terrorismo” y de suspensión en los hechos de las garantías constitucionales, con toda seguridad que hubiéramos sido procesados de manera inmediata.

Pensábamos que seríamos detenidos al llegar a nuestro país, por lo que avisamos al abogado y académico mexicano Jorge Bustamante, con quien había escrito un artículo sobre una organización chicana denominada La Raza Unida, para que estuviera en el aeropuerto de la ciudad de México y fuera el contacto de Manuel para entregar a nuestros hijos a la familia, quienes como siempre en cualquier circunstancia estaban esperándonos para ayudar. Sin embargo, nadie nos detuvo.

Pudimos llegar a salvo a la casa de los padres de Alicia, pero persistía la incertidumbre. No podíamos creer lo que había pasado, pensábamos que era cuestión de horas, no nos sentíamos seguros, por lo que al día siguiente de nuestra llegada decidimos asilarnos en la Embajada de Cuba.

Por la mañana llegamos a la sede diplomática con nuestros dos hijos. Solicitamos hablar con los compañeros de la sección política. Nos trataron muy bien, nos escucharon con respeto y un tanto sorprendidos con nuestra historia, mostraron su simpatía y camaradería.

Sin embargo, con cierta pena nos informaron, al final del día, que no podían otorgarnos el asilo en esas condiciones ya que tenían un acuerdo con el gobierno de México para situaciones similares. En total desconcierto regresamos a la casa de los padres de Alicia. Al menos sabíamos que los compañeros del GRU serían informados de lo que había ocurrido.

Allí estábamos en nuestro país: sin trabajo, sin dinero, pues lo que teníamos se había gastado en el viaje, el pago de las deudas contraídas y en los honorarios de nuestro abogado, pero en libertad y juntos los cuatro.

Comenzamos a buscar trabajo y a establecernos en nuestro propio país, con la certeza de que tarde o temprano, lo que había ocurrido regresaría a nuestras vidas; que tendríamos que enfrentarnos en el futuro con la realidad de nuestro pasado.

No fue fácil. Manuel liquidó en una *venta de garaje (garaje sale)* todas nuestras pertenencias, a excepción de los libros que envió por correo y con el dinero recaudado pagó el resto de las deudas. Unos meses después, nos informó que los *muchachos* del FBI habían pretendido nuevamente revisar nuestra casa, pero como no tenían orden de cateo no lo permitió. Informaron a Manuel que no podíamos regresar a Estados Unidos y, en caso de hacerlo, seríamos procesados.

Sin embargo, en una ocasión, durante estos años, pasé por el aeropuerto de Miami por problemas en un vuelo, rumbo a Europa. Tuve que cruzar migración para proseguir el viaje y aproveché que el empleado se encontraba en plena conversación con una compañera de trabajo para presentar mi pasaporte oficial que como diputado federal portaba. Precisamente, en esa época (1998) solicité a través de la agregada política de la Embajada de Estados Unidos, que solía visitar la Cámara de Diputados, una visa para asistir a una reunión parlamentaria en ese país. La respuesta, meses después, me fue entregada por una funcionaria de la Oficina de Visas de No Inmigrantes de la Embajada de Estados Unidos en México, visiblemente nerviosa, quien me dio un documento con el siguiente contenido: “Esta carta es en relación con su petición para una visa del 3 de junio de 1998. Sentimos la demora en esta respuesta, pero fue necesario esperar una decisión del Departamento de Estado en Washington D. C. Lamentablemente, le informamos que no podremos otorgarle dicha visa. Según el Departamento de Estado, usted no es elegible para recibir una visa de acuerdo con la sección 212 (a) (3) (A) de la Ley Migratoria de Estados Unidos. Esta sección prohíbe la expedición de visa a cualquier persona que desee entrar a los Estados Unidos empleada en una actividad violando alguna Ley de los Estados Unidos relacionada con espionaje o sabotaje” y firmaba: Víctor. Abeyta, Cónsul General.

Poco tiempo después de la detención, llegaron unos agentes del FBI a casa de una de las parejas que nos ayudaron, para interrogarlos. Les abrió la puerta la esposa de nuestro colega, una congruente feminista que sorprendentemente con una voz afectada

y firme, les informó que como su marido no se encontraba, era imposible recibir en casa a hombres a solas, cerrándoles la puerta en la cara. Nunca regresaron.

Para la gente de la universidad no quedó claro lo sucedido; tampoco quisimos explicarlo todo, pues lo que buscábamos era empezar una vida de nuevo. Alicia pudo graduarse de doctora en la Universidad Iberoamericana, en México, ya que no podía presentar su tesis en la Universidad de Texas, facilitando de manera muy gentil la revalidación de sus materias, el fallecido Ángel Palerm, connotado antropólogo catalán, asilado en México, que fue profesor en Austin y nos visitó en nuestra casa de esa ciudad. Recuerdo que, en esa reunión, escuchó con nostalgia música de la isla de Ibiza, de donde él procedía y donde era originario mi abuelo materno, Mariano Ribas Pique, y donde viajamos en el 2011 para conocer a mis parientes, personas amabilísimas, con quienes hemos pasado horas inolvidables, en una búsqueda de nuestras raíces familiares.

Pronto encontramos trabajo en la Secretaría de Educación Pública. Sin embargo, el gusto duró poco, ya que después de unos meses fuimos convocados por nuestra jefa a una comida urgente, en la que muy asustada nos pidió la renuncia pues “alguien” le había informado sobre los hechos de Estados Unidos. Pudimos confirmar que la mano de la represión es larga y los “amigos” pueden ser influidos por ella.

Después de varios meses de desempleo y sin dejar de pensar un solo día sobre nuestro “secreto”, ingresamos a trabajar por concurso al Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), en su plantel de Iztapalapa.

A unos meses de estar como profesor en la universidad, me ofrecieron la candidatura para ser director de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, nuestra *alma mater*, a través de un proceso de elección en el que participarían estudiantes, profesores y trabajadores de la institución. Alicia y yo lo discutimos. Siempre podían hacerse públicos nuestros antecedentes, sobre todo, ocupando un cargo público. Sin embargo, no podíamos ser rehenes de la vida anterior pues no era un hecho del que pudiéramos avergonzarnos.

NADIE PUEDE SER AMIGO DE TODOS

Todo lo contrario. Habíamos servido a una causa con lealtad, por convicción, sin traicionar a nadie. No se hizo una sola detención cuya responsabilidad fuera atribuida a nosotros. Sorprendentemente habíamos salido, hasta cierto punto, bien librados. Había que seguir viviendo, pero esta vez con una sola vida.

Capítulo 5 Centroamérica

La adaptación a nuestra nueva vida fue un proceso largo y difícil. En mi caso, había pasado prácticamente 20 años involucrado en esa tarea, la cual terminó abruptamente, con derivaciones y consecuencias que no podíamos prever ni controlar.

Sabíamos que los servicios de inteligencia de Estados Unidos efectuarían algún tipo de vigilancia de nuestros movimientos, ya sea directamente o a través de sus agentes incrustados en los aparatos represivos y policíacos mexicanos, con los cuales, sin duda, tenían y mantienen una estrecha cooperación oficial y por vías ilegales, sobre todo, con los gobiernos abiertamente colaboracionistas de Fox y Calderón.

Éramos militantes “quemados”, que en el *argot* significa que todos nuestros pasos en la actividad política serían rigurosamente vigilados. Nuestros amigos o contactos con cualquier organización o grupo podrían resultar investigados, por lo que teníamos que tomar una decisión sobre lo que había dado sentido a nuestras vidas durante todos estos años: la actividad revolucionaria.

De este hecho fácilmente comprobable y lógico se desprendía una conclusión: cualquier actividad política que se realizara en el futuro tendría que ser abierta y en el marco de la legalidad, de la cual no nos hemos apartado hasta el día de hoy.

La oportunidad se presentó rápidamente. A unos meses de haber regresado a nuestro país, dos organizaciones revolucionarias de El

Salvador nos solicitaron a Andrés Fabregas, Alicia y a mí fundar en México el primer comité de solidaridad con la lucha armada en esa pequeña nación centroamericana.

Fue así como en septiembre de 1979, con la participación de varios estudiantes nuestros, colegas, amigos y militantes de la Corriente Socialista y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, se fundó el Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño, que en el curso de unos años sería uno de los principales apoyos internacionales de lo que fue, más tarde, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Después de la victoria sandinista el 19 de julio de 1979, se consideró sumamente probable el triunfo revolucionario en El Salvador. Se partía de un análisis optimista de la experiencia nicaragüense, sin profundizar en un hecho básico: Estados Unidos no permitiría la llegada al poder de organizaciones marxistas mucho más a la izquierda que el propio FSLN. Por ello, el gobierno estadounidense incrementó su presencia en el área centroamericana, ocupando a Honduras como base de sus operaciones militares hacia el territorio de Nicaragua y apoyando al entonces gobierno militar de El Salvador, y al de Guatemala, en sus guerras de contrainsurgencia.

No obstante, el FMLN desarrolló una estrategia política, militar y diplomática sumamente exitosa que permitió construir una poderosa fuerza guerrillera que controlaba territorio, población y obtenía importantes victorias en el campo de batalla. En este esfuerzo, fue muy importante el papel de la solidaridad internacional.

Llegamos a contar con más de 45 comités en el país, haciendo una intensa labor de propaganda, defensa de los refugiados, denuncias ante organismos de derechos humanos nacionales e internacionales, recaudación de fondos, fundación del Frente Mundial de Solidaridad con El Salvador, creación de una base social para la Declaración Franco Mexicana sobre el conflicto, y de apoyo para el establecimiento en México de la Comisión Política Diplomática del FMLN, cuya sede en el Distrito Federal había sido adquirida con mi nombre.

forma para la elaboración de informes y documentos sobre distintos temas relacionados con la guerra en El Salvador, la situación de los refugiados, la intervención de Estados Unidos y la violación a los derechos humanos. Alicia viajó a Belice para elaborar un informe sobre la situación de los refugiados salvadoreños en ese país.

También, a finales de febrero de 1980, viajé a Nicaragua para incorporarme a la ayuda internacionalista que la revolución sandinista requería de los latinoamericanos. Una de las más hermosas experiencias que puede vivir un revolucionario es presenciar los primeros pasos de un proceso de transformaciones sociales y políticas, como el que tuvo lugar en esos meses posteriores a la toma del poder por los sandinistas.

En febrero, todavía, se escuchaban esporádicos tiroteos nocturnos. Todo estaba por hacerse. Privaba una agradable confusión y había que acostumbrarse a la idea de lo que significa una revolución en el poder. El Estado, el ejército, las redes sociales, el partido, todo estaba en construcción.

Recuerdo a la fuerza armada del pueblo, sin grados visibles, pero con la autoridad que otorga el valor personal y el don de mando, sin la disciplina castrense, aunque con orden y organización, con uniformes de muy diversa naturaleza, civiles con armas de todos los calibres y tipos, edificios custodiados por los “muchachos”, los guerrilleros. Niños combatientes, de 10, de 12 años, un poco más altos que sus rifles, de caras profundas y serias. Un ambiente de camaradería, de fraternidad sin fronteras ni jerarquías, con nulas comodidades y muchas esperanzas, planes, proyectos, sueños. Vivir un día era como consumir las vivencias de mucho tiempo. Se dormía poco, se trabajaba hasta el cansancio, se aprendía, se valoraba a la gente por lo que hacía y no por lo que hablaba. Nicaragua. Revolución. El privilegio de vivirla.

A los pocos días de estar impartiendo clase en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, me incorporé a la Cruzada Nacional de Alfabetización, dentro del proyecto “Rescate de la historia oral de la revolución popular sandinista,” que organizó el Departamento de Historia de la UNAN.

CENTROAMÉRICA

Se trataba de organizar a 215 estudiantes de las distintas facultades universitarias para que, al mismo tiempo que llevaban a cabo sus tareas de alfabetizadores, aplicaran cuestionarios y entrevistas que recogieran a través de grabadoras la memoria popular de la gesta insurreccional contra la dictadura de Somoza.

Fue un hermoso proyecto que cubrió todo el territorio nacional en el que trabajé como asesor de investigación, permitiéndome conocer prácticamente todos los rincones del país en condiciones especiales. Mi adaptación a Nicaragua fue inmediata; no sentía ningún sentimiento de extranjería ni el trato de los camaradas tenía sesgo alguno de chauvinismo.

En este proyecto conocí al sociólogo nicaragüense Manuel Ortega Hegg, amigo de toda la vida desde entonces, revolucionario consecuente y hombre de valía excepcional que reúne los atributos de un investigador social imaginativo y culto, con las características positivas del militante disciplinado que lo mismo sufre de agotamiento en jornadas sin horarios como funcionario de la presidencia (la primera de Daniel Ortega), que se va movilizó como voluntario en la guerra de agresión que Estados Unidos organizó contra la revolución sandinista, e incluso, como buen compatriota de Rubén Darío, se daba tiempo para escribir poesía, lo cual comprueba que los nicaragüenses son poetas hasta que no se demuestre lo contrario.

Manuel me permitió el privilegio no sólo de su entrañable amistad sino también la oportunidad de conocer Nicaragua a través de sus acuciosos análisis escritos y conversados. Fue un maestro para mí de la historia y la cultura de su patria, la cual adopté como propia desde esos meses inolvidables de la Cruzada Nacional de Alfabetización. Esa amistad ha perdurado a través de los años y ha crecido con nuestras familias y las afinidades políticas y académicas.

También conocí por esas fechas a Carlos Alemán. En un diario de campo que escribí sobre la experiencia del proyecto de historia oral, tengo anotado el día 4 de marzo de 1980, lo siguiente: "A las 8.00 en punto llegamos al Ministerio de Cultura buscando a Carlos Alemán, antropólogo, lingüista y combatiente.

Llega una hora tarde a la cita, pero es una persona tan agradable y sencilla que no molesta su tardanza; nos habla de una posible investigación antropológica en un pueblo llamado Orilla, cerca de Nandayme. Tomamos por la carretera a Masaya. En esta ciudad heroica, pasamos por Monimbó, el famoso barrio de origen indígena que inició y resistió la insurrección de 1978.

Las paredes conservan las huellas de la guerra, destacando las pintas del Frente Sandinista, particularmente aquellas firmadas por la fracción insurreccional; estamos en el bastión de la tendencia tercerista del FSLN. Llegamos a un pequeño poblado cerca de Masaya, lugar de origen de Carlos, y entramos por un momento a la casa de sus padres. Sobre un armario, una escultura del propio Carlos. Le preguntamos que cuándo lo habían esculpido y nos contesta que fue en una época en que lo habían dado por muerto. “No todo el mundo tiene la suerte de ver su propio monumento mortuario”.

En el mismo diario escribí el jueves 13 de marzo: “por la tarde llega Omar Cabezas al Departamento de Historia. El equipo de investigación de historia oral lo acompaña al Auditorio, donde se reúnen los 200 brigadistas que participan en la tarea. Se inicia la reunión con el himno del FSLN, que los jóvenes cantan con el puño levantado.

Omar habla de la campaña de alfabetización y aclara que enseñar a leer y escribir sólo será uno de los muchos resultados de esta. Les habla sobre la importancia de la recopilación de la historia de la insurrección para brindar al mundo la experiencia nicaragüense y, contribuir con ello, a la liberación de otros pueblos.

Llega mi turno de dirigirme a los brigadistas: hablo de la profunda importancia histórica de su tarea, de cómo constituían una juventud privilegiada por poder participar en esta épica batalla de la revolución contra la ignorancia. El imperialismo y las burguesías locales tratan por todos los medios de acabar con la experiencia histórica de los pueblos, las experiencias de lucha y la resistencia, para causar una amnesia histórica y secuestrar la identidad nacional. Una de las formas de lograr esto, es la de hacer de la historia un recuento de personalidades, cuando en

CENTROAMÉRICA

realidad el pueblo es el verdadero forjador de la historia. Ésta no debe reducirse al estudio del pasado, es la construcción del porvenir, es el presente en el que Sandino vive.



Se discute el nombre de la brigada y proponen varios nombres: Rigoberto López Pérez, Germán Pomares, Carlos Marx, Augusto Cesar Sandino, etcétera; por votación gana Germán Pomares, mártir de la guerra revolucionaria, de origen campesino y así, nace al mundo de la alfabetización la Brigada de Rescate Histórico Germán Pomares Ordóñez. Termina la reunión, cantándose el himno de los alfabetizadores. El equipo se da cuenta del compromiso que hemos adquirido con el pueblo de Nicaragua.”

A través de la intervención de Carlos, una vez pasada la Cruzada Nacional de Alfabetización, ingresé al Ministerio de Cultura, cuya credencial firmada por el poeta Ernesto Cardenal todavía conservo como recuerdo.

Al poco tiempo, Alicia se incorporó temporalmente a los trabajos en el ministerio y fue de esa forma que volvimos a las andadas del trabajo de inteligencia en familia, esta vez, al servicio de la joven revolución sandinista. Alemán, sin conocer nuestro pasado, nos encargó hacer un diagnóstico de la situación de los indígenas misquitos en la región norte de la Costa Atlántica de Nicaragua. Tarea que nosotros, entrenados en las disciplinas antropológicas y

también en las de inteligencia, emprendimos con la mayor seriedad y profesionalismo.

Alicia fue a Puerto Cabezas, acompañada de nuestro hijo Nayar, acostumbrado a los viajes de sus padres, pero ya con la edad suficiente para comprender la naturaleza de una revolución social.

A mí me tocó viajar a Waspan, poblado en la frontera con Honduras, a las orillas del río Coco. Caminé hasta Bilwaskarma, donde se encontraba un seminario de la iglesia Morava, conviviendo con el director de este, quien semanas después pasó la frontera para engrosar las filas armadas de la contrarrevolución.

Ante la amenaza de ser descubierto por la estrecha vigilancia hacia los “españoles” (nombre dado a los del Pacífico) y debido a algunos actos de intimidación y agresión directa, terminé la estancia en la frontera antes de lo planeado y pasé por Alicia, quien ya había recogido valiosa información en Puerto Cabezas.

Desde ese informe en 1980, ya advertíamos sobre los errores de la revolución en el tratamiento de la cuestión étnica, y destacábamos las fallas de comprensión de la dirigencia sobre cómo incorporar a los indígenas misquitos y sumos al proceso revolucionario con base en el respeto a sus características culturales y religiosas.

A partir de ese viaje, el problema indígena de Nicaragua fue la temática en la cual trabajaríamos durante los diez años que los sandinistas conservaron el poder. Cada vez que podía escaparme de mi trabajo como director de la ENAH, o como profesor de esta después de 1984, viajaba a Nicaragua para incorporarme a distintas tareas que me pedían.

Sería en 1982 o 1983 que comencé a colaborar en un proyecto del Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria (MIDINRA) en Jinotega y Matagalpa llamado “Héroes y Mártires de San Andrés del Bocay”, dirigido por un singular personaje característico de esa revolución que después de la cubana trastocó la imaginación de todos los latinoamericanos: Carlos Paladino.

El proyecto tenía como propósito evacuar de la frontera con Honduras a la población Misquito y Sumo que habitaba en la parte superior de los ríos Coco, que dividía a los dos países, y del Bocay, ya que eran objeto de agresiones constantes por parte de la

contra que ya, para esas fechas, con todo el apoyo del gobierno de Estados Unidos, había desencadenado la guerra de agresión que costaría al pueblo de Nicaragua más de 85 mil muertos y miles de heridos y mutilados.

Ingresé al pequeño equipo como asesor en cuestiones antropológicas, pero en la práctica actuábamos todos como parte de un gobierno que, con las armas en la mano, defendíamos esa revolución y esa patria a partir de múltiples tareas que incluían el suministro de todo lo necesario para la sobrevivencia de la población indígena, elaboración de informes sobre la situación política ante la agresión militar de la contrarrevolución, trabajo político entre misquitos, sumos y mestizos.

En junio de 1983, junto con otro compañero mexicano, Carlos Peláez Goycochea, elaboramos un informe sobre “la situación de la población miskito y sumo ubicada en Jinotega y Matagalpa y evaluación del proyecto Héroes y Mártires de San Andrés del Bocay”, en el que describimos la compleja y difícil situación a la que se enfrentaba el proyecto, en el marco de las dificultades militares y políticas que la contrarrevolución provocaba.

Mis tareas variaban de acuerdo a necesidades específicas. Incluso en una ocasión serví como escolta de un pastor moravo de quien se sospechaba trabajaba para la CIA. Debía hablar lo mínimo para no delatar mi origen nacional y aparentar que no comprendía la lengua inglesa.

Así, durante esa visita a la zona que ocupaban los indígenas, me la pasé como un escolta mudo y con cara de pocos amigos con los religiosos y unas monjas estadounidenses para conocer algún dato de su conversación que pudiera ser de utilidad para el Ministerio del Interior.

Había frecuentes emboscadas en la zona que recorriamos y hubo numerosos muertos y heridos debido a ellas. Transitábamos por los caminos de terracería a altas velocidades y con los vehículos separados a distancias prudentes, y cuando la permanente locuacidad nicaragüense era sustituida por el silencio y se ordenaba el “tiro en boca” o cortar cartucho, significaba que la posibilidad del ataque era muy alta.

De nuestro equipo, un joven combatiente de la jornada insurreccional que le decían “el Chele” murió sin tener la posibilidad de responder el fuego mortal de sus agresores. Cuando una antropóloga de otro país centroamericano visitó la zona y observó la precariedad y los riesgos de las condiciones en las que trabajábamos, exigió a Carlos Paladino, nuestro responsable, que le proporcionase “seguridad”. Paladino tomó el AK-47 más cercano y le dijo “aquí esta tu seguridad.” Nunca más la vimos.

Carlos Paladino podría haber sido un legendario héroe de relatos guerrilleros. De hecho, lo es. Antes de la insurrección, Paladino era un exitoso agrónomo a punto de terminar la carrera, con un buen empleo, automóvil último modelo, casado con una muchacha de familia acomodada de Granada y con hijos. Nadie hubiera podido imaginar que su próspera situación se trastocaría radicalmente.

Tenía como compañero de banca en la Universidad a un militante del FSLN, quien hablaba constantemente sobre la lucha contra la tiranía de los Somoza, a lo que Paladino respondía con bromas y evasivas. Pasado un tiempo y en una ocasión en que un profesor se refería sobre los campesinos en términos peyorativos, en ausencia del militante del Frente, Carlos lo increpó y le respondió con pasión, logrando los aplausos de sus compañeros y dándose cuenta de que la prédica sandinista comenzaba a hacer mella en él.

Poco a poco le pidieron pequeñas tareas de comunicación y transporte hasta que finalmente, pese a su resistencia inicial, fue reclutado formalmente por el FSLN. Le informaron que recibiría un telegrama desde Costa Rica para un supuesto seminario en ese país, pero en realidad pasó clandestino hacia el interior de Nicaragua y al llegar al campamento guerrillero y recibir su primer “curso” sobre armamento, uno de los guerrilleros armado de un rifle calibre 22 se agachó y por accidente su arma se disparó, hiriendo a Paladino en el pecho.

Despertó en un hospital de campaña; se restableció de esa herida y no regresó más a su casa hasta después del triunfo de la revolución el 19 de julio de 1979. Dos meses fungió como responsable militar de Granada, expropió tierras de su propio suegro y un día que estaba abriendo la puerta de su domicilio

particular, observó un coche que a toda velocidad daba la vuelta a la esquina.

Su reacción fue tirarse al suelo mientras los disparos de metralleta pasaban sobre su cabeza. Paladino disparó su arma sobre el vehículo atacante, matando a sus dos ocupantes. Esta situación lo puso en un riesgo mayor, por lo que fue enviado a la frontera con Honduras como responsable del proyecto “Héroes y Mártires de San Andrés del Bocay”.

Paladino relataba anécdota tras anécdota sobre sus experiencias en la revolución, sin rasgo alguno de presunción; al contrario, su charla era natural, fluía conforme el trabajo se llevaba a cabo, en los largos recorridos por las zonas de guerra, en los viajes a Managua. Su vida se vio realizada con los derroteros que le brindó la revolución, particularmente durante la lucha armada insurreccional, en la que se desenvolvió a sus anchas como temerario combatiente.

De pronto, desaparecía del Proyecto para acompañar a un Batallón de Lucha Irregular (BLI), los comandos sandinistas, que marchaban hacia las zonas de combate en la frontera con Honduras. Regresaba después de algunas semanas, más delgado y maltrecho, con otras crónicas de odiseas y peripecias.

Paladino, aunque un personaje excepcional, no era muy diferente de muchos compañeros que habían encontrado su vocación en la “runga” (la revolución). Conocerlo y trabajar con él y su equipo fue un honor y un aprendizaje sobre la consistencia de los hombres y las mujeres que habían logrado derrocar a una opresiva y sangrienta dictadura, sobre la naturaleza extraordinaria de los guerreros nicaragüenses, dignos hijos e hijas de Sandino.

Fue en diciembre de 1984 que Manuel Ortega recomendó al comandante de la Revolución Luis Carrión, viceministro del Interior y miembro de la Dirección Nacional del FSLN, que yo formara parte de un pequeño equipo de trabajo para analizar y proponer un proyecto de autonomía para la Costa Atlántica de Nicaragua.

Esta comisión, integrada por el propio Manuel, Galio Gurdián, Orlando Núñez, Hazle Law, entre otros, elaboró las bases de un proyecto que aprobó la Dirección Nacional para integrar, en 1985,

la Comisión Nacional de Autonomía, misma que llevó a buen puerto el proceso autonómico hasta la publicación en el *diario oficial* de la Asamblea Nacional, en 1987, de la Ley para el establecimiento de un régimen de autonomía en el 38 % del territorio nacional, surgiendo la Región Autónoma del Atlántico Sur (RAAS) y la del Atlántico Norte (RAAN).

Este proyecto cambió la naturaleza de mi relación con la revolución sandinista. Durante cuatro años, en las temporadas largas o cortas que había permanecido en el país, fui más que nada un militante internacionalista de base, sin más privilegio que servir a la revolución. A partir de 1984, y hasta la derrota electoral del FSLN en 1990, mi involucramiento en tareas de apoyo y solidaridad con el gobierno de Nicaragua se realizó a partir del Ministerio del Interior que tenía a su cargo el proceso de autonomía.

Este proyecto, en sus inicios y consolidación, fue dirigido de manera seria y responsable por el comandante Carrión, quien actuó con una visión de Estado y una gran capacidad para imprimirle profundidad y forma. Posteriormente, cuando ya era una realidad, Tomás Borge, ya fallecido, tomó la dirección de este y se perdió el profesionalismo y el respeto al trabajo de equipo que se tenía con Carrión. Los dos comandantes de la Revolución, Carrión y Borge, representaban formas de trabajo y de compromiso muy distintas, que expresaban liderazgos de naturaleza contrastante, prefiriendo siempre al primero sobre el segundo.

Hace algún tiempo, durante un viaje a Nicaragua, le comentaba al ahora amigo y compañero Carrión, que alguien debiera escribir la historia de la autonomía de Nicaragua para darle el lugar que él merece. Estoy convencido que sin su participación y empeño en los primeros meses en los que se definió el régimen de autonomía, hubiera sido imposible hacer realidad ese proyecto en la década de los años ochenta.

Vinieron años de constantes viajes a ese país con peticiones concretas de colaboración que tenían que ver con la autonomía: elaboración de documentos, participación en la organización de congresos internacionales, asesoría durante conversaciones de paz con los grupos misquitos alzados en armas, publicación de

CENTROAMÉRICA

artículos y un libro de divulgación sobre la autonomía y denuncias sobre la guerra de agresión contra Nicaragua, particularmente, relacionadas con el aprovechamiento del gobierno de Estados Unidos de las contradicciones entre el gobierno sandinista y los misquitos.

En esta etapa hice amistad con un teniente del Ministerio del Interior, Daniel Martínez, asistente de Tomás, quien tenía la difícil tarea de poner un cierto orden en la caótica forma en que su jefe se relacionaba con sus asesores. Daniel, chileno de origen y más nicaragüense que muchos nacidos en la tierra de Sandino, salió de Nicaragua después de los trágicos resultados electorales de 1990. Ahora vive en México, tras un peregrinar por muchas latitudes.

Él escribió una conmovedora novela, **La noche del 25**, que describe muchas de las causas morales por las que el FSLN perdió el poder. Desde esos años y hasta hoy mantenemos una amistad entre nuestras familias nutrida de pasado y de coincidencias presentes.

Muchas veces evocamos a la Nicaragua de la revolución y la comparamos con lo que hoy ocurre, llenándonos de nostalgia y a veces de indignación por la evolución de muchos de los dirigentes que permanecieron incondicionalmente fieles a Daniel Ortega, quien finalmente regresó nuevamente a la presidencia en condiciones totalmente distintas a la década de los ochenta.

Hoy se trata de un cambalache en el poder y no un verdadero cambio para la trágica realidad de un país que después de Haití, es el más pobre de América Latina. Con fraseología de izquierda y aprovechando las alianzas internacionales con los gobiernos de Cuba, Venezuela y Bolivia, en el segundo gobierno danielista, (y ahora el tercero) impera una absoluta ambigüedad y claros retrocesos sobre temas claves como la real relación con Estados Unidos, el aborto, la corrupción gubernamental, el nepotismo, las alianzas con Alemán, la persecución de quienes desde el campo de la izquierda critican al gobierno.

En retrospectiva y después de cumplir más de cuatro décadas que la Revolución Popular Sandinista (RPS) que triunfó ese 19 de julio de 1979, podemos afirmar que esta insurrección constituyó

el primer movimiento armado revolucionario exitoso después de la revolución cubana. Se produce una ruptura del cerco sanitario de Estados Unidos sobre los procesos revolucionarios en América Latina, después de su fracaso político militar en Playa Girón y del brutal golpe de Estado contra el gobierno constitucional de la Unidad Popular en Chile.

En Nicaragua tuvo lugar una revolución antidictatorial y con claros contenidos sociales en un país clave para el control económico, político y militar de Estados Unidos sobre el subcontinente. Por ello, después del triunfo revolucionario, el imperialismo reaccionó con su violencia inherente y organizó una cruenta guerra de agresión que duró toda la década de los 80, con un trágico saldo de muertos y heridos.

En el aspecto estrictamente militar, la Revolución logró organizar una defensa basada en la participación popular, esto es, una *guerra de todo el pueblo*, que impidió la toma por parte de la contrarrevolución de cualquier poblado importante del territorio nacional. Pese a los recursos brindados por Estados Unidos, los sabotajes a la economía y la infraestructura, así como las frecuentes emboscadas a milicianos, soldados y funcionarios del gobierno revolucionario, Estados Unidos jamás triunfó militarmente en Nicaragua.

La Revolución Popular Sandinista, pese a este hostigamiento, rescató la dignidad nacional nicaragüense, cambiando radicalmente las condiciones económicas, sociales, culturales y políticas del país. Concibiendo a la nación no como la sumatoria de territorio, lengua, economía y cultura o carácter nacional, sino como un fenómeno dinámico en el que clases, fracciones de clases y grupos socio-étnicos se relacionan conflictivamente en una lucha por la hegemonía. El triunfo revolucionario hizo posible la consumación de un proceso de formación y consolidación de la nación, que había quedado suspendido y visiblemente deformado durante el somocismo.

La base de estas transformaciones radicó en el desplazamiento del poder político de la familia Somoza, a una democracia de mayorías populares que trastocó la naturaleza misma de la nación

y de sus elementos constitutivos. La relación del Estado nacional y la base sustentadora del mismo, el pueblo, con el territorio, cambió cualitativamente. El somocismo mantenía una soberanía formal sobre sus fronteras, mientras que la Revolución nacionalizó el territorio y sus recursos naturales, al mismo tiempo que abrió los cauces para una profunda toma de conciencia histórica nacional, rescatándose, con toda su riqueza, el papel protagónico de las clases populares en la forja de la nación. El pueblo tomó conciencia de su identidad, reconoció los diferentes veneros étnico-culturales, las distintas confluencias lingüísticas y se identificó, por primera vez, como nación multiétnica y pluricultural.

Nicaragua fue escuela de cuadros para todo el continente. La presencia internacionalista de latinoamericanos antes, durante la insurrección y en los diez años de gobierno revolucionario constituyó un aporte importante a los procesos de cambio en América Latina. Es indudable que incluso el EZLN no podría entenderse sin la experiencia nicaragüense.

Nicaragua provocó un movimiento de solidaridad popular en América Latina de proporciones masivas, así como la ayuda también solidaria de gobiernos (abierta o discreta) entre los que sobresalieron Cuba y México. Por otro lado, la victoria sandinista estimuló la propagación de la errónea teoría del “domino revolucionario” que afectó negativamente a los procesos armados de El Salvador y Guatemala, con un triunfalismo sin fundamento.

La RPS rompió con muchos de los esquemas que hasta ese momento predominaban en el movimiento revolucionario latinoamericano: a) la presencia importante del sector cristiano; b) su dirección colectiva, aunque más tarde derivó en la distorsión del orteguismo dentro del FSLN; c) la realización de elecciones en 1984 y el mantenimiento de la pluralidad política en un contexto de construcción del poder popular; d) sus esfuerzos (fracasados) de no alineamiento; e) la irreverencia de formas y contenidos en el proceso mismo; f) las raíces nacionales (Sandino, historia de resistencia anti-somocista, etcétera).

La RPS encaró el problema étnico-nacional, después de cuatro años de fracasos y desencuentros, con una perspectiva intercultural

y autonómica que rompió con los esquemas del marxismo esquemático basado en el reduccionismo clasista y proletarizante. Nicaragua se convirtió en un ejemplo de autonomía para muchos de los movimientos indígenas en formación. Nuevamente no podría entenderse el proceso de autonomías en América Latina, sin tomar en cuenta el importante paso dado en este terreno durante la revolución sandinista.

Su derrota electoral en 1990, y la pérdida del gobierno por los sandinistas (aunque conservaron una influencia notable en el ejército, policía, aparato burocrático, medios de comunicación, etc.) fue un duro golpe para todos los procesos revolucionarios armados en marcha (El Salvador, Guatemala, Colombia) e influyó en las perspectivas de otros movimientos políticos no armados que tomaron las estrategias electorales como su razón de ser (PRD, en México, PT, en Brasil, etcétera).

La “piñata” posterior a la derrota electoral afectó también a los partidos y movimientos en América Latina. Ella consistió en un proceso de corrupción que no se había dado en el caso de la revolución cubana; en ese proceso, se vieron involucrados importantes cuadros del sandinismo, los cuales se apropiaron de bienes y recursos públicos sin control alguno: con ello se perdió el referente ético que había conservado la RPS a lo largo de diez años de guerra. Tiene lugar el secuestro del FSLN por la corriente encabezada por Daniel Ortega y su búsqueda de poder a cualquier costo, los pactos con los liberales, el pragmatismo, el abandono de intelectuales, poetas, artistas y de muchos referentes paradigmáticos de las filas del FSLN, quienes siendo y permaneciendo sandinistas y revolucionarios, actualmente son acusados injustamente de ser “agentes de la derecha y del imperialismo”. No obstante, celebramos ese hermoso acontecimiento que llevaron a cabo los seguidores de Sandino, y también la gesta de los internacionalistas que los siguieron en ese asalto al cielo.

Como a casi todos, la derrota electoral del Frente me tomó por sorpresa, ya que las encuestas y la propia campaña electoral concluida el 20 de febrero de 1990, con un cierre de miles y miles de entusiastas militantes y simpatizantes congregados en la Plaza

de la Revolución, en la ribera del lago de Managua, hacían suponer que los sandinistas conservarían el poder y ganarían fácilmente las elecciones, como las llevadas a cabo en 1984.

Sin embargo, fui testigo de los acontecimientos de esa fatídica noche del 25 de febrero de 1990, y de la madrugada del día siguiente, cuando en medio del llanto de todos, incluyendo el de nosotros, los internacionalistas, y el de muchos periodistas, Daniel Ortega reconocería en un discurso excepcional la derrota electoral y daría a conocer la decisión de la Dirección Nacional de entregar la presidencia a Violeta Chamorro.

Recuerdo al padre Fernando Cardenal, sentado en una banqueta a la salida del auditorio, donde se dio la conferencia de prensa, llorando junto a otros militantes que inconsolables no daban crédito a lo ocurrido.

El 26, la ciudad de Managua amaneció desierta, como si hubiese ocurrido una catástrofe natural. No hubo ninguna celebración de los vencedores y hacia la noche, acompañado de mi hijo Nayar, nos unimos a una magra manifestación de militantes del Frente que, por el rumbo de la Central Sandinista de Trabajadores, casi como cortejo fúnebre, salimos a expresar nuestro coraje.

Fue en ese momento en que los simpatizantes de la Unidad Nacional Opositora (UNO) respondieron con violencia contra nosotros, lanzándonos una andanada de piedras descomunales que provocó que nos cubriéramos precariamente en las aceras. Tuvo que intervenir la policía con gases lacrimógenos que con el viento se esparcieron a todos por igual, confundiéndose el llanto proveniente de la rabia con el de los gases.

A mi juicio, fue la guerra de agresión de Estados Unidos y el mantenimiento del servicio militar obligatorio lo que ocasionó al FSLN su derrota electoral. Conforme la guerra se prolongó, el país requirió de jóvenes reclutas para enfrentar el cerco sanitario establecido contra la revolución. Los dirigentes sandinistas no supieron aquilatar el desgaste en la población durante esos diez años de sueños y esperanzas, pero también de sacrificios y muertes.

Sobre todo, las madres que habían perdido hijos, los núcleos familiares que temían su reclutamiento influyeron en gran parte

en inclinar la votación a favor de doña Violeta, quien, vestida de blanco y convenientemente sentada en una silla de ruedas por los asesores estadounidenses, aparecía como la imagen misma de la paz.

La derrota de los sandinistas en Nicaragua impactó duramente a la izquierda latinoamericana y repercutió tan decisivamente como la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética. Parecía que el mundo de las utopías concluía su ciclo de vida y que finalmente el capitalismo como sistema mundial lograba imponer sus designios de dominación a escala planetaria.

Sin embargo, no todos nos dejamos llevar por la desesperación y la pasividad. Nuestra lucha debía continuar por otros medios. No había desaparecido la explotación ni la lucha de clases había llegado a su fin. Pese a todo lo ocurrido, la historia continuaba.

Capítulo 6

El partido

Desde el trabajo de solidaridad con El Salvador, en 1983, Alicia y yo fuimos reclutados por la Corriente Socialista, expresión partidista que provenía de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Su pasado de lucha armada, el compañerismo que se respiraba en su militancia y la calidad humana de algunos de sus dirigentes (como Rigoberto Ávila, amigo y camarada, quien pasó siendo muy joven seis años en la cárcel, hombre de gran generosidad que lo hace ser querido y respetado por quienes lo conocen), nos convenció para ingresar nuevamente a la disciplina partidista.

No queríamos que la dirección política de esta organización a la que nos afiliábamos desconociera nuestro pasado y como era costumbre en estos casos, para ser admitidos en la militancia escribimos una breve biografía en la que asentamos nuestro trabajo en la inteligencia militar soviética, quedando este documento bajo reserva de uno de los dirigentes que avaló nuestro paso de simpatizantes a militantes.

La Corriente Socialista mantenía una disciplina férrea y medidas internas de seguridad que referían a su reciente pasado clandestino, de tal forma que los congresos de la organización, por ejemplo, se llevaban a cabo en ciudades que conocíamos hasta que estábamos a punto de abordar el autobús que nos trasladaría hacia dicho evento.

Durante los días que durase el congreso nadie podía salir del sitio de la reunión y todos participábamos en las tareas de limpieza y de logística, sin importar que fueran miembros de la dirección

nacional o simples militantes. Alguna vez observé a Camilo Valenzuela, el secretario general, lavando decenas de trastes por haber tomado la palabra sin autorización del moderador. Existían convicciones y mística y, sobre todo, una mente abierta a las nuevas ideas que circulaban entre la izquierda mexicana.

A pesar de lo ocurrido en Estados Unidos y sin aprender la lección, mantenía múltiples compromisos paralelos: la vida académica laboral como investigador del INAH, la colaboración internacionalista con El Salvador, Nicaragua y, ocasionalmente, Guatemala (donde viajé en varias ocasiones para diversas tareas tanto políticas como de docencia), los trabajos propios de una militancia partidista y mi presencia en la prensa nacional, ya que comencé a colaborar en la sección cultural **El Búho** de **Excélsior**, dirigida en su mejor época por mi buen amigo René Avilés, ya fallecido.

En la Corriente Socialista impartí clases en la *escuela de cuadros* sobre la cuestión nacional, a través de la cual pude influir en una mayoría de militantes para que, en un Congreso de la organización, ésta cambiara su nombre a Partido Patriótico Revolucionario (PPR).

Se trataba de analizar y debatir algunos planteamientos del pensamiento de la izquierda ortodoxa para modificar una especie de *cosmopolitismo* en el que habíamos caído los marxistas, y resaltar los aspectos constitutivos de la *cuestión nacional*, a saber, la matriz clasista nacional y sus contradicciones, la composición interna de la nación en cuanto a sus pueblos, etnias y grupos culturales, y la dominación externa que sufren nuestros países a partir de los lazos de dependencia estructural, en nuestro caso, con Estados Unidos.

De alguna manera, muchos de los partidos de la izquierda mexicana estábamos caminando hacia un proceso de “nacionalización” de nuestras perspectivas y manteníamos el propósito de terminar con el aislamiento de nuestras organizaciones del acontecer del país y dejar de jugar solo un papel testimonial en la solución de los grandes problemas nacionales.

Finalmente, estas reflexiones confluyeron en un proceso de unificación en el que participamos hacia 1987 las cinco organizaciones más importantes del espectro político de la izquierda,

EL PARTIDO

incluyendo lo que había sido el antiguo Partido Comunista Mexicano, en ese momento conocido como Partido Socialista Unificado de México (PSUM).

Por mi trabajo en la organización y en el terreno de la política nacional e internacional, en la fundación del flamante Partido Mexicano Socialista (PMS) pasé a formar parte de su dirección política, en la secretaría de asuntos internacionales.

El último congreso del Partido Patriótico Revolucionario fue memorable, y a la luz del deterioro moral y la crisis política del Partido de la Revolución Democrática, cuyo clímax se presentó en marzo de 2004, podríamos afirmar que fue una reunión ejemplar en cuanto a los métodos democráticos de elección de los dirigentes.

En votación directa, a mano alzada, gané ese puesto a partir de una propuesta de la base de los delegados. Un sector de la dirección encabezado por Jesús Zambrano, hoy conocido dirigente de lo que fue el PRD, en agonía ética y política, y a la saga de la derecha priista y panista, reaccionó en contra de mi candidatura por no ser uno de los cuadros “históricos” de la organización y por mi reciente incorporación.

Sin embargo, Enrique Rojas justificó la propuesta en un encendido discurso en el que dio a conocer mi participación en la organización armada de los años sesenta, ganando la votación por uno o dos votos.

Quienes veníamos de las organizaciones de la izquierda radical, la experiencia en el Partido Mexicano Socialista no fue del todo satisfactoria. Desde el principio de la unificación, algunos de los dirigentes del PSUM asumieron una actitud de superioridad y doble discurso que dificultaba el trabajo.

Al ingresar al área internacional descubrimos para nuestro asombro que había una doble agenda de reuniones, una en la que participábamos y otra reservada para los antiguos miembros del Partido Comunista Mexicano, como Gilberto Rincón Gallardo, Amalia García y Cuauhtémoc Sandoval.

Poco había de durar la vida del PMS, pues en la campaña electoral de 1988, la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, quien venía

de ocasionar una importante ruptura en las filas del partido oficial y contaba visiblemente con el apoyo popular, provocó una crisis en su interior que se resolvió a partir de la renuncia de Heberto Castillo a la candidatura presidencial y la adopción de Cárdenas como nuestro candidato.

La confluencia de la corriente dirigida por el ingeniero Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo con los militantes de la izquierda socialista fue producto de una necesidad evidente de ambas partes. Por un lado, el PMS entraba en alianza histórica con los representantes del nacionalismo originado en la Revolución Mexicana, con experiencia parlamentaria, electoral y de gobierno y, por el otro, la disidencia democrática del partido oficial requería de una estructura organizativa nacional confiable y con registro que pudiera en poco tiempo proporcionar la base territorial y los cuadros políticos de un nuevo partido.

Así, poco después, el 5 de mayo de 1989, se conformaba el Partido de la Revolución Democrática (PRD), previa disolución del PMS. Atrás había quedado no sólo el término de “socialista”, también fueron desterrados los conceptos que por más de setenta años habían dado identidad a la izquierda marxista adherida a los planteamientos de Lenin: el partido de cuadros, de revolucionarios profesionales, altamente centralizado y disciplinado; el objetivo de asalto al poder por todas las vías, incluyendo la armada; el establecimiento de la dictadura del proletariado; y la confrontación inevitable con el imperialismo norteamericano.

Tal vez hubo un poco de nostalgia en el abandono de este marco de referencia en el que habíamos crecido muchos de nosotros, pero actuamos convencidos de que había que cambiar como la realidad misma. Mucho influyó en este cambio la figura de Cárdenas, con quien nos identificamos a lo largo de estos años de confrontación con el régimen de partido de Estado. La difícil, y todavía no realizada, y más bien frustrada transición democrática de México, que se inicia con la derrota del PRI en julio del 2000, mucho le debe a la incansable actividad de Cárdenas por más de una década.

A los dos años de existencia del PRD, en 1991, por azares del destino, tras la muerte de un suplente a la diputación federal

(yo seguía como propietario en la lista del PMS ante el Instituto Federal Electoral) juramenté por primera vez como legislador para el último año de la 54 Legislatura.

A pesar del breve tiempo, jugué un papel muy activo en el deteriorado grupo parlamentario, cuyo coordinador, el michoacano Castillo Mena, fue cooptado por el gobierno, traicionándonos abiertamente de un día al otro, a cambio de ser nombrado embajador de México en el Ecuador. En los pasillos de la Cámara de Diputados fui testigo de un acto de repulsa hacia Castillo Mena por parte de una agraviada militante perredista, quien le arrojó a la cara unas monedas mientras lo increpaba, con razón, de Judas.

Rápidamente, me adapté a la tribuna “más alta de la nación” y al trabajo de las comisiones parlamentarias, enfrentándome en ambos espacios a los priistas que cada vez que subía a la tribuna gritaban todo tipo de improperios, a los que respondía con calificativos de cobardes y con un término que les agravió mucho: “*turba priista*”. Al poco tiempo se dio una negociación en el sentido de que respetarían mis intervenciones, por más radicales que fuesen, a cambio de no volver a referirme a ellos como *turba*, palabra que, por cierto, había traído de mi repertorio lingüístico de Nicaragua.

Me tocó como diputado federal enfrentar la reforma constitucional del artículo 4º, que consistía en una breve adición en la que se reconocía el carácter pluricultural de la nación mexicana, representada en sus pueblos indígenas. Prácticamente la saqué del “frigorífico” legislativo con base en varias “excitativas” o extrañamientos parlamentarios, ya que a pesar de ser esta reforma una iniciativa presidencial, por el racismo y el desinterés total hacia los indígenas, los diputados priistas no querían abordarla y mucho menos los panistas.

El presidente de la comisión de asuntos indígenas, el poeta oaxaqueño Andrés Henestrosa, quien murió a los 101 años en el 2008, lo único que hacía era organizar desayunos para conversar de tontería y media, sin preocuparle reformar por primera vez la Constitución y reconocer tímidamente la existencia de la pluralidad étnica de la nación mexicana.

Los priistas no quisieron negociar siquiera una coma del texto original que hubiera otorgado el reconocimiento de las prácticas y costumbres jurídicas de los indígenas en los juicios en los que ellos fueran parte, reflejando la mezquindad y el profundo sentimiento anti-indígena que inspiraba a los legisladores de los partidos Revolucionario Institucional y Acción Nacional.

En esos años, el predominio del PRI era tal que la Cámara de Diputados funcionaba con una organización profundamente antidemocrática y jerárquica, en cuya cúspide se encontraba el presidente de la Gran Comisión. Había viajes y prebendas decididas discrecionalmente por el aparato priista y era sorprendente observar el efecto que hacía en los diputados su paso por la Cámara, el engreimiento y el llamado “maiceado” en que caían muchos de nuestros propios compañeros.

En este medio conocí de la capacidad del régimen para torcer voluntades y ablandar caracteres. El pasado revolucionario no es necesariamente una vacuna para evitar ser contaminado en esos ambientes. A lo largo de estos años se ha observado el mareo de muchos subidos en el “tabique” del Congreso, ya como senadores o diputados, o en funciones de gobierno. Aquellos que habían resistido torturas y sufrido la cárcel podían ser presa fácil de una transformación de personalidad y olvido de los principios que desgraciadamente llevaron a muchos a la claudicación, e incluso a la traición.

También observé las amplias alianzas del PRI y el PAN, que siempre han funcionado como los dos actores de una obra de simulaciones y complicidades, hasta el día de hoy. En aparentes pugnas irreconciliables que se dirimían en florilegios parlamentarios desde la tribuna, ya en *lo oscuro* de las oficinas, bares o restaurantes, los “líderes” daban “la línea” en torno al presupuesto o hacia dónde se iba a inclinar el voto, qué leyes pasarían y cuáles se detendrían en la “congeladora”.

Así se decidió la legitimación del usurpador Carlos Salinas, quien le arrebató su legítimo triunfo electoral a Cárdenas en las elecciones de 1988 por medio de *la caída del sistema* que instrumentó el operador de las maniobras sucias, Manuel Bartlett, como Secretario de Gobernación.

Fue en las *concertaciones* de la 55 Legislatura que se impuso la quema de las boletas electorales que un pelotón de soldados resguardaba en los sótanos del Palacio de San Lázaro. Nunca he olvidado el papel jugado por este personaje que, años después, pretende que la amnesia conveniente de muchos haga olvidar su papel jugado en la imposición del salinato.

De esta primera experiencia parlamentaria aprendí mucho. Sobre todo, la importancia de una utilización responsable de estos espacios para profundizar la lucha democrática; la necesidad de prepararse a fondo en los aspectos jurídicos y constitucionales, así como la posibilidad de que el Parlamento cuente con gente comprometida que lo ponga al servicio del pueblo y no para su ascenso social.

La rebelión de los mayas zapatistas el 1° de enero de 1994 impactó y sorprendió a todos los mexicanos. Me enteré de la existencia de un grupo guerrillero pocos días antes de que estallara la insurrección. Me encontraba en diciembre de 1993 en San Cristóbal de las Casas en viaje de investigación sobre la situación de los indígenas en México, cuando en una entrevista pregunté sobre los grupos políticos que trabajaban en la zona. Al final de la lista de algunas organizaciones campesinas y de la Diócesis, el informante respondió: “y la guerrilla”.

También, en muchos artículos y ponencias sobre la temática de los indígenas, algunos antropólogos habíamos advertido sobre la posibilidad de que estallara la violencia social ante la contradicción que existía entre la gravedad de las condiciones socioeconómicas de los pueblos indios y el alto nivel de politización que había alcanzado el movimiento indígena con todas las actividades y movilizaciones que se habían dado alrededor del controvertido V centenario del arribo de Cristóbal Colón a tierras insulares del continente americano.

En marzo de 1992, publiqué un artículo en *Excélsior* sobre el tema en el que advertía: “Dentro de un proyecto popular de nación, la problemática de los pueblos indios cobra especial relieve con el reconocimiento de sus derechos históricos como pueblos; esto es, esencialmente, su derecho a la libre determinación, el cual

puede expresarse por medio de diversas formas de autonomía que impliquen —entre otras cosas— autogobierno, territorio, uso y posesión de recursos naturales, manejo propio de educación, cultura e instituciones sociales y judiciales, así como acceso a todos los niveles de representación gubernamental. Todo lo anterior, deberá formar parte integral de los textos constitucionales de nuestros respectivos países, en correspondencia con los alcances logrados en este terreno, en el derecho internacional”.

Por ello, las noticias sobre la toma simultánea de varias ciudades por un ejército de indígenas, entre ellas San Cristóbal, el símbolo del poder y del racismo coletos, nos estremeció y nos llenó a todos de sentimientos encontrados.

En mi caso, confieso mi simpatía total por los rebeldes desde el primer momento, hasta el día de hoy (9 de junio de 2023). En cierta forma, ahí estaba la respuesta recurrente en nuestra historia a la violencia y la explotación sufrida por los pueblos indios; no hubo oídos receptivos al mensaje de las centenares de movilizaciones, plantones, protestas, marchas, tomas de oficinas, oficios, gritos, reclamos.

Tampoco se puso atención a quienes por años advertimos en tesis, libros, artículos, informes, denuncias, foros, mesas redondas, sobre la gravedad de la situación de los indígenas. No deberíamos sorprendernos por la insurrección del 94, lo singular y extraño es que no se haya dado antes.

Cuando los combates cesaron y se estableció un cierto canal de comunicación con los zapatistas a través de la Diócesis, inicié un contacto epistolar unilateral con el EZLN. Cooperé con ellos desde el mes de febrero de ese año, enviando materiales que pudieran ser de utilidad. Así, cuando se integra la lista de los asesores para iniciar los diálogos de San Andrés, en octubre de 1995, sentí una gran alegría de estar en ella.

Una de las experiencias más significativas y gratificantes ha sido participar en ese proceso, acompañando a los zapatistas, a pesar de las limitaciones que durante un tiempo representaba mi ubicación partidista. A lo largo de esta relación tuve la oportunidad de conocer al Subcomandante Marcos, ahora Galeano, de quien tengo recuerdos siempre didácticos, agradables o simpáticos.

EL PARTIDO

La única referencia similar a Marcos es Omar Cabezas, comandante guerrillero de la revolución nicaragüense igualmente irreverente, y para quien no existe el acartonamiento o la simulación, ni la revolución está reñida con el sentido del humor.

Con una aguda inteligencia, que sorprende y da en el clavo en la crítica y en el análisis coyuntural, Marcos constituye el político más singular que ha dado nuestro país en las últimas décadas. Pocos dirigentes de la “clase política” pasarían la prueba de escuchar a 78 oradores, sin límite de tiempo, sin hablar, como lo hizo Marcos en una ocasión en que nos reunió a los asesores para un debate en un claro de la selva, cerca de La Realidad.

El Subcomandante, mientras fue vocero del EZLN, representó la conciencia crítica de la vida política del país. A pesar de los frecuentes silencios, que son utilizados como argumentos demolidores en una cultura política en la que las palabras han dejado de tener sentido, los mensajes de Marcos-Galeano siempre han causado todo tipo de reacciones menos indiferencia.

El primero de enero del 2006, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) inició una nueva etapa de su movimiento revolucionario con la salida del *subcomandante insurgente* Marcos, como avanzada del recorrido nacional para la construcción de un programa nacional de lucha, anticapitalista y de izquierda.

Ante esta iniciativa, escribí esta opinión al inicio mismo de la Otra Campaña: “No es fácil la tarea que emprenderán el EZLN y el conjunto de organizaciones políticas, indígenas, sociales, no gubernamentales, colectivos e individuos que integran esa otra izquierda anticapitalista.

Numerosos intentos fracasados, derrotas y frustraciones preceden a esta singular gesta de los desposeídos, explotados y discriminados de México. Existen obstáculos y dificultades a vencer incluso en el propio campo de la izquierda anticapitalista: las divergencias, los protagonismos, la estrechez de miras, la cultura política que resta y divide, que no ha cambiado nada pese a que en el mundo de las utopías y los paradigmas todo ha cambiado.

Hay organizaciones mexicanas que se consideran marxistas que no apoyaron *La otra campaña* por calificarla como “¡una

acción *colaboracionista* del EZLN con la burguesía!” Los propios zapatistas tendrán que ir analizando el rumbo y los significados de su accionar cotidiano. Hay que recordar que los colectivos con los que se reunirán y entrarán en contacto no poseen, en muchos de los casos, la trayectoria de lucha, compromiso, congruencia y disciplina que ellos han adquirido desde que se insurreccionaron en 1994.

De todas las iniciativas del EZLN durante estos años, ésta es la que reúne el nivel más alto de complejidad y dificultad en su realización, ya que en *La otra campaña* no sólo arriesgan la vida de sus principales dirigentes conocidos, sino los logros democráticos alcanzados hasta la fecha, (concretados en los gobiernos autónomos municipales, las Juntas de Buen Gobierno) y la existencia misma de su organización político-militar.”

En 1995, fui electo miembro del Comité Ejecutivo Nacional del PRD, trabajando más de dos años como Secretario de Derechos Humanos y Pueblos Indios. En este puesto me enfrenté a la difícil tarea de tratar de hacer algo con respecto a la impunidad en la muerte de militantes involucrados en acciones electorales y otras luchas sociales.

No creo que se haya aquilatado lo suficiente en la democratización del país los más de 600 asesinados del PRD a partir de su fundación. Por más que denunciemos esos crímenes, ni el aparato judicial ni los organismos de derechos humanos realmente hicieron algo para intentar castigar o encontrar a los culpables de la mayoría de esos asesinatos.

En el caso de la matanza de 17 campesinos en Aguas Blancas, Guerrero, el 28 de junio de 1995, iniciamos desde la Secretaría una intensa campaña para que las autoridades del gobierno del estado fueran investigadas a fondo, incluyendo al propio gobernador, Rubén Figueroa, quien nunca fue molestado siquiera con el pétalo de un interrogatorio por escrito. Pronto llevamos el caso ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos y ante las limitaciones de ésta para inculpar al gobernador, el PRD presentó la queja ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y fue en ese momento, agosto de 1995, en que como represalia al

EL PARTIDO

trabajo que venía desempeñando, la Secretaría de Gobernación filtró a la revista *Impacto*, una ficha policiaca con todos los datos sobre mi trabajo en el GRU.

La gacetilla, con el título de “nuestro hombre en el PRD”, era parte de un artículo sobre una lista de cientos de personas que en febrero de ese año se había preparado para que el presidente Zedillo ordenase su detención, en el marco del ingreso del ejército a territorio zapatista.

La ficha contenía información sobre mi participación con los revolucionarios salvadoreños, con datos precisos de lugares de reunión, así como mi presunta participación en Nicaragua como asesor militar del gobierno sandinista. La nota terminaba advirtiendo que el Cisen e Inteligencia Militar no dejaban de vigilarme ni un minuto del día.

Advertí que se trataba de una amenaza por lo que expuse en el Comité Ejecutivo Nacional del partido la necesidad de hacer una cita con el Secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet, para tratar de detener la provocación en marcha. La reunión se llevó a cabo con todo el CEN, que me apoyó sin preguntar nada, y en ella señalé directamente a la subsecretaría de asuntos políticos dirigida por Arturo Núñez (que fue gobernador de estado de Tabasco por la izquierda institucional) de haber filtrado la información para golpearme a mí y al propio PRD.

En un documento fechado el 21 de agosto, se afirmaba: “el Comité Ejecutivo Nacional del Partido de la Revolución Democrática lamenta y condena enérgicamente las amenazas de que fue objeto el Dr. Gilberto López y Rivas, integrante de la dirección nacional de este instituto político, a través de una nota publicada en la revista **Impacto** de fecha 30 de agosto del presente año. Según el reportero que la firma, dicha nota periodística proviene del CISEN, órgano perteneciente a la Secretaría de Gobernación”.

“Lo anterior constituye una agravante, ya que revelaría la existencia de una política persecutoria, clandestina e ilegal, por parte de autoridades. Este hostigamiento en contra del compañero López y Rivas, se da en el marco de la queja presentada por nuestro partido ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos,

con motivo de la matanza de campesinos del municipio de Coyuca de Benítez, estado de Guerrero, y las denuncias en torno a violaciones a los derechos humanos en varias entidades del país, particularmente en Chiapas, Veracruz y Tabasco.”

El Secretario reaccionó favorablemente, por lo que la segunda parte del artículo ya no salió publicada. Además, la revista tenía una circulación escasa, de poca credibilidad y utilizada muchas veces para notas escandalosas o inserciones pagadas para golpear a alguien, por lo que la noticia no tuvo mayor repercusión.

Hicimos reunión del grupo familiar y determinamos que no había que explicar nada. Muchos creyeron que el artículo no tenía información real y que era tan sólo una parte de la guerra sucia contra el partido y una forma de represión en mi contra por el trabajo que desempeñaba en la Secretaría.

Sin embargo, una mañana recibí una llamada proveniente de Estados Unidos. Era David Wise, autor de numerosos libros en los que se ponía al descubierto el papel de las agencias de espionaje estadounidenses. Me informó que estaba al tanto de la detención sufrida por nosotros en junio de 1978 y que preparaba un libro sobre las actividades del FBI en casos similares al nuestro, por lo que solicitaba poder entrevistarnos al respecto.

Le contesté que hablara al día siguiente y tendría una respuesta. Inmediatamente informé a Alicia de la llamada, nos comunicamos con nuestro abogado en Estados Unidos y decidimos que no era conveniente para nuestros intereses tener esa entrevista. Al día siguiente, le dije a Wise que debido a que el Departamento de Justicia no nos había procesado formalmente, teníamos derecho a la privacidad y, en consecuencia, rechazábamos su propuesta. El pasado rondaba nuestras vidas y tarde o temprano nos alcanzaría.

Capítulo 7

El gobierno y de vuelta a la sociedad civil

En 1997, el ingeniero Cárdenas me pidió ser candidato uninominal a diputado federal por un distrito de la ciudad de México. Como siempre en el PRD, las corrientes impusieron sus candidatos a las diputaciones plurinominales sin cuidar mucho el perfil de estos y dejando fuera a muchos dirigentes nacionales que no contaron en el Congreso del Partido con votos negociados y arreglos previos en función de sus intereses.

Fui registrado como candidato para el distrito 14, que cubre la delegación Iztacalco y un borde de la delegación Benito Juárez, realizando una intensa campaña casa por casa. Como en 1994, cuando fui candidato a diputado federal por Tlalpan y Xochimilco, mi hijo mayor dirigió la campaña que fue de una intensidad y un entusiasmo notables, bajo el magnífico lema “es hora de que salga el sol”, demostrando que, con un buen candidato, como en este caso Cuauhtémoc Cárdenas, y un partido relativamente unificado, la izquierda puede ganar elecciones.

Cárdenas arrasó en la capital de la república y el PRD sólo perdió un distrito de diputación federal y uno de asambleístas. Este fue el principio del fin del régimen de partido de Estado, pues demostró que era posible la derrota del PRI. La victoria de la oposición en la capital de la república en 1997 facilitó el triunfo de la derecha en el 2000 y el derrumbe de más 70 años de la preminencia priista.

El inicio de la 57 Legislatura en la Cámara de Diputados fue histórico. El PRI perdió por primera vez la mayoría absoluta en el número de diputaciones, por lo que se intentó, con la complicidad de la Secretaría de Gobernación, un golpe legislativo al querer juramentar en el primer día de sesiones con una directiva espuria dirigida por los priistas.

Sin embargo, se logró conformar con todos los grupos parlamentarios la mayoría legal y se instaló la Cámara con ausencia de los diputados del partido oficial, conminándolos a que, de no presentarse, se convocaría a los suplentes.

Fueron momentos de gran emoción y también de gran riesgo para la estabilidad política del país. Finalmente, el PRI aceptó su inédita situación de inferioridad numérica y tuvo que someterse a un interesante proceso de democratización de la Cámara de Diputados, que por primera vez, funcionó con una directiva colectiva y una presidencia rotativa, desapareciendo la nefasta “Gran Comisión” y, con ella, la discrecionalidad con que se manejaba todo en ese espacio parlamentario. Al menos eso creíamos.

De manera natural, por mi experiencia como asesor del EZLN y mi trabajo en los temas chiapaneco e indígena, gané la votación interna en el grupo parlamentario perredista para ser uno de los dos diputados en la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), que fue la primera comisión legislativa bicameral en funcionar sobre la base de una representación paritaria de los partidos y toma de decisiones con base en el consenso.

Esta sería la segunda Cocopa que asumía la tarea de coadyuvar para intentar reestablecer el diálogo suspendido entre el EZLN y el gobierno federal, en condiciones de un profundo deterioro por la puesta en práctica —por parte del gobierno de Ernesto Zedillo— de una política de contrainsurgencia, situación que se agravó aún más por el crimen cometido en Acteal el 22 de diciembre de 1997, en el que 45 hombres, mujeres (incluyendo 6 embarazadas) y niños fueron masacrados por la acción de un grupo paramilitar, preparado, armado y apoyado por el propio gobierno.

Por iniciativa del PRD, la Cocopa viajó a Chiapas y visitó Acteal a los pocos días de la masacre, con la natural resistencia de los

representantes del PRI y del gobierno del Estado. Fue determinante para el posicionamiento de la segunda Cocopa las presiones de la sociedad civil, los partidos y la solidaridad internacional en torno a la matanza.

Desde mi ingreso en la Cámara, me propuse utilizar el espacio parlamentario para promover las luchas de los pueblos indios y de los sectores populares con los cuales me había sentido identificado desde siempre. Fueron tres años de un intenso trabajo en los que intenté contribuir al incierto proceso de democratización que vivía el país a partir de una denuncia constante de la militarización, la existencia de los grupos paramilitares (de los que por cierto presenté una denuncia penal ante la Procuraduría General de la República en abril de 1999), la necesidad de una reforma profunda de las Fuerzas Armadas, el escrutinio parlamentario sobre sus misiones, estructura, presupuesto, así como sus relaciones de subordinación con el poder militar de Estados Unidos.

Ciertamente, me convertí en uno de los legisladores más críticos de las acciones y deformaciones del Ejército, así como del papel que jugaba en Chiapas y otras zonas indígenas del país.

También, por la agresividad de los priistas hacia mi persona, su trato en la Cocopa y en otras comisiones legislativas, considero muy positivo mi trabajo de denuncia permanente en torno a las acciones del gobierno federal y del gobierno del estado de Chiapas, siendo identificado como el diputado “zapatista”.

Lo cierto es que nunca mantuve una relación orgánica con el EZLN y, por el contrario, una vez como diputado, los zapatistas me dieron un trato similar al resto de los legisladores, ya que esa es la política que ellos siguen con todos los que cruzan “el Rubicón” de la sociedad civil al Estado. Sin embargo, el gobierno y los miembros de la Cocopa siempre sospecharon que yo era un militante zapatista “infiltrado” en la comisión para defender los intereses del EZLN.

En la Cocopa, como en el resto de las comisiones en las que participé, siempre actué de acuerdo con mi conciencia, logrando un reconocimiento público por el trabajo realizado de diversos sectores que se acercaban para plantear sus problemas y buscar apoyo.

En esos años intensos y de grandes tensiones tuve el placer y el honor de trabajar con Carlos Payán, en ese momento senador del PRD y miembro de la Cocopa, recientemente fallecido. Conocí a Payán cuando era subdirector del **Uno más uno** y lo traté varias veces como director de **La Jornada**. Carlos siempre nos dio la mano para la publicación de los desplegados políticos, muchas veces confiando en la palabra para su pago y con el riesgo de no solventar nuestras deudas por la escasez crónica de recursos.

En la Cocopa nos identificamos e hicimos excelentes amigos, aunque Carlos es de las pocas personas que conozco que sí *puede ser amigo de todos* por su simpatía personal, su peculiar forma de ser que desprendía armonía a su alrededor y por su conversación amena salpicada de fabulosas historias.

Alicia, Carlos y yo hicimos un viaje a Colombia en enero de 1999, para atestiguar el inicio del proceso de paz, en el que pudimos platicar con el legendario comandante Marulanda, “Tiro Fijo”, con el fallecido Raúl Reyes, y convivir con los jóvenes guerrilleros y guerrilleras de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en la zona desmilitarizada, y conversar en Bogotá con el propio presidente Andrés Pastrana. Fueron 15 días que quedaron en el baúl de los buenos recuerdos, principalmente, por el ingrediente Payán.

En la Comisión jugábamos el papel del policía malo y el bueno, intercambiándolos, al grado de que, en una ocasión, a sus 73 años en esa fecha, Payán retó a golpes a un diputado por defenderme. Junto con Felipe de Jesús Vivencio, diputado del PAN y miembro de la Cocopa, de honestidad a toda prueba, y fallecido prematuramente, conformamos un singular grupo de “conspiradores” que denominamos la *etnia* de los “ya-no-mames”, que a lo largo de la 57 Legislatura logró mantener en el seno de la Comisión una unidad de criterio basada en una lógica de paz, de sentido común, de justicia, y no en beneficio de partido alguno.

Mi trabajo como diputado, y sobre todo mi papel jugado en la Cocopa, me proyectaron en el ambiente político nacional. Por ello, cuando a principios de abril del año 2000, un periodista de *El Universal* me habló por teléfono para avisarme que al día siguiente

publicarían una nota proveniente de Washington escrita por el corresponsal, José Carreño, en la que informaba de la publicación del libro de Wise, **Cassidy's Run**, la familia consideró que en esta ocasión era imposible no enfrentar el pasado.

No iba a ser una noticia de *Impacto*, perdida en las páginas de una revista periférica que se lee en las peluquerías y que refería a un funcionario del PRD. En esta ocasión se trataba de un diputado federal conocido, cuyas declaraciones eran publicadas por lo menos una vez a la semana en algún periódico o revista de circulación nacional, ya entonces colaborador de **La Jornada** y un persistente crítico del gobierno y las fuerzas armadas.

Toda la familia coincidió en que era imposible tomar una posición que negara la veracidad de nuestra participación en las tareas de Inteligencia en el GRU. Era el momento que habíamos temido durante más de dos décadas. Rápidamente, redactamos un texto para ser publicado en la misma página que la noticia: “La información publicada en el libro de David Wise, **Cassidy's Run**, conocida en México a través del corresponsal en Washington, José Carreño, corresponde a un pasado que hay que entender en el marco de la guerra fría, cuando la lucha entre Estados Unidos y la ex Unión Soviética era concebida como una confrontación estratégica entre capitalismo y socialismo”.

“Para muchos marxistas de nuestra generación, la lucha contra el imperialismo estadounidense abarcaba una gran variedad de formas, dentro de las cuales estaba el trabajo de Inteligencia en Estados Unidos.”

“Hace unos años, yo me negué a proporcionar cualquier información a Wise, cuando me informó que planeaba escribir sobre un caso de espionaje y contraespionaje en Estados Unidos, basado en el derecho a la privacidad que en su país está garantizado legalmente.”

“Ahora me doy cuenta de que no respetó mi opinión y publica esta información en su libro en contra de mi voluntad y la de mi familia. Como toda información proveniente de los servicios de contraespionaje estadounidense, hay datos que no es posible admitir, como lo referido a una supuesta disputa doméstica con

mi esposa, la cual niego terminantemente, así como supuestas declaraciones mías que justifican el asesinato de un oficial estadounidense en El Salvador”.

“No podemos admitir haber cometido ningún acto del que podamos estar avergonzados. Toda nuestra vida como revolucionarios y demócratas la hemos dedicado a luchar en contra de los sistemas de explotación y opresión de los seres humanos, de lo cual solo podemos estar orgullosos.”

A partir del día en que fue publicada la nota informativa de *El Universal* sobre mi participación en el GRU y la declaración al calce, se sucedieron las noticias sobre el caso en todos los diarios del país y también en el ámbito internacional. Todas las agencias de noticias empezaron a comunicarse conmigo para entrevistas.

Rápidamente, la derecha tomó la causa de sus amos yanquis tanto en las Cámaras del Congreso de la Unión, como en los medios, pidiendo mi cabeza. *Letras Libres*, la revista de la ultraderecha intelectual mexicana me dedicó varios espacios para relacionarme irresponsablemente con ETA. Algunos columnistas de **Milenio** y **Crónica** se ensañaron.

El semanario **Proceso**, en el que colaboré en 1979 para denunciar al Instituto Lingüístico de Verano, con profesionalismo, publicó una extensa nota sobre el libro, acompañada de una entrevista en la que ofrecí mi versión de los hechos.

También, con la mezquindad y cobardía política que le caracterizan para tratar a la izquierda, el desprestigiado y entreguista ex canciller del foxismo, Jorge Castañeda, me tomó como “prueba” de que el PRD y el Ingeniero Cárdenas habían caído en el radicalismo. José Steinsleger, agudo analista y hombre de izquierda, nos apoyó públicamente con un valiente artículo, no exento de un fino sentido de humor, que le valió algunas críticas de quienes nos reprobaban en las sombras.

Recibimos llamadas de aliento de amigos entrañables como Luis Hernández Navarro, dejadas algunas en la grabadora telefónica de nuestra casa. Gestos de complicidad, incluso bromas que implicaban afecto y solidaridad. Un grupo de colegas antropólogos, sin decir una palabra respecto al caso ni preguntar nada, organizó

una cena para nosotros en la casa de una de las parejas que con su sola presencia daba muestras de su simpatía y apoyo.

Un grupo de compañeros del partido publicó un desplegado de apoyo que mucho apreciamos. Luis Villoro, con quien compartí semanas de trabajo como asesores del EZLN, con la grandeza y sencillez que lo definieron siempre, me puso un cálido mensaje en el Beeper que leímos con emoción.

Con la gentileza y la solidaridad de siempre, Carmen Lira me ofreció una entrevista en las páginas de nuestro periódico **La Jornada**, con Andrea Becerril, reportera y amiga que a lo largo de los años de la segunda Cocopa jugó un papel profesional impecable y, a la vez, siempre fue sensible a los acontecimientos chiapanecos.

Ante los ataques de columnistas y las reacciones de algunos legisladores en el sentido de exigir un juicio político encaminado a quitarme el fuero y perder la nacionalidad, la entrevista de **La Jornada** del domingo 9 de abril del año 2000 fue de gran ayuda, pues nos permitió plantear públicamente nuestro punto de vista.

En esta entrevista declaré lo siguiente: “Haber realizado en Estados Unidos labores de inteligencia militar para la ahora desintegrada Unión Soviética, no es un pecado de juventud ni un secreto vergonzante que pretendiéramos mantener guardado por más de dos décadas’, sino parte de una lucha a favor de la democracia y la paz mundial, advierte el diputado del PRD, Gilberto López y Rivas”.

“En entrevista con *La Jornada*, responde a las interrogantes surgidas a partir de la publicación en Estados Unidos del libro **Cassidy’s run**, obra de David Wise, en la que se alude a un episodio que el matrimonio López y Rivas efectivamente vivió en el país vecino.

“En todo momento de la plática el legislador perredista habló en plural, y lo hizo porque en ese hecho, al igual que en todas las luchas sociales que ha emprendido en su vida, lo acompañó su esposa Alicia Castellanos, también antropóloga y quien estuvo presente en la entrevista”.

“López y Rivas precisa que Wise es un académico connotado, del que ha leído otros libros como **El gobierno invisible**, pero

considera que en *Cassidy's run* hay una visión parcial y deformada de los hechos”.

“Por principio, señala, es falsa la afirmación de Wise en el sentido de que ‘el trabajo de inteligencia que llevamos a cabo en Estados Unidos es un secreto celosamente guardado durante más de 22 años’. Tan es así, agrega, que incluso el gobierno mexicano trató de usarlo ya en una ocasión para deslegitimar su trabajo”.

“Fue hace más de tres años, refirió, cuando a raíz de unas denuncias que hizo en su calidad de Secretario de Derechos Humanos y Pueblos Indios del Comité Ejecutivo Nacional del PRD, en torno a la masacre de Aguas Blancas, el episodio fue *filtrado* por el Cisen a una revista llamada **Impacto** que publicó una especie de ficha policiaca”.

“Acompañado por la directiva nacional perredista fue a quejarse con el entonces Secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet, por ese uso de su pasado de lucha. Este, sin embargo, regresa ahora a raíz del libro de Wise”.

“López y Rivas insiste en que no le avergüenza aquel viejo episodio, pero no puede dejar de resaltar que el libro distorsiona mucho de lo que ocurrió realmente, porque está escrito a partir de los testimonios de los agentes del FBI que se encargaron del contraespionaje y que dan una versión sesgada de lo que ocurrió, al presentar un panorama que muestra a los servicios de inteligencia estadounidenses como imbatibles y que todo lo logran”.

“Afirma que, efectivamente, él y su esposa llevaron a cabo trabajos de inteligencia militar para los soviéticos durante los años que vivieron en Estados Unidos. Ambos eran académicos, él se desempeñaba como profesor en la Universidad de Minnesota y Alicia hacía su tesis de doctorado en antropología. Tenían con ellos a sus dos hijos de ocho y dos años.

“Una de las terribles distorsiones del libro es que había motivaciones de origen económico y ello es totalmente falso. Nosotros entramos a este trabajo por convicciones de carácter ideológico y político. Formábamos parte de la generación surgida bajo el impacto que tuvo la Revolución Cubana. Éramos jóvenes que pensábamos que podíamos cambiar el mundo”.

“López y Rivas agrega que es muy importante no olvidar este aspecto histórico concreto, para tener idea de lo que significaba el trabajo de inteligencia militar para la URSS en esas fechas. Vehemente, agrega: ‘Nuestra juventud vivió una época muy efervescente políticamente hablando, pero en un ambiente de gran represión y de pocas libertades públicas. Ni pensar para nada en un periódico como *La Jornada*, por ejemplo’”.

“Resalta que se dio una radicalización de las posturas políticas, congruente con la realidad que vivían, y muchos de sus compañeros optaron por ingresar a los partidos políticos, a diferentes movimientos armados u otros espacios de lucha, entre los que estaba ese que a nosotros no sólo nos tocó, sino por el que optamos”.

“No había pues, añade, afán alguno de obtener recursos económicos y menos de actuar como mercenarios. Era la década de los sesenta y el objetivo del trabajo de inteligencia militar se daba en un contexto de *guerra fría*, de enfrentamiento estratégico entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y nosotros queríamos colaborar a favor de la paz, evitar que se produjera una tercera guerra mundial.”

“En el libro, motivo de la polémica, escrito por Wise a partir de las revelaciones de Joseph Cassidy —el doble agente de la FBI que acabó por descubrirlos—, se da además una idea de que todo el esfuerzo realizado y los riesgos que vivieron en Estados Unidos fueron inútiles.

“López y Rivas no lo considera así. ‘Si nosotros vemos que no estalló una guerra mundial, eso es de entrada algo relevante, pero hay otros factores. Había una motivación en el sentido de que la lucha y el auxilio que se brindara a la Unión Soviética podría crear las condiciones para una revolución en nuestro propio país.’”

“Resalta que durante la Segunda Guerra Mundial hubo trabajos similares de gente común y corriente que realizó servicios de inteligencia para frenar el fascismo. ‘Fueron años muy turbulentos, de golpes muy fuertes, como la muerte del Che Guevara, las derrotas de las guerrillas latinoamericanas. Era un contexto histórico de muchas utopías sin ningún espacio de acción política para los jóvenes.’”

“Paralelo a ello, estaba la recién triunfante Revolución Cubana, que ‘nos inspiró a los integrantes de mi generación a luchar por la liberación de nuestros países.’”

“Antes, relata, fui miembro de la Juventud Comunista mexicana, había estado en una organización que concebía la lucha armada, pero que desapareció por conflictos internos. Le tocó vivir el movimiento estudiantil del 68 y estar en la masacre de Tlaltelolco. Fue entonces que de manera conjunta con su esposa optó por “otro tipo de lucha” y se fue a Estados Unidos.”

“López y Rivas comenta luego que obviamente hay toda una distorsión en torno al trabajo de inteligencia, por la forma superficial en que se ha tratado en el cine y algunas novelas. ‘No es un trabajo cercano a la violencia y menos al terrorismo. No se puede ubicar con la imagen de *James Bond* y tampoco con la de un mercenario.’”

“Su objetivo, reconoce, era la obtención de secretos militares estadounidenses, ‘pero en el contexto de la necesidad de que las dos potencias tuvieran información de lo que hacían una y otra, sin que mediara actividad alguna que significara violencia o medidas de carácter terrorista ni mucho menos. Era un trabajo muy metódico y sistemático y sabíamos, éramos conscientes de los riesgos que se podían correr.’”

“Otra parte del libro con la que el matrimonio López y Rivas no coincide es aquella que los describe como personas con un odio fanático a Estados Unidos. ‘También ello es falso, nosotros admiramos al pueblo norteamericano, no así a su gobierno, obviamente. Incluso, hicimos excelentes amigos en nuestra estancia ahí, de 1971 a 1978. No existió ninguna motivación basada en el odio. Todo lo contrario, somos revolucionarios y queríamos cambiar el mundo. En ese marco y contexto es en el que se da nuestro trabajo.’”

“Para avalar este dicho, el perredista señala que ‘la descripción que hacen los agentes del FBI no corresponde a la que hacen mis colegas en la Facultad de Estudios Chicanos de la Universidad de Minnesota’, con los que convivió dos años.”

“En el propio libro se ven las contradicciones de basar una historia sólo en la información proporcionada por agentes del FBI,

resalta López y Rivas, y detalla luego que hace algunos años Wise lo contactó y le notificó que estaba escribiendo un libro sobre el caso y le pidió una entrevista. ‘Después de consultarlo con la familia, decidimos negarnos, porque consideramos que teníamos derecho a la privacidad.’”

“Sin embargo, él continuó sus investigaciones y sin volvernos a contactar ahora publica el libro, que es una versión apologética de lo que ocurrió, donde se destaca la heroicidad de los agentes del FBI y evidentemente ello no corresponde a la realidad.”

“¿Cómo lograron salir de Estados Unidos cuando ya los habían detenido?” ‘El problema es que el FBI, para poder dar seguimiento al trabajo que realizábamos, utilizó procedimientos de carácter ilegal y esto hizo que el Departamento de Justicia, al analizar nuestro caso, no pudiera ejercer acción penal.’”

“Después de haberlo fotografiado en el momento en que actuaba como correo, para enviar microfilmes, Gilberto y Alicia y sus dos hijos fueron detenidos. ‘Nos secuestraron por más de cinco horas en un hotel; ahí nos retuvieron sin mostrar ningún tipo de documento que legalmente pudiera justificar ese secuestro. Ese tipo de errores —entre ellos el poner micrófonos en su domicilio— propiciaron que después de un interrogatorio muy intenso, de amenazas, entre ellas de que nos quitarían a los niños, nos pudiéramos ir.’”

“Agrega que cuando los agentes, contra su voluntad, les dijeron que estaban libres, ‘inmediatamente arreglamos con un abogado nuestra defensa y pudimos salir del país con él, que iba como custodia de los niños, y de esta manera llegamos a México en la primera semana de junio de 1978.’”

“A pregunta expresa, López y Rivas no descarta que el gobierno mexicano aprovechará la nueva difusión del hecho, para tratar de desvirtuar su labor en la Cocopa. Sin embargo, añade, han recibido apoyo y respaldo de numerosos compañeros, ‘no sólo de nuestro partido, sino de quienes han estado cerca y han constatado la congruencia en el trabajo legislativo, partidario y académico. El que trate de usar aquel hecho que se dio durante la guerra fría, topará con el respaldo y solidaridad de muchos.’”

“A punto de concluir sus tareas como diputado federal, López y Rivas advierte que él y su esposa quieren finiquitar aquella etapa de su vida que los ligó a las labores de la inteligencia soviética. ‘Lo hicimos, sí; estamos orgullosos de haberlo hecho, de haber estado en una trinchera como esa, de haber tomado la responsabilidad generacional y seguiremos adelante.’”

“Soy investigador del INAH y, a partir de septiembre, seguiré trabajando desde mi calidad de antropólogo en las mismas causas en las que he estado involucrado: la indígena, la lucha contra la paramilitarización en Chiapas y las amenazas que se ciernen sobre la democracia, por este papel cada vez más activo de los militares en la vida política del país.’ (**La Jornada**, 9 de abril de 2000)”.

No fue fácil encarar la situación para nosotros. Era como si de pronto nuestra vida quedara al juicio público, a la opinión, en ocasiones ignorante o prejuiciada de quienes consideraban reprobable nuestro pasado. Consultamos abogados ante la posibilidad de que se pudiera dar el juicio político o una demanda, lo cual se consideró poco probable que prosperaran y, eventualmente en su caso, sin consecuencias.

Volví a considerar la posibilidad de abandonar la actividad política y dedicarme de nueva cuenta a la academia. Sin embargo, ante el inicio de las campañas de las elecciones del 2000, el presidente del Comité Ejecutivo del PRD en el Distrito Federal, Carlos Imaz, me pidió de un día para el otro que aceptara la candidatura para Jefe Delegacional en Tlalpan, zona de la capital en la que vivía desde 1980, pues se necesitaba registrarla en menos de 24 horas. Rosario Robles, me habló por teléfono solicitándome que accediera a ser candidato y el ingeniero Cárdenas me hizo llegar la misma opinión.

Le argumenté a Imaz que el tema del espionaje en Estados Unidos sería un serio inconveniente para la campaña; me respondió que, al contrario, que el votante joven vería con buenos ojos una trayectoria como la mía. Al día siguiente, muy temprano, le comuniqué a Carlos que aceptaba la candidatura, iniciando la tercera campaña política para un puesto de elección popular.

Fue una campaña difícil, como todas. Hubo, como lo imaginamos, guerra sucia, con volantes advirtiendo sobre mi pasado, golpes

bajos en los periódicos y hasta nos lanzaron una bomba casera en la casa de campaña que afortunadamente no explotó. Sin embargo, por un holgado margen de 5% de votos sobre el contrincante del PAN, gané la elección y me dispuse a gobernar por primera vez en mi vida.

De todas las tareas aquí relatadas, gobernar una demarcación cercana a los 600 mil habitantes, la más extensa del Distrito Federal y muy heterogénea en su composición socioeconómica, ha sido la más extenuante y complicada de mi existencia, con una carga de responsabilidad que nunca había tenido.

Para la izquierda que se asume como parte de la tradición socialista, gobernar bajo el esquema de la democracia ciudadana y en el contexto de la globalización neoliberal es un gran reto. Demostrar que una administración democrática no está reñida con un manejo eficiente de los asuntos públicos representa uno de los más difíciles objetivos de alcanzar por gobiernos de izquierda.

El ejercicio de gobierno fue difícil por ser muy sensible a la crítica y a la rijosidad de la relación ciudadana, pervertida por más de setenta años de un régimen de partido de Estado. No estaba preparado para la animosidad de vecinos que consideran que sólo presionando pueden resolver sus problemas y superar el rezago de servicios públicos. A pesar de ello, se gobernó con transparencia, con vocación de servicio, y en retrospectiva, me siento satisfecho por lo logrado en beneficio de la gente durante esos tres años.

Después de más de veinte años de haber terminado nuestro periodo de gobierno, existen sentimientos encontrados para valorar dicha experiencia. Por un lado, la satisfacción de haber intentado romper las rutinas, cargas y reglas no escritas de lo que fue el régimen de partido de Estado, y aún de tradiciones políticas que la izquierda institucionalizada rápidamente hizo suyas. Por ejemplo, la conformación misma del equipo de gobierno, esto es, alrededor de 220 personas designadas por el jefe delegacional o los directores generales, para ocupar los distintos puestos de la *estructura*, que es usual “repartir” entre las diversas corrientes internas o grupos que, participando en la campaña electoral, consideran como natural ser “recompensados”.

En nuestro caso no fue así. El equipo de gobierno se formó a partir de una combinación de cuadros políticos de probada honestidad y entrega, profesionales y personal con experiencia que garantizaran eficacia y honradez. La preocupación de fondo era la lucha contra la corrupción, que corroe desde dentro cualquier esfuerzo de cambio. Corrupción en cascada y generalizada que se siente apoyada por esa otra corrupción estructural que se practica desde el poder del Estado, la llamada por Pablo González Casanova “corrupción legalizada...que acaba con los proyectos nacional y social”. Esta corrupción que a la vista de todos despoja al pueblo mexicano de sus conquistas sociales y los recursos estratégicos.

Satisface que el gobierno de Tlalpan no haya caído en prácticas que hundieron la credibilidad y el buen nombre de funcionarios y dirigentes provenientes del Partido de la Revolución Democrática. Sin embargo, algunos cuadros técnico-administrativos fueron uno de los factores importantes en el freno al programa, al no entender las aspiraciones para lograr una nueva y muy diferente relación ciudadanía-gobierno. O sea, se avanzó al evitar que la asignación de puestos fuera por reparto de facciones, pero faltó una transformación de la mentalidad de esos cuadros, formados en el sistema político dominante.

Uno de los aspectos más positivos de la experiencia de gobierno en Tlalpan (2000-2003) fue la conformación de un **Consejo Ciudadano Delegacional**, a partir del grupo de vecinos que le dio seguimiento al programa de Presupuesto Participativo como equipo de monitoreo, el cual se integró de manera plural y voluntaria, siendo su integración honorífica y su actuar autónomo. Sus funciones eran la difusión, promoción y evaluación del programa, la coordinación de recorridos zonales con habitantes de la demarcación para tener una visión global de la problemática delegacional, así como la intervención en los subcomités de adquisiciones y obras, en las licitaciones públicas y en el seguimiento sistemático de la obra. Este Consejo amplió los espacios de participación ciudadana en temas como desarrollo social y medio ambiente, acciones que no estaban incluidas en las actividades del presupuesto participativo. El Consejo Ciudadano Delegacional constituyó un embrión

de poder ciudadano y contrapeso del poder formal del Jefe de Gobierno delegacional.

Se puede afirmar con fundamento que no hubo continuidad, y que incluso el presupuesto participativo que nuestro gobierno puso en práctica pronto quedó archivado como obsoleto y ciertamente considerado estorboso para un manejo discrecional de los recursos y sin el “incómodo” escrutinio de ciudadanos. No obstante, se demostró que es posible que la izquierda gobierne y lo haga bien, y sobre todo, que cumpla con el propósito básico que la caracteriza cuando es congruente: crear condiciones para el establecimiento del *poder popular*; esto es, seguir una estrategia de transformación desde el campo popular para desarrollar múltiples y diversos mecanismos de participación en la esfera pública, que pasan por la organización de base y el surgimiento de nuevas prácticas democráticas alternativas, como las autonomías indígenas.

En el actual contexto, la izquierda tiene como reto fundamental radicalizar la democracia en un proceso que implique romper las formas tradicionales y refuncionalizadas de tutela por parte del Estado, que supone no sólo reconocer al ciudadano, a los pueblos y sectores sociales emergentes como portadores de derechos y obligaciones, sino, fundamentalmente, como actores centrales en la búsqueda de la ampliación de esos derechos en las definiciones políticas; así como en la construcción de un nuevo sentido de lo público y, por tanto, de las acciones de un gobierno que mande obedeciendo. El ejemplo descrito, sólo pretende mostrar que el ejercicio de gobierno (en este caso en el ámbito local) basado en la aspiración del gobernante a otorgarle el poder a los ciudadanos para que sean ellos los que decidan respecto de lo público, no es ninguna utopía y, por el contrario, constituye una alternativa a la forma burocrática que los poderes establecidos quieren reducirnos.

No ayudó mucho la relación que se estableció con el Jefe de Gobierno de la ciudad, Andrés Manuel López Obrador, quien sólo en el primer año sostuvo reuniones con los Jefes Delegacionales y nunca llevó a cabo acuerdos bilaterales para la planeación de obras y la solución compartida de problemas. Mi gobierno navegó en el océano del centralismo de un marco jurídico y una normatividad

que no permiten adaptar el presupuesto y los recursos humanos a las necesidades específicas de cada demarcación.

La relación con el PRD en el nivel local se deterioró desde el momento en que no repartí los puestos públicos entre los grupos y desde que renuncié públicamente al Consejo Nacional, durante la presidencia de Amalia García, por la firma de un inaceptable acuerdo con el gobierno foxista.

Paradójicamente durante estos tres años no hubo problemas con el Partido Acción Nacional ni con el Partido Revolucionario Institucional, sólo con el PRD. La política de los ideales y las causas a favor del pueblo, de los explotados y desposeídos, fue sustituida por demandas estrechas de grupúsculos que mantienen relaciones clientelares con vecinos y simpatizantes.

El PRD se convirtió en una agencia de colocaciones, en una maquinaria de ascensos sociales controlada por una casta burocrática que se reproduce y controla todo. El partido dejó de ser un instrumento de las transformaciones que el país necesitaba y sufrió una crisis de legitimidad que no tiene que ver con porcentajes electorales o número de curules ganados en el Congreso.

Los partidos se han vuelto sistémicos y su elite se aleja del movimiento popular, llegando al grado de votar a favor de la contrarreforma indígena en el Senado en una extraña cohabitación con la derecha racista y a pesar de haber conversado con la bancada del partido, previo a esa votación histórica, aconsejando un voto en contra, o a favor de la abstención, al menos.

Durante más de una hora critiqué duramente la iniciativa de reformas, la cual había sido protegida por el “secreto de Estado” hasta ese día, con objeto de evitar que el movimiento indígena se manifestara. Recuerdo que la votación fue un viernes, día nada común para sesiones del Senado, pues se supone que muchos de sus integrantes de provincia viajan a sus estados. Los autores de la iniciativa lo habían calculado todo.

Mis argumentos fueron oídos cortésmente pero no escuchados; me pareció que para los senadores aguantar mi presencia y mis acaloradas razones era un trámite engorroso que había que llenar. Mientras hablaba, Fidel Herrera, senador y operador del PRI,

después cuestionado gobernador de Veracruz entraba y salía como por su casa, en lo que me parecía una clara maniobra orquestada.

A mi salida, los senadores votaron sobre cuál sería la posición del PRD en la plenaria, y la mayoría se inclinó por el voto a favor de la iniciativa y sólo tres, entre ellos Lázaro Cárdenas Batel, se manifestaron por la abstención. Una hora después, de manera unánime, la bancada perredista en el Senado votó a favor de la contrarreforma. Tres días más tarde publiqué en **La Jornada** un artículo cuyo título fue significativo: “Traición en el Congreso”, en el que sostuve lo siguiente:

“Finalmente, la traición se consumó. El Congreso de la Unión les dio la espalda a los pueblos indios y aprobó una ley de derechos indígenas que viola los acuerdos de San Andrés y pone en duda la voluntad de paz de Vicente Fox Quesada y de la mayoría de los legisladores de todos los partidos políticos. La ley aprobada reduce el reconocimiento de pueblos y comunidades, y los derechos de libre determinación y autonomía a la correlación de fuerzas en los estados, cancelando el ejercicio autonómico al ámbito de uno o más pueblos, y en los niveles que lo hagan valer; desterritorializa a los pueblos indígenas y les niega el uso colectivo de sus tierras; introduce de contrabando un *candado* que legitima las formas de propiedad de la contrarreforma salinista al artículo 27 constitucional, que por acuerdo de las partes se discutiría en la tercera mesa del diálogo; asimismo, niega a las comunidades ser reconocidas como sujetos de derecho público; minimiza el derecho de los pueblos a la participación política, establece acciones de gobierno negatorias de la autonomía por su franco carácter asistencialista y por considerar a los pueblos indios como “sujetos víctimas” y objetos pasivos de la acción del Estado. Para los pueblos indígenas existe en torno a la “tierra” y el “territorio” toda una cosmogonía. Además de ser la fuente de sus escasos recursos económicos y la base material de su reproducción, son los recintos de sus riquezas espirituales, de su contacto y estancia en el mundo; son el núcleo de sus identidades en tanto pueblos y comunidades; son el espacio de la convivencia familiar; implican el contacto con las generaciones precedentes, los padres, los abuelos, y la ligazón

con las generaciones futuras, los hijos, los nietos. Desde la tierra y el territorio se mide y se calcula el tiempo. La tierra atrapa el sudor y el sufrimiento, las esperanzas y alegrías. Desde ahí se vislumbra la mañana y la noche, el frío y el calor. La naturaleza no está escindida de los sujetos, como sucede en las grandes urbes, sino que existe en estrecha interrelación con los pueblos. La tierra y los territorios, en síntesis, no son para los pueblos indígenas una mercancía más susceptible de ser enajenada; son, por el contrario, la fuente de su riqueza material y espiritual; las condiciones de su ser en el mundo. Al negar a los pueblos el derecho al territorio y al uso colectivo de la tierra, se niega su contenido social-milenario. En suma, en la reforma aprobada por el Congreso privó la perspectiva de la desconfianza y la discriminación hacia los indios, repleta de *candados* que expresan el temor de los oligarcas, neo encomenderos y políticos profesionales a la movilización y el ejercicio de las autonomías indígenas. La traición se fraguó en el Senado de la República. En esta Cámara se elaboró el dictamen bajo la hegemonía de los legisladores de los partidos Revolucionario Institucional (PRI) y Acción Nacional (PAN), y con la complicidad de senadores del Partido de la Revolución Democrática (PRD), que compartieron la secrecía en la que se mantuvo la redacción del documento dado a conocer a unas horas de su votación en el pleno. No se consultó en el proceso de elaboración del dictamen a quienes dentro del PRD veníamos trabajando desde hace mucho tiempo en el tema, a quienes participaron en la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), a quienes ocupan cargos de dirección en la Secretaría de Asuntos Indígenas de ese partido, dando preferencia a los “acuerdos” y tratos con los senadores de los otros organismos políticos. De nada valieron los argumentos para lograr siquiera un voto de abstención que permitiera romper con la unanimidad buscada por el PRI y el PAN, y dar con ello un margen de maniobra a los diputados perredistas, prevaleciendo argumentos personalistas e irresponsables. Más tarde, durante la votación en la Cámara de Diputados, ese voto a favor de la reforma abortada de los senadores perredistas será utilizado por los otros partidos para mofarse del Partido de la Revolución Democrática.

La actitud digna de los diputados no hizo más que contrastar aún más la falta de congruencia de sus colegas de Xicoténcatl. Con todo, hay que identificar claramente a los autores intelectuales de este golpe contra la paz y la reanudación del diálogo, además de los ya conocidos: Manuel Bartlett Díaz y Diego Fernández de Cevallos. Vicente Fox Quesada es responsable de este juego perverso en el que, por un lado, manda una iniciativa de ley al Senado de la república y, por el otro, felicita a esta Cámara por el engendro resultante. La alegría presidencial, acompañada como siempre por la campaña mediática correspondiente, no hace más que comprobar que existió siempre un acuerdo entre el Ejecutivo y los legisladores del PRI-PAN para lograr una reforma que decantara al máximo el derecho a las autonomías de los pueblos indios. Vicente Fox es el principal artífice de esta acción gatopardista; es él quien saca ventaja política de una estrategia que en los hechos da la espalda al movimiento indígena nacional y que pretende, como su antecesor en Los Pinos, administrar el conflicto y derrotar políticamente al EZLN, sin renunciar al uso de las armas. No hay duda: la elite política no entendió el mensaje de conciliación y de paz de los pueblos indios en su comparecencia en San Lázaro y con esta reforma perdió la oportunidad histórica de reconocer la esencia pluricultural de la nación mexicana.”

A partir de ese día, mi alejamiento del PRD fue irreversible y como era de esperarse culminó en una renuncia pública el 7 de julio del 2003, un día después de las elecciones, a través de una carta en **La Jornada**: “Por este prestigiado medio hago pública mi renuncia al Partido de la Revolución Democrática, del cual fui miembro fundador.”

“Tomo esta decisión dolorosa por considerar que el PRD se ha alejado cada vez más de los principios éticos y la plataforma programática que le dio origen, como demuestra el voto de su bancada en el Senado a favor de la contrarreforma en materia de derechos indígenas, la antidemocracia en los métodos de elección interna para los puestos de elección popular, el divorcio de su accionar cotidiano con las causas y los movimientos populares, nacionales e internacionales; el nulo apoyo, interés y seguimiento partidario

a sus gobiernos locales y, sobre todo, la actividad disolvente y pragmática de grupos de interés clientelares y corporativos en el interior del PRD, erróneamente definidos como ‘corrientes’, así como la orfandad de ideas y espacios para su discusión”.

“Todo ello ha desdibujado la identidad de izquierda que le otorgó el voto mayoritario de su congreso. Mi renuncia es una decisión estrictamente personal que no cambiará el rumbo de mi gestión gubernamental en Tlalpan, ya en su última etapa, claramente definida por la participación ciudadana, la transparencia, la rendición de cuentas y la concepción del gobierno como servicio a la comunidad.”

“Esta renuncia no es expresión de resentimiento alguno ni búsqueda de un cargo público por otras vías. Reconozco el valor de la lucha por el cambio interno del partido que están dando compañeros como Salvador Nava, Julio Moguel y Marcos Rascón, así como la pertinencia de posiciones críticas como las de Adolfo Gilly. Coincido plenamente con su diagnóstico sobre la situación del PRD, pero difiero de ellos en la posibilidad real de su reconstitución a corto plazo, dado el control de sus estructuras por una burocracia que tiende a reproducirse y perpetuarse.”

“Con todo, hago votos por el éxito de esa labor titánica que se realiza por la transformación del PRD en consonancia con los grandes problemas nacionales y la grave amenaza que representa para la humanidad el actual grupo gobernante de Estados Unidos.”

“A los militantes del PRD, en especial a Cuauhtémoc Cárdenas, a mis compañeros cercanos que durante años han aportado sus esfuerzos para el cambio democrático que significó la caída del régimen de partido de Estado, capitalizado por el gobierno entreguista de Vicente Fox, les agradezco su ejemplo de compromiso y dedicación.”

“Por mi parte, seguiré participando políticamente en otros espacios de la sociedad civil, siempre por un socialismo libertario y en contra del imperialismo. Uno mi voz a la de millones de mexicanos que bregan por una patria justa y digna para todos.”

“Por ello, no abandono la esperanza de una organización nacional unitaria de izquierda, que retome las luchas por la liberación nacional y social, que no se detenga exclusivamente en

los mecanismos formales de la democracia electoral y se conduzca con un alto perfil ético en la construcción de un mundo mejor.”

A la luz del tiempo transcurrido de esta renuncia y la descomposición que ha tenido lugar en el PRD y en los gobiernos dirigidos por ese partido en Zacatecas, Guerrero, Michoacán, Chiapas y la propia ciudad de México, donde se han privilegiado proyectos de privatización como la autopista urbana, donde no se ha construido ningún tipo de poder popular, donde el clientelismo y el corporativismo del PRI fue adoptado por esta nueva burocracia que se integra en delegaciones, ahora, alcaldías, y el gobierno central, me doy cuenta, pasados los años, de que la renuncia fue un paso correcto en la salvaguarda de principios y convicciones.

En marzo de 2023 cumplí, rodeado de mi familia y amigos cercanos, 80 años. Nunca imaginé vivir tanto ni tan intensamente. Comprendo bien cuando el Subcomandante Marcos, ahora Galeano, ha comentado que vive “horas extras”. Así he pensado en esos años en que parecía que todo terminaría abruptamente, como parte de los riesgos que nos tocó correr. Muchas veces a lo largo de estas décadas experimenté esa sensación de considerar lo efímero de la vida y lo extraordinario del tiempo transcurrido sin truncarse súbitamente por los avatares propios de las opciones escogidas.

En muchas ocasiones me he sentido privilegiado por haber visto a nuestros hijos crecer; gozar de libertad e incluso conocer a mis nietos; tener una compañera de vida de la alta calidad moral y humana de Alicia; haber conocido tanta gente valiosa; por sentir, a pesar de todo lo pasado en el socialismo real, una profunda indignación ante la explotación y la injusticia.

Desde la publicación del libro de Wise, se convirtió en una obsesión escribir estas líneas. Alicia no ha estado de acuerdo, pues considera que esto es un asunto privado que, para muchos, pese a todo argumento, seguirá siendo un estigma.

No obstante, yo tenía la necesidad de contar esta historia. Sin afán alguno de hacer una obra literaria o especializada. Ajustada lo más posible a los hechos, tal cual los viví o recuerdo que los vivía, con los errores de los tiempos y de las apreciaciones.

Consideré necesario que otros la conocieran por más modesta o intrascendente que esta fuese. Quería dejar constancia de lo que pensó y soñó nuestra generación, o al menos, la parte inquieta y comprometida social y políticamente con las luchas libertarias y en contra de la guerra contra la humanidad

A lo largo de estas décadas desapareció la Unión Soviética y el campo socialista, vivimos muchas derrotas y victorias, pero el origen de las luchas pasadas, la explotación capitalista, la miseria, la desigualdad, la persecución, el racismo y el neofascismo de los gobernantes estadounidenses —con un supremacista como Trump en la presidencia de Estados Unidos, y ahora, un “demócrata”, como Biden— siguen dando que hacer a las nuevas generaciones de luchadores.

Había que dejar constancia de las motivaciones que nos alentaron en los extraños caminos que emprendimos. Dejar un testimonio de lo que realmente he sido y seguiré siendo: **un revolucionario de toda la vida.**

Anexos



NP

D Ega

PPENfianäd PPfänge D D

Anexo 1

La carrera de Polyakov¹

Raymond L. Garthoff

Cuando los servicios de inteligencia estadounidenses engañaron a los soviéticos ¿no se pasaron un poco de listos?

Para sus jefes en la URSS, el Sargento Cassidy parecía como cualquier otro de las decenas de oficiales bien colocados y sin comisión de las fuerzas armadas de Estados Unidos que habían sido reclutados para actuar como agentes de la inteligencia militar soviética (el “GRU”).

El Oficial en Jefe de la Armada de Estados Unidos, John A. Walker Jr. podría tener la distinción de recibir un sueldo mayor (mucho más de un millón de dólares) por los códigos de la armada y otros valiosos secretos tácticos y operativos que les entregó a los soviéticos —y Walker disfrutó de una larga “carrera” antes de ser arrestado en 1985.

Pero Cassidy tenía sus propias distinciones. Primero, él era el decano —su carrera duró más de 20 años, empezando en 1959. En segundo lugar, algo que el “GRU” no supo sino hasta mucho tiempo después: Cassidy era un agente doble.

Su historia fue revelada recientemente en *Cassidy’s Run*, un fascinante recuento del veterano especialista en espionaje, David Wise, quien evidentemente recibió una importante ayuda del FBI. Cassidy, que fue reclutado y dirigido por el FBI y la inteligencia del ejército estadounidense, jugó el más importante de los papeles

¹ **The Bulletin of the Atomic Scientists**, September/October 2000.

en una operación de contra información en los sesenta, durante la cual él entregó información selecta y secreta —además de una muy bien preparada desinformación— acerca del programa estadounidense de armamento químico que se desarrollaba en el laboratorio y centro de pruebas de Edgewood Arsenal. Fue una muy exitosa operación de contrainformación.

Primer acto

Tanto Estados Unidos como la URSS lanzaron grandes programas de desarrollo de armas químicas y biológicas (AQB) después de la Segunda Guerra Mundial, basados en las amplias investigaciones bélicas alemanas y japonesas en esa materia. Los programas de ambos países fueron mantenidos en secreto.

El propósito de la operación de contra información de Estados Unidos era hacerle creer a los servicios de inteligencia soviéticos que los estadounidenses tenían un programa más extenso y exitoso de armas químicas de lo que se conocía —y especialmente convencer a los líderes soviéticos que Estados Unidos estaba desarrollando un súper gas neurotóxico llamado GJ.

De hecho, por un largo periodo de tiempo, y de manera muy seria, los Estados Unidos sí habían realizado investigaciones sobre el GJ, pero finalmente se decidió que no sería un arma práctica. El objetivo del programa de desinformación fue provocar que los soviéticos realizaran grandes esfuerzos y gastaran muchos recursos en algo que los expertos estadounidenses habían concluido era un prospecto superficial y, sobre todo, un callejón sin salida. Los soviéticos se tragarón el anzuelo.

Cassidy fue utilizado en la operación de contra información sobre armas químicas desde 1966 hasta mediados de 1969, cuando sus jefes decidieron desplazarlo a otras operaciones. Wise, aparentemente, no estaba al tanto de que Estados Unidos también estaba transmitiendo información falsa sobre armas químicas a través de otros canales y que continuaron con esa operación de información falsa después del traslado de Cassidy.

Todo parece indicar que, en su momento, la contra información tuvo un gran éxito. De hecho, los militares soviéticos sí expandieron e intensificaron sus esfuerzos para desarrollar un súper gas neurotóxico como el GJ. Sin embargo, al transcurrir el tiempo, salieron a la luz cada vez más evidencias de que los científicos soviéticos habían triunfado en aquello en lo que sus contrapartes estadounidenses habían fracasado.

Los soviéticos habían desarrollado un gas neurotóxico utilizable, más tóxico y altamente efectivo llamado *Novichok*. Si el *Novichok* es un descendiente directo del GJ, no está completamente claro, pero el inesperado desenlace genera una intrigante e importante pregunta.

Wise lanza una respuesta implícita: como resultado de malos cálculos por parte de los científicos estadounidenses y los expertos de la inteligencia, los soviéticos fueron animados para realizar un programa que finalmente incrementó sensiblemente sus capacidades militares químicas.

Debido a que ciertas operaciones de contra y desinformación, como la del gas neurotóxico, involucran recursos y métodos sensibles, éstas se encuentran necesariamente entre los secretos más celosamente guardados —incluso después de que hayan pasado muchos años desde su instrumentación.

Más aún, durante el tiempo que estas operaciones permanecen secretas pueden continuar generando efectos. Por el otro lado, si son descubiertas, sus fracasados e ingenuos creadores no tendrían muchos ánimos de divulgar lo sucedido.

Las posibilidades de que una operación, exitosa en sus propios términos, haya tenido resultados tan amplios como inesperados e indeseados es obviamente una de las razones por las cuales se toman tantos cuidados para autorizar tales medidas.

La necesidad de mantener el número de personas con conocimiento de la operación lo más limitado posible es entendible. Pero, a pesar, de que el número de aquellos individuos informados de un plan es mantenido al mínimo, las ramificaciones más amplias de la operación podrían ser exploradas poco adecuadamente.

La intriga, la excitación y probablemente la alarma que genera la historia contada por Wise en *Cassidy's Run* son, de hecho, el

primer acto de una obra mucho más dramática. Había un segundo acto, el cual podría ser llamado “La carrera de Polyakov”.

“Sombrero de Copa”

En agosto 17 de 1967, un decreto conjunto emitido por el Comité Central y el Consejo de Ministros de la Unión Soviética revisó la evidencia de lo que parecía ser un extenso y exitoso programa estadounidense en el campo del armamento químico y biológico.

El decreto ordenaba que los soviéticos respondieran con los preparativos necesarios en materia de AQB. Aunque mis intentos para obtener este decreto de los archivos rusos han sido infructuosos, logré rastrear una referencia sobre éste en el índice de los archivos todavía secretos del Comité Central.

La decisión que los soviéticos tomaron respecto a la continuación de los programas de AQB fue resultado de la sensible influencia de las operaciones de contra información estadounidense —si no es que totalmente promovida por ellas.

Debido a la creciente preocupación soviética acerca de su programa de AQB, en 1967 al coronel. Dimitri Polyakov, uno de los agentes clave de la inteligencia militar soviética en Estados Unidos, se le asignó la tarea de encontrar todo lo que pudiese sobre los programas estadounidenses de armamento químico.

La inteligencia soviética, sin embargo, no se percató que, desde finales de 1961, Polyakov había sido un doble agente al servicio del FBI, cuyo nombre secreto era el de “Sombrero de copa” (en la CIA era conocido como “Bourbon”).

El reporte que Polyakov mandó a Moscú era la continuación de una información falsa proveída por Cassidy. En 1969, él les dijo a sus jefes estadounidenses que su reporte había “impactado” a los líderes soviéticos, quienes decidieron llevar a cabo un programa de choque que neutralizaría la amenaza estadounidense respecto a sus AQB, especialmente en el área del desarrollo de un gas neurotóxico.

La “carrera de Cassidy” respecto a las armas químicas había llegado al final, pero la “carrera de Polyakov” estaba en plenitud de fuerzas.

La decisión soviética en 1969 de llevar a cabo el programa de choque fue confirmada por otras fuentes, notablemente por un segundo agente soviético, un oficial del KGB, cuyo nombre secreto era “Fedora”, quien también había sido reclutado a principios de los sesenta (conocido en la CIA como “Scotch”).

¿Arenques rojos?

Mientras tanto, en 1968 Estados Unidos realizaba su última prueba sobre armamento biológico en la isla Johnston y estaban reasegurando sus programas químicos y biológicos. En mayo 28, 1969, un estudio de seguridad nacional, *Agentes químicos y biológicos* (NSSM-59), cuestionaba la utilidad de estas armas —aunque el Departamento de Estado no quería desechar los estudios sobre armamento químico.

Hubo estudios y deliberaciones posteriores, y en noviembre 25, 1969, el presidente Richard Nixon renunció completamente al uso del armamento biológico. También anunció que Estados Unidos nunca sería el primer país en utilizar armas químicas.

Nixon llamó a la celebración de acuerdos internacionales para prohibir ambos tipos de armamentos, pero declaró que las restricciones que había anunciado no estaban condicionadas a alcanzar dichos acuerdos.

No fue sino hasta una década después que las primeras —y distorsionadas— cuentas de las actuaciones de “Sombrero de Copa” y “Fedora” salieron a la prensa. En 1978, el periodista del New York Times, David Binder, reportó que el exdirector del FBI William Sullivan, junto con otros oficiales del FBI y de la CIA, había comenzado a sospechar que ambos agentes habían sido “volteados” por la contrainteligencia soviética o, incluso, que siempre habrían sido “agentes triples”.

Sullivan aseguraba que los agentes dobles soviéticos habían entregado información falsa sobre los programas soviéticos de AQB con el propósito de que los Estados Unidos recortaran sus propios programas. Increíblemente, Sullivan lo atribuyó a la renuncia

que Nixon hizo de las armas biológicas y vinculó el uso de armas químicas a la información falsa de los soviéticos.

De alguna forma, el escape de Sullivan no provocó que los soviéticos descubrieran la identidad de los dos agentes, ni comprometió a la operación de contra información estadounidense. Asimismo, Edward J. Epstein dejó claro en su libro de 1989, *Deception*, que “Sombrero de Copa” —y casi por seguro “Fedora”— estaban trabajando para Estados Unidos y no para la URSS.

“Sombrero de Copa”, Dimitri Polyakov, un general retirado para entonces pagó con su vida las actividades de espionaje cuando fue traicionado por el agente de la CIA Aldrich Ames en 1985. (“Fedora”, quién había fallecido de muerte natural poco antes, nunca había sido denunciado como agente de Estados Unidos).

La renuncia de Nixon a las armas biológicas se basó sobre el juicio de científicos estadounidenses que aseveraban que estas armas no podrían ser utilizadas militarmente y no sobre ninguna presunción acerca de los programas soviéticos y, mucho menos, sobre la información falsa de la URSS. La decisión de Nixon sobre las armas biológicas se asemejó a la anterior decisión respecto al GJ y el trabajo sobre los súper gases neurotóxicos.

Segundo acto

Los jefes militares de la inteligencia y el FBI querían repetir sus éxitos, en esta ocasión con un programa de contra información sobre armas biológicas. La carrera de Polyakov fue una secuela directa de la carrera de Cassidy sobre el gas neurotóxico.

Los hechos sugieren que múltiples canales, incluyendo Polyakov, fueron usados para transmitir el mensaje falso de que Estados Unidos estaba realizando un programa clandestino de armamento biológico, a pesar del anuncio que el presidente Nixon había realizado en noviembre de 1969 y la firma por parte de Estados Unidos de la Convención sobre Armamento Biológico en abril de 1972. Las sospechas soviéticas acerca de las mentiras estadounidenses sobre las negociaciones del convenio de armas

biológicas aparentemente eran confirmadas por estos canales de desinformación.

A fines de la década de los ochenta y principios de los noventa, varios científicos rusos de alto nivel desertaron hacia occidente. Debido a sus testimonios, ahora sabemos que en enero de 1973 — al mismo tiempo que los agentes alimentaban a los soviéticos con información falsa acerca de los programas químicos y biológicos— el Comité Central-Consejo de Ministros decretó el establecimiento de un nuevo e intensivo programa para la investigación y desarrollo de armamento biológico.

Una nueva organización encubierta conocida como Biopreparat fue creada a través de institutos de investigación civil y militar y otras instituciones, la cual incluía capacidades de “producción en espera” (*standby production*).

A lo largo de los setenta y ochenta este programa extensivo y secreto continuó —como también lo hicieron las sospechas y preocupaciones soviéticas acerca del supuesto programa estadounidense sobre armas biológicas.

Por ejemplo, yo localicé en los archivos del Comité Central en Moscú un amplio estudio que el Estado Mayor realizó en 1983 sobre armas biológicas y químicas en el extranjero —principalmente en Estados Unidos— con proyecciones al año 2000. Sin duda hubo más estudios.

No queda muy claro cuándo Estados Unidos terminó las operaciones de desinformación acerca de las ABQ —probablemente a mediados de los años setenta—, pero las operaciones no parecen haberse visto comprometidas sino hasta 1985. De cualquier manera, es evidente que sus efectos continuaron por mucho tiempo después.

Información detallada sobre los programas soviéticos de Biopreparat estuvieron a disposición de la inteligencia occidental sólo hasta el período 1989-1992, cuando tres científicos claves y en activo del programa de armas biológicas desertaron hacia Estados Unidos y la Gran Bretaña (en 1991, un cuarto científico, todavía en la URSS, reveló públicamente los secretos del programa sobre el súper gas neurotóxico). El recuento público más completo sobre

los programas soviéticos de armamento biológico ha aparecido recientemente en un libro escrito por uno de los tres primeros desertores, Kanatjan Alibekov, un katzajo que fue el director de Biopreparat de 1988 a 1992, año en el que emigró hacia occidente. Bajo su nuevo nombre, Ken Alibek, publicó *Biohazard* en 1999.

Además de detallar los programas soviéticos de armas biológicas en los setenta y ochenta, Alibek presenta testimonios que afirman que los científicos eran constantemente estimulados, diciéndoles que Estados Unidos tenía un enorme programa de armas biológicas.

Él escribe que el factor que precipitó su propia desertión fue la sorpresa que le causó conocer personalmente, durante una visita que realizó a fines de 1991 a Fort Detrick y Pine Bluff (antiguos centros de armamentos biológicos estadounidenses), que éstos habían sido cerrados como centros activos de investigación mucho tiempo atrás.

Este científico desertor exsoviético y otros más dejaron claro que los líderes del complejo militar soviético siempre estuvieron listos para usar los reportes que señalaban que Estados Unidos estaba trabajando duro en torno a los AQB, de tal suerte que mantuvieron el otorgamiento de más recursos para sus propios programas.

La desinformación estadounidense no sólo influyó las creencias soviéticas, sino que también fue usada con prontitud por los oficiales soviéticos para sus propios propósitos.

Tercer acto

El tercer acto de este drama ha sido el legado de la operación de desinformación estadounidense sobre las AQB en la época de la posguerra fría. Como el mismo Alibek y otros científicos soviéticos desertores han revelado, Biopreparat y el conjunto de programas en torno a las AQB sobrevivieron el final de la guerra fría.

Estos programas fueron recortados por Mijaíl Gorbachov a fines de los ochenta y dados por terminados, supuestamente, en 1990. De hecho, estos programas continuaron sobre una base clandestina atenuada, ya sea porque Gorbachov fue persuadido de

químicos y biológicos avanzados otro legado de las operaciones de contra información es la existencia de un gran número de científicos exsoviéticos que participaban en la investigación de AQB que han tenido grandes dificultades para encontrar nuevos y aceptables puestos en la deteriorada economía rusa.

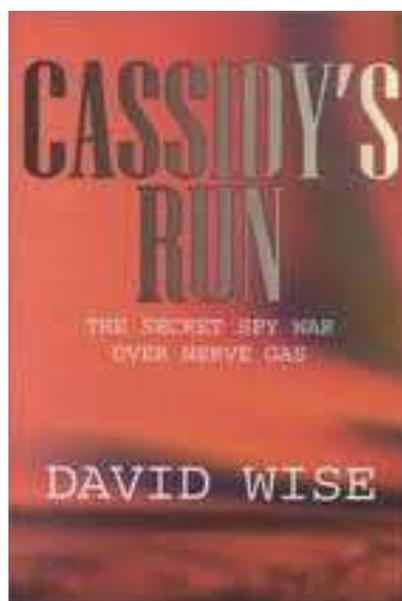
Además, las cargas químicas y el equipo y tecnología de las AQB rusas que permanecen no están adecuadamente protegidas, y el gobierno ruso necesita instrumentar un amplio y costoso programa para desechar sus grandes almacenes de armamento químico.

Había, y de alguna manera hay, otras consecuencias adversas menos tangibles de la “exitosa” operación contra informativa sobre AQB. El programa de contra información estadounidense no sólo provocó inesperados e indeseados logros soviéticos en el desarrollo de armas biológicas y químicas, sino que también contribuyó en la generación de un miedo recíproco, suspicacias y tensión.

El programa minó la credibilidad soviética acerca de la eficacia sobre el control de armas y la integridad de las políticas estadounidenses en esta materia, debido a los engaños a los que fueron sometidos los oficiales soviéticos, haciéndolos creer que Estados Unidos estaba violando deliberadamente la Convención sobre Armas Biológicas y, de paso, justificándose a sí mismo.

Pero ¿valían la pena los potenciales beneficios de la campaña de contra información en detrimento de la reputación de Estados Unidos?

Estos son algunas de las ramificaciones más notables de las operaciones estratégicas de contra información que no estaban —y generalmente no están— aseguradas o siquiera consideradas antes de que las decisiones se tomen.



Anexo 2

“Servimos a la causa”¹

Michael Flynn

Aunque fue utilizado para engañar a los soviéticos, López dice que sus actividades de espionaje sirvieron para mantener el “equilibrio”.

En Cassidy’s Run se describe cómo una noche en un parque de San Petersburgo, Florida, agentes del FBI vieron a una pareja mexicana, Gilberto López y Rivas y Alicia Castellanos López, retirando documentos militares estadounidenses clasificados debajo de una “piedra” falsa. La piedra había sido puesta ahí por agentes dobles del FBI que se hacían pasar por espías soviéticos.

El incidente fue sólo uno de una serie de entregas y recepciones en una gran operación de contraespionaje, durante la cual la inteligencia norteamericana pasó miles de páginas de documentos acerca de las actividades militares estadounidense —algunas reales y otras falsas— a los soviéticos.

Desde 1971 y hasta su repentino regreso a México en 1978, los López —nombrados por el FBI con el código secreto “Palmettos”— fungieron como correos para la agencia militar soviética, el “GRU”. Su trabajo consistía en retirar documentos en “escondites” de diferentes ciudades de Estados Unidos y llevar la información a las contrapartes soviéticas.

¹ Entrevista publicada en *The Bulletin of the Atomic Scientists*, September/October 2000.

Durante ese tiempo, el FBI siguió casi todos los aspectos de la vida de la pareja –intervinieron sus teléfonos y colocaron cámaras escondidas en sus oficinas. Los agentes del FBI también fingieron ser sus amigos.

Wise describe a los “Palmettos” como los “primeros [agentes] ilegales rastreados por agentes dobles del FBI.” Determinados a descubrir lo más que pudieran, el FBI montó una operación gigantesca de vigilancia que incluyó a docenas de agentes a lo largo de todo el país que seguían a los López desde Utah hasta Texas y de vuelta a Minnesota, donde la pareja eventualmente se estableció en 1976, cuando Gilberto López tomó un trabajo como profesor de estudios chicanos en la Universidad de Minnesota. El FBI pensó que los López los guiarían a otros espías y expondrían detalles ocultos del aparato de espionaje soviético.

Al final, el arduo trabajo del FBI sirvió de poco. Los López nunca revelaron sus cómplices, y en 1978, cuando el FBI finalmente los confrontó y obtuvo una confesión, el Departamento de Justicia decidió no procesarlos. Los oficiales de justicia argumentaron que el caso debía ser desechado porque las cintas de grabación y las irrupciones no autorizadas en las casas de la pareja habían violado sus derechos civiles.

Poco después de su enfrentamiento con el FBI, los López volaron de vuelta a México. De acuerdo con Wise, la decisión del Departamento de Justicia resultó ser un gran desaire para el FBI, el cual gastó millones de dólares y perdió dos agentes en un accidente aéreo durante el curso de una operación. Wise está de acuerdo con el FBI: “Al fin y al cabo, lo más importante es que el gobierno permitió que dos espías soviéticos escaparan”.

De espía a diputado

Mientras estaba realizando su investigación, Wise llamó a Gilberto López, quien en esos años estaba trabajando en el Instituto Nacional de Antropología e Historia en la Ciudad de México, y le preguntó si lo podía entrevistar. López se negó.

Con curiosidad por saber su versión de la historia, contacté a López a través de una amistad común. Durante nuestra conversación telefónica inicial, López me dijo que no le gustaba hablar con periodistas estadounidenses porque “ellos no entienden de que se trató la guerra fría”.

Además, dice, ellos usualmente quieren información acerca de sus contactos soviéticos y otros espías. “Ningún individuo involucrado en nuestros esfuerzos de espionaje fue descubierto por el FBI. Nosotros nunca le dijimos a nadie lo qué estábamos haciendo, y nunca le dimos ningún nombre al FBI cuando nos lo pidieron. No voy a empezar ahora”.

Después de que le aseguré a López que sólo estaba interesado en escuchar su perspectiva de los eventos contados en el libro, él aceptó encontrarse conmigo. Actualmente es miembro de la cámara baja del Congreso y un destacado integrante del cuerpo legislativo que en 1996 estableció las negociaciones de paz con los rebeldes zapatistas del estado de Chiapas, López estaba compitiendo para encabezar una de las 16 delegaciones que conforman el Distrito Federal.

Nos encontramos en su cuartel de campaña a principios de junio. A pesar de las revelaciones publicadas en el libro de Wise y el pequeño escándalo que esto causó en México, López ganó fácilmente la elección de julio.

“Tú sabes”, me dijo durante nuestra entrevista, “cuando los líderes de mi partido [el partido de oposición de izquierda en México, el PRD] me pidieron competir por este cargo, les dije que tal vez no era una muy buena idea debido a todo lo dicho acerca de mis actividades de espionaje para los soviéticos. Ellos me dijeron que no había problema, y que hasta podría beneficiarme”.

Joven revolucionario

“Cuando joven, estuve involucrado en varias organizaciones revolucionarias en México”, López me dijo. “En primer lugar, fui reclutado por la organización juvenil comunista a principios de

los sesenta, cuando tenía alrededor de 17 años. En esos tiempos, todas las actividades de la oposición comunista eran clandestinas.

El partido era ilegal y perseguido. Poco tiempo después, me enlisté en la 23 de mayo, la cual era una organización dedicada a la revolución armada en México. Esto fue durante los años que siguieron a la revolución cubana y cuando existía un tremendo idealismo entre la juventud”.

Sus actividades revolucionarias pronto llevaron a López –y a su esposa Alicia– a ponerse en contacto con el GRU. A lo largo de los sesenta, dice, sus colaboraciones con la inteligencia soviética crecieron gradualmente. “Formábamos parte de una cadena de personas que servíamos de conexión entre el GRU y Estados Unidos, a través de México. Nosotros estudiábamos sobre cómo los mexicanos que trabajaban para el GRU podrían entrar a los EEUU y qué tipo de trabajo podrían realizar”.

En 1968, el GRU le pidió a López si podía trabajar para la agencia en Estados Unidos. “Era perfecto. Yo había decidido hacer mi trabajo de tesis sobre la situación de los chicanos en Estados Unidos”.

En 1969, López y su esposa fueron a Cuba² para recibir entrenamiento. Pero antes de que la pareja dejara México, ellos participaron en una manifestación estudiantil masiva en la Ciudad de México, la cual coincidía con la celebración de los Juegos Olímpicos.

El 2 de octubre de 1968, mientras miles de manifestantes llenaban esa plaza de la capital, tropas paramilitares del llamado Batallón Olimpia, tropas regulares del ejército y miembros de la policía secreta rodearon la plaza y abrieron fuego contra los manifestantes. De acuerdo con algunos, más de trescientas personas fueron asesinadas durante el ataque, aunque el gobierno mexicano oficialmente reconoció treinta y dos muertos. “Yo estuve ahí con mi esposa cuando nos dispararon ese día”, dice López. “Tuvimos suerte de salir con vida”.

² Aquí hay un error en la entrevista, ya que nunca recibimos entrenamiento en Cuba.

López después supo que, por los días de la masacre, un agente doble del FBI estaba en México haciéndose pasar por un turista que asistiría a los juegos olímpicos. El agente, Joe Cassidy, había sido enviado por el GRU a una misión no relacionada con el trabajo de López.

Aunque en esa ocasión no se cruzaron en el camino, Cassidy y López pronto se verían involucrados en una operación encubierta de espionaje organizada por el FBI. Fue Cassidy quien plantó la piedra falsa en el parque de San Petersburgo, cuatro años después.

“Una gran decepción”

De acuerdo con la versión de López, cuando él recibió la llamada de Wise en 1993 preguntándole acerca de su asunto con el FBI quince años antes, él se sintió impactado. “Habían pasado tantos años y mi esposa y yo habíamos tratado de dejar atrás todo ese periodo”.

Después, un día un gringo me llama preguntándome acerca de lo que había pasado con el FBI en aquellos años. Para nosotros fue como una bomba –una bomba que potencialmente amenazaba todo lo que habíamos construido desde entonces. Así que decidimos no hablar”.

López dice que la primera vez que tuvo conocimiento de David Wise fue en los sesenta, cuando leyó su libro *The Invisible Government*, uno de los primeros relatos detallados sobre la CIA, que Wise coescribió con Thomas B. Ross. (Preocupado acerca de algunas de las revelaciones del libro, el entonces director de la CIA, John McCone, trató infructuosamente de bloquear su publicación en 1964. La acción de McCone ayudó a que se le prestara atención al libro, el cual posteriormente se colocó en la cima de los más vendidos de la lista del *New York Times*).

“*The Invisible Government* fue un libro crucial cuando apareció”, me aseguró López. “Por lo tanto clasifiqué a Wise como un escritor crítico, uno de los pocos escritores estadounidenses con deseos de enfrentar a su gobierno. Pero cuando recibí esa llamada de él,

yo quedé tan consternado que no relacioné al Wise que yo conocía con mi interlocutor”.

López fue nuevamente tomado por sorpresa cuando el libro fue publicado y las noticias acerca de éste llegaron a México. Él asegura que Wise nunca le mencionó que iba a escribir un libro. “Para mí, el libro fue una gran decepción. Yo había considerado a Wise como un hombre progresista, pero de pronto él publica este libro que revela mucho de nuestras vidas, y nosotros nunca supimos del mismo”.

Cuando leyó Cassidy’s Run, López y Rivas dice que se molestó por lo que él denomina como las numerosas y falsas representaciones y presunciones. Aunque López y Rivas concede que su rechazo para hablar con Wise es una causa de los errores del libro, también considera que Wise le dio demasiado crédito a la versión de los eventos que le presentó el FBI, e ignoró –o no investigó plenamente– las afirmaciones ofrecidas por los amigos y colegas de López.

López y Rivas dice que “el libro proyecta una imagen distorsionada mía y de mi familia. No sitúa a los actores en su correcta dimensión, ni en su contexto ideológico y político. En su lugar, nos hace ver como mercenarios. Por ejemplo, Wise se traga totalmente la historia de Aurelio Flores [un agente del FBI que por varios años se hizo pasar por amigo de López y Rivas], quien decía que yo siempre hablaba acerca de Stalin, el comunismo y la Unión Soviética.

Esto es absolutamente falso, y la prueba es que cuando él habló con mis colegas en la Universidad de Minnesota, ellos le dijeron que yo siempre hablaba sobre mi trabajo acerca de los chicanos. Ellos nunca dijeron nada sobre Stalin o la Unión Soviética”.³

³ Alfredo Gonzáles, colega mío en el Departamento de Estudios Chicanos de la Universidad de Minnesota, declaró a Wise lo siguiente sobre mi persona: “él tenía una voz fuerte, un acento pronunciado pero buen inglés. Yo lo conocí socialmente, pero él nunca mencionó sus puntos de vista políticos. Tenía opiniones duras sobre el trato histórico dado a los chicanos. Él nunca mencionó a la Unión Soviética. A él le encantaba hablar de opera, arte e historia.” David Wise, ob. cit, p. 143. (Nota de G. López y Rivas)

En el libro, Wise retrata a López y Rivas como un intelectual de izquierda desorientado y con un fuerte odio hacia Estados Unidos. Él asegura que “la fuerza conductora detrás de la decisión [de López] para enlistarse en el trabajo clandestino para el GRU era su enojo por el tratamiento que reciben los mexicanos y México estadounidenses en Estados Unidos”.

Según López y Rivas, en el libro existe una lista de problemas debido a esta caracterización. En primer lugar, dice que él siempre ha sido un enemigo del gobierno de EEUU, pero no de su pueblo. Y su visión del gobierno estadounidense no se basa sólo sobre el maltrato a los chicanos.

“Nosotros queríamos la revolución en Latinoamérica y en México, y EEUU era visto como el principal obstáculo para nuestro éxito. Eran los tiempos de Vietnam, de la agresión de Estados Unidos a Cuba y de un continuo imperialismo norteamericano contra nosotros en México.

La lógica de ese tiempo era simple: el enemigo de nuestro enemigo es nuestro amigo. Nosotros estábamos interesados en dañar la capacidad militar de Estados Unidos, y esa fue la razón por la que trabajamos para el GRU, es decir, la inteligencia militar soviética y no para el KGB”.

Otro problema con Cassidy’s Run, dice López, es que el autor supone ingenuamente que los mexicanos debían de alguna forma tener cierto sentimiento de alianza con Estados Unidos. “Yo no sé si la gente de tu país pueda entender esto”, me dijo, “pero yo era un mexicano patriota y comunista... Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que un gran número de mexicanos hubieran considerado un honor ser reclutados por el GRU”.

Trayectoria limpia

López y Rivas asegura que muchas de las aseveraciones del FBI escritas en el libro acerca de él y su esposa son simplemente mentiras, y resalta las dichas por el agente Flores como las más dañinas. Como un ejemplo, señala la historia que Flores cuenta

acerca de que López alguna vez les dijo a los hijos de ambos que “tomaran un lápiz y lo clavaran en los ojos azules de los gringos”.

López dice que “eso es una mentira despreciable. Para comenzar, yo no soy capaz de educar a mi hijo con ese odio. Todo lo que tiene que hacer es ver a mis hijos actualmente. Uno está por terminar su maestría en estudios latinoamericanos y el otro se está preparando para ser un abogado. No podría haber tenido dos hijos como los míos –dos excelentes muchachos perredistas– si los hubiese educado de esa manera”.

López también contesta la afirmación que el FBI hace respecto a que recibió grandes cantidades de dinero por su trabajo para el GRU –el FBI dice que los López depositaron entre \$8,000 y \$10,000 dólares en sus cuentas bancarias por cada recolección. “Pensar que nosotros depositábamos en nuestras cuentas bancarias por nuestro trabajo de espionaje es absurdo.

Es elemental en ese tipo de trabajo, que las cuentas correspondan directamente a lo que legalmente ganamos. Sí recibimos algo de dinero del GRU, pero éste iba directamente al financiamiento del trabajo, y no era esa enorme cantidad que el FBI asegura. Reto a que lo prueben, que muestren las evidencias”.

Añade: “No hicimos nuestro trabajo [para el GRU] por dinero. Lo hicimos por convencimiento ideológico que mi esposa y yo conservamos hasta el momento. Nunca hemos cambiado nuestra trayectoria ni nuestras ideas. Hemos trabajado para las revoluciones centroamericanas en El Salvador y Nicaragua.

Fui asesor del gobierno sandinista y del EZLN. Mi trayectoria ha sido limpia y transparente. Me puedes acusar de ser un comunista, un subversivo y estarás en lo correcto. Pero no me podrás acusar de ser un mercenario, un ladrón o cualquier otro tipo de criminal.

Le pregunté a López por qué el FBI fabricaría tantos detalles en su testimonio a Wise si ya había tenido un caso tan bien elaborado contra él y su esposa. “Bueno, yo era su enemigo –y tal vez lo siga siendo– y uno no espera menos de esos adversarios... Tal vez porque querían proyectar una imagen perversa de alguien que actuó en contra de la inteligencia estadounidense.

Ellos trataron, como siempre lo hacen, de presentar a los enemigos de Estados Unidos, es decir a los comunistas, como mercenarios –que es lo que quisieran que fuésemos. Y bueno, al final, [como el libro de Wise lo demuestra] ellos tuvieron éxito.”

También pregunté a López y Rivas cómo se sentía de haber sido utilizado en una operación de doble espionaje que significó pasar información falsa sobre gases neurotóxicos a los soviéticos. “Era un juego de las superpotencias”, dijo. “Finalmente, pienso que el espionaje ayudó a que la guerra entre las superpotencias no haya irrumpido”.

Pero, insistí, ¿qué hay acerca del almacenamiento del gas Novichok que sigue en Rusia actualmente, un probable legado de esa operación de contra información? “Yo creo que podemos estar de acuerdo que dicho gas debe ser controlado y que deben existir reglas que garanticen la seguridad de esos materiales. Sin embargo, en general, el espionaje fue un medio para mantener el equilibrio en muchos casos”.

David Wise responde

Le pedí a David Wise sus comentarios acerca de la versión que de los hechos tiene López y Rivas. Él escribió: “Gilberto López confirma lo dicho en Cassidy’s Run, es decir, que él fue un espía para la URSS. También confirma que le pagaron por espiar, aunque él no dice cuánto. El libro discute algunos de sus motivos políticos y no dice que él espió básicamente por dinero. A pesar de que él dice que actuó como un mexicano ‘patriota’, debería resaltarse que no estaba espiando para su país, México, sino para Moscú.

¿Estaban su esposa y él pensando acerca del “equilibrio estratégico” cuando comenzaron su carrera de espionaje? “Sí, fue una de nuestras razones. Nosotros pensábamos que servíamos a la causa de la paz y la revolución manteniendo a una superpotencia en jaque”.

López dice que Cassidy's Run demuestra una estimable cualidad del gobierno de EEUU – los presuntos espías no son “desaparecidos” simplemente, y de hecho se les puede dejar en libertad si sus derechos han sido violados.

“Es fácil estar en contra de Estados Unidos por todo lo que le han hecho a México –más de cien incursiones militares a nuestro territorio, la explotación de los chicanos a lo largo de la historia, la expropiación de la mitad de nuestra tierra, invasiones en 1914 y 1916. Todo esto se puede ver a través de la luz de la historia y aún se puede ver la dominación norteamericana de nuestra economía y ejército”.

“Por el otro lado, uno también tiene que admirar a Estados Unidos por el simple hecho de que ciertos individuos involucrados en espionaje para la URSS fueron liberados porque el FBI violó sus derechos civiles y humanos. Admiro al Departamento de Justicia por eso”.

Entrevista a Gilberto López y Rivas

Entrevistadores: *Carlos Prigollini y Sergio López*
Lugar: UACM en el plantel de la colonia Del Valle
Fecha: 7 de octubre de 2010

Carlos: ¿Cómo se ve la izquierda en América Latina? ¿Hay avance o retroceso?

Gilberto: Hay un retroceso histórico en términos de que los viejos paradigmas se vinieron abajo con la desaparición de la Unión Soviética y todo el bloque de países socialistas del Este; con la introducción de capitalismo de Estado en China, una variedad del mismo en Vietnam y el caso muy particular de Corea. Queda solo Cuba como un bastión de lo que fue la idea del socialismo del siglo xx y que representa la perseverancia de un sistema socialista, con las peculiaridades nacionales de su proceso, su revolución, sus dirigentes que la hacen un caso único, inédito a la luz de esta desaparición del campo socialista. Al mismo tiempo, hay avance en la izquierda porque —paradójicamente y dialécticamente— la caída de estos regímenes, muchos de ellos burocráticos, corrompidos, violatorios de la idea de democracia, aún de la democracia socialista, o sea, violatorios aún de sus propias leyes en el caso de la Unión Soviética, y de su propia Constitución, ésta caída también ha representado la posibilidad de un progreso en las ideas de liberación y socialismo, y la posibilidad de un pensamiento ya

marcado, no por los dogmas, no por los manuales, no por lo que estableció el PCUS en tal fecha, sino ya basado en realidades muy acuciantes, muy amenazantes contra la existencia de la propia especie humana y, en consecuencia, la necesidad de pensar con cabeza propia.

Entonces, observo un retroceso histórico y, a la vez, la posibilidad de un avance ya sobre las bases de la experiencia de esa debacle y del análisis autocrítico que tenemos que hacer de todo lo ocurrido, y digo “autocrítico” porque no podemos analizar todo lo que acaeció como una cuestión en la que no estuvimos nosotros; o sea, toda nuestra militancia, tanto clandestina como abierta, ha sido bajo esos parámetros, entonces no puedo decir “bueno, lo que ocurrió, lo que hicieron” sino “lo que hicimos, pensamos, elaboramos, escribimos”.

Precisamente, hoy en la mañana, estaba leyendo algún escrito de los años setenta u ochenta y bueno, se notan las diferencias del pensamiento marxista a la luz de todo lo acontecido y conceptos y términos que hoy ya no utilizaríamos en una clase o en una conferencia pública.

Esta debacle se debe también a lo que nuestra generación aprendió como “disciplina del militante”, la cuestión de “no dañar a la revolución y darles armas a los enemigos de la revolución”, o sea, la falta de un verdadero pensamiento crítico y de una posición basada en un análisis profundo de las realidades a las que nos adherimos, a lo que realmente sucedía en la Unión Soviética, por ejemplo, a lo que realmente pasaba en América Latina; esto es, vivimos el resultado de nuestras derrotas por la falta de una mentalidad propia, en la que personajes como Mariátegui, en el caso de América Latina, Rosa Luxemburgo o Raya Dunayevskaya, se observan como marxistas que tenían estas cualidades que hoy se hacen tan necesarias y que anunciaron con mucha anticipación lo que podría resultar, y vislumbraron muchas de las razones por las cuales, imperialismo aparte, o sea, estoy analizando lo ocurrido solo a partir de la experiencia de nuestros propios errores, de nuestros propios planteamientos equivocados,

fueron unas visionarias, unos visionarios, por ejemplo, el caso de la crítica temprana de Rosa Luxemburgo al modelo soviético que se construía, el planteamiento de Dunayevskaya sobre la suplantación de la clase, o sea, el partido suplanta a la clase y todas sus críticas al vanguardismo para la posibilidad de una verdadera revolución socialista, horizontal, participativa y en la que todos tenemos un papel que jugar.

Entonces, la necesidad de dar una explicación nos hace volver a estos orígenes, a estos pensadores que eran hasta cierto punto periféricos; planteamientos que se consideraban “heterodoxos”, como el caso de Rosa Luxemburgo, a quien en lugar de notar todo lo rico de su planteamiento, estudiábamos sólo su polémica con Lenin, cuando Lenin la regañaba y le decía que esto no y esto sí, y así sucesivamente.

El marxismo olvidado de Mariátegui para el caso del estudio de lo étnico-nacional, que fue descubierto por nosotros en los años 60 y que fue también convenientemente puesto a un lado por las burocracias, porque también les hacía pensar en lo que no pudieron pensar en su momento, o lo que no pudimos pensar en el momento, entonces evidentemente que hay cierto tipo de orfandad de muchas gentes en este recorrido que impacta sobre toda a la generación de los 60, de los 70, que crecimos bajo estas disciplinas, estas formas de hacer política, estos planteamientos de manual y de consigna, de acatamiento a la disciplina de los partidos, de la lucha ilegal, etcétera.

Todo ese universo ha tenido que ser visto a la luz de lo ocurrido y entonces mucha gente lo que ha hecho ha sido tirar al niño con el agua; se han vuelto no autocríticos, sino más bien han renunciado al marxismo, al socialismo, y bueno el día de hoy me entero, por ejemplo, del premio Nobel de Literatura a Vargas Llosa que realmente nunca creo que estuvo en el campo de la izquierda, necesariamente, pero que nos remite a los que podrían ser considerados traidores a una idea, como el caso de Joaquín Villalobos; toda esta izquierda que se ha pasado al campo de la derecha... y no solamente de la derecha sino incluso que están siendo utilizados por los

servicios de inteligencia como asesores contrainsurgentes y como ideólogos de la represión.

Entonces hay una gama de experiencias personales que tiene que ver con cómo asumimos la derrota estratégica de la desaparición del campo socialista, tanto en el terreno de la praxis como en el de las ideas; algunos compañeros no han querido remontar esta experiencia y siguen pensando exactamente igual, como si nada hubiera pasado: son estas posiciones ortodoxas que repiten los lugares comunes, que elaboran documentos, tal como si no hubiera o no estuviera pasando nada; estas posiciones no permiten la expresión de lo nuevo y persisten en estas maneras de ver el mundo entre “amigos” y “enemigos”, entre lo que es “políticamente correcto” y lo que “no es políticamente correcto” y que siguen actuando con la inercia de esos años y de esas ideas que llevaron a la debacle del mundo socialista, a la implosión del mundo socialista, porque el caso de la Unión Soviética –que conozco desde dentro y desde cerca–, fue una implosión lo que ocasiona su derrumbe; o sea, evidentemente ahí se da una contrarrevolución en el seno mismo del partido y del gobierno, de los altos cargos del Estado, que da al traste con todo el modelo socialista.

Estos personajes, que son una especie de fósiles que transitan todavía por la política de izquierdas, muchas veces con muy buena fe y con una honradez muy reconocible, no abonan a ideas renovadas o críticas para realmente elaborar un pensamiento nuevo sobre una gran variedad de temas y persisten en consignas que se repiten, reitero, **como si no hubiera pasado nada.**

En suma, por un lado son grandes retrocesos y, por otro lado, son grandes retos, sin duda, todo está por hacerse, no hay nada escrito y bueno, algunos de nosotros nos hemos especializado en algún tipo de tema, por nuestras carreras profesionales, por la manera en como de repente, nos vinculamos a la práctica política, y bueno yo puedo hablar con mayor profundidad de este tránsito en lo que toca al

tema de la llamada –en el marxismo– *cuestión nacional* y ahí pudiera hacer este recorrido crítico de lo que han sido las posiciones del marxismo tradicional, a partir de lo que nosotros denominamos como *etno-marxismo*, que es el marxismo crítico sobre la cuestión étnico nacional.

Pero la base de todo esto es no querer enfrentar a los padres fundadores en su propia raíz, por ejemplo, el escándalo que todavía se produce si uno habla del eurocentrismo de Marx y de Engels, y en muchas ocasiones, incluso, matices racistas de posiciones que mantuvo Marx con respecto a Bolívar, que lo consideraba una especie de caudillo tropical, por ahí tumbado en una hamaca, no así con esas palabras, pero hizo juicios muy severos de Bolívar, de los mexicanos en su guerra con Estados Unidos, esto es, en todo lo relacionado con la cuestión nacional, los planeamientos que hicieron Marx y Engels fueron muy discutibles a la luz de lo que ha sido la evolución sobre el conocimiento, por ejemplo, de la etnicidad, de todo este anclaje autoritario que se da mucho en el planteamiento leninista y evidentemente sin que Lenin dejara de tener razón en muchos de sus posiciones, pero que también plantea al germen de lo que fue ya una grave deformación, sus ideas sobre el partido como una especie de “estado mayor” de la revolución que da lugar, casi en todos lados, a entidades burocratizadas, militarizadas, autoritarias en donde todo se respeta menos el centralismo democrático, o sea, deviene en centralismo autoritario y ya, y en donde vemos un partido divorciado de las masas, que da pie también a una burocracia enriquecida, poseedora de la verdad absoluta, que como toda burocracia lucha para reproducirse como estamento y también reproducir las ventajas que le da esa posición en la sociedad de que se trate.

La ventaja de ahora es que puede uno decir “al pan, pan y al vino, vino” y no ser estigmatizado con esas etiquetas que se colocaban para quien pensara distinto: “revisionista”, “reformista”, “fraccionalista”, etcétera. Pero evidentemente esto no es fácil, no ha sido sencillo, recuerdo incluso en

Chile, cuando fui a presentar una ponencia, la reacción de los funcionarios del Partido Comunista ante algunas de las críticas en el año 2003 que recuerdo que causaron mella, y que ahora siguen causando mella; por ejemplo, el planteamiento sobre la cuestión étnica no basado en las viejas ideas sobre el comunismo primitivo, sobre el “buen salvaje de la revolución”, sobre cuestiones que me llevaron a escribir recientemente un artículo en **La Jornada** intitulado “Nuevamente sobre la cuestión étnica”, en el que hago una crítica a las posiciones de sectores de la izquierda sobre los pueblos indígenas.

Todo esto nos remite a ciertas ideas centrales sobre la revolución; sobre la participación de distintos sectores y clases sociales en la revolución; sobre la construcción del socialismo; sobre el internacionalismo, que por muchos años fue una manera de justificar el nacionalismo de una gran potencia, esto es, el interés nacional de la Unión Soviética, a partir del cual se sacrificó a muchos movimientos de liberación que fueron virtualmente condenados, como el caso de Grecia, e incluso, el de Francia e Italia, o el caso español. Aquí, Cuba es una excepción; la participación cubana en África representó un internacionalismo que sacrifica incluso intereses de Estado, intereses de partido, para realmente ayudar a la liberación de pueblos hermanos. En este sentido, no se podría entender la caída del *Apartheid* sin el internacionalismo cubano.

Pero, hechos aparte, hay temas tabús que necesitan ser tocados, que necesitan ser discutidos, porque hoy en día no hay una fórmula, no existe un modelo, ¡¡ya no hay fórmulas!! Y esto es importante porque la idea de la revolución ha quedado abandonada y ha sido suplantada por el reformismo de la alternancia, con partidos de una izquierda que se constituye en un aparato de Estado más.

Sergio:3 ¿Te refieres a lo que pasa en Latinoamérica en la actualidad?

Gilberto: me refiero sobre todo al caso mexicano, en particular, en donde la izquierda institucionalizada ha abandonado la idea de un cambio sustancial de las condiciones de vida de sus pueblos; también el caso del PT brasileño, que remite a esta izquierda institucionalizada que ha aceptado las reglas del juego del capitalismo en su etapa neoliberal y que está muy satisfecha con la *alternancia en el poder*, siempre y cuando ellos tengan cargos en el gobierno. Lo que tenemos, entonces, es nuevamente la reproducción de una élite política, que terminan traicionando, incluso, a sus propias bases fundacionales.

Carlos: **¿No será que nos une, más que una idea de izquierda, una idea de construcción del marxismo, el temor y la enemistad que tenemos con el imperio?, porque en definitiva pasamos a defender causas, aparentemente, nacionalistas o populares, que tal vez no sean tales, como dices tú, son más institucionales que nacionalistas y populares, pero en aras del mal menor, como el caso de lo que sucede hoy con Correa y en ¿Qué papel podemos ubicar a López Obrador, a Chávez o a Evo?**

Gilberto: Hay que distinguir cada proceso y cada personaje, porque vistos así, en genérico, podríamos incurrir en errores graves de apreciación. En una época, mantuvimos una idea del imperialismo como un agente exterior, como un factor externo, cuando en realidad tendríamos que referirnos a que actualmente en la transnacionalización neoliberal, el imperialismo lo tenemos dentro: no es sólo un grupo de países liderados por Estados Unidos, como lo considera Samir Amín, sino también son sectores que dentro de nuestras propias sociedades están absolutamente vinculados y armonizados con sus intereses. La izquierda en América Latina, y la izquierda mundial, renunciaron a sus propios planteamientos nacionales; esta es otra de las grandes deformaciones del marxismo que

dio como resultado la debacle del socialismo realmente existente y en donde nuevamente el caso de Cuba vuelve a ser inédito, porque en este caso no hay una adopción del marxismo desde fuera, o desde Europa, sino que ahí, por ejemplo, se da gracias al gran pensador que fue José Martí, una conjunción entre lo nacional y el socialismo, que hace posible planteamientos de una gran originalidad y que llevan a un conocimiento profundo de la realidad cubana, previo a la adopción de un programa estrictamente marxista. Esto nos remite a la necesidad, en el campo de la política, en el campo del análisis, a que tus pies deben de estar muy bien enraizados en la realidad local, en la historia nacional, porque incluso dentro de lo que fue la cuestión nacional, nosotros entregamos las banderas del nacionalismo a la derecha; entonces, tu tienes fallas como no comprender, por ejemplo, el papel de Perón en el caso argentino y curiosamente en el caso mexicano se da una situación semejante; esto es, los comunistas entregan la cuestión nacional a la derecha en construcción, a la burguesía en ascenso, sufriendo un proceso de desnacionalización: conocíamos más a fondo la toma del Palacio de Invierno que la toma de Zacatecas; esto significó que nos desvinculamos de nuestras propias sociedades y de nuestras propias historias.

Lenin no contemplaba a los países de América Latina con problemas nacionales o de liberación nacional; es decir, Lenin se quedó en la idea de una soberanía nacional formal, pero no analizó la cuestión nacional desde dentro y hacia afuera; de tal manera, que hay una necesidad de liberación nacional porque la burguesía controla y hegemoniza la vida nacional; existe la necesidad de un rescate de la nación, de lo nacional y de la historia nacional, que es necesario plantearse. ¿Por qué tiene éxito la revolución cubana? ¿Por qué se triunfa la revolución sandinista? Por qué se enraíza en la historia de Sandino y su resistencia contra los sectores que adentro representaban al imperialismo y luego contra la invasión imperialista en Nicaragua y que hicieron posible el

agrupamiento de grandes masas de la sociedad, a partir de ideas nacionales no de ideas socialistas.

Carlos: Al igual que el peronismo que es nacional y popular.

Gilberto: Exactamente, en ese caso, tuve la oportunidad de tener como maestro a Rodolfo Puiggrós y de leer a un gran pensador marxista argentino como Leopoldo Mármora, que desgraciadamente no parece ser conocido por mucha gente. Él ya murió, pero estableció una crítica muy temprana, estoy hablando del 1982, cuando publica su libro **El concepto socialista de nación**, de obligada lectura para el pensamiento actual y que está olvidado, (se publicó en el número 96 de “Pasado y presente”). El marxismo argentino ha dado una contribución muy importante a la concepción sobre cuestión nacional y a la crítica, desde el marxismo, a Marx a Engels, y a los planteamientos erróneos sobre la cuestión colonial e imperialista.

Carlos: Los problemas que te habrá traído esto con los marxistas dogmáticos donde el internacionalismo proletario es casi sacrosanto. Por eso ¿cómo ves a los sectores con posiciones de ultra izquierda que han contribuido a las causas más hostiles, más reaccionarias?

Gilberto: Hay que ir a la crítica profunda del “vanguardismo obrerista”, el “obrerismo”, que podría ser considerado como un reduccionismo proletarizante, o como quieras tú llamarle, pero que es una idea equivocada sobre la misión liberadora, casi determinada por la Providencia, de la clase obrera. Lo que ha demostrado la historia del capitalismo, es que la clase obrera **sí** tiene intereses clientelares, **sí** puede caer en el corporativismo y, de hecho, la historia de la clase obrera ha sido la de un paulatino y permanente corporativismo; esto es, el corporativismo constituye el polo opuesto de la hegemonía, ¿qué significa esto?, pues que la clase obrera no

tenía necesariamente la capacidad para “representar a toda la sociedad” y, entonces, esto dio pie para el “obrerismo” y el concepto de “dictadura del proletariado”, un concepto negativo porque, como dice Pablo González Casanova, “ninguna dictadura es buena, aunque sea del proletariado”, o sea, creo que en este sentido no podemos seguir sosteniendo la “dictadura del proletariado”.

Carlos: ¿Estos conceptos los vienes manejando de hace tiempo?

Gilberto: Yo vengo manejando esto desde tiempo, particularmente a partir de la lectura de Mármora, y de una continuadora de Mármora que trabaja en México que se llama Ana María Rivadeo, quien también es argentina. Ella publicó hace pocos años un libro importantísimo que lleva por título **Lesá Patria**, que publicó la *UNAM*. A lo que voy con esta crítica es a que Mármora planteaba ya en 1986, que la clase obrera tiene sus propios intereses y que, por lo tanto, la construcción del socialismo debe ser pensada como una tarea nacional popular que incluye el conjunto de los sectores que conforman el pueblo, en su acepción clasista, no en su acepción étnica y nacional, o sea, el conjunto de las clases subalternas, y, por lo tanto, no había una jerarquización de sectores populares que dio pie a que se privilegiara a una clase (la obrera) que incluso en nuestros países era minúscula en número y que no tenía necesariamente una gran experiencia política; a excepción de casos como Chile o Bolivia. Así, nos casamos con la idea de un proletariado, pensado en Europa, y ésta nos llega como herencia y, ¿que provoca?: provoca la subestimación de importantes sectores con un gran potencial revolucionario, como el indígena, los jóvenes, las mujeres. Yo he venido planteando –a lo largo de ya bastantes décadas–, que el marxismo tradicional olvidó colorear el mundo real, de tal manera que proyectaba sociedades en donde no existía etnicidad, donde no existían diferenciaciones e imaginarios

raciales, y, por lo tanto, las clases se veían abstractas, ahistóricas, sin un análisis correcto de las características de cada sector de clase y de sus potenciales.

Nunca se observó el potencial revolucionario del mundo indígena; por que siempre se le siguió considerando como un rezago, como un atraso, y esto llevó a cometer profundos errores, como en el caso de Nicaragua, el cual es particularmente conocido por mí porque lo viví durante los primeros años de la Revolución: fueron casi cuatro años de enfrentamientos, confrontaciones, distorsiones, errores, de planteamientos proletarizantes, incluso de provocar con estos errores una guerra étnica contra la Revolución, con apoyo popular; porque no fue el caso de los campesinos de Matagalpa, Jinotega o Rivas; fue una contrarrevolución apoyada por EEUU pero con apoyo de la gran mayoría de la población de la Costa Atlántica-Caribe de Nicaragua. El Frente Sandinista no tenía nada en su programa sobre la cuestión étnica; no se lo había planteado a la luz de un conocimiento de las etnias de Nicaragua, de los Misquitos, Sumos, del papel de los Criollos, que son de origen africano, no conocían ni siquiera la Costa Atlántica. Solo hubo un comandante guerrillero proveniente de la Costa Atlántica en toda la lucha revolucionaria, de tal manera que cuando la Revolución triunfa, el EPS y las milicias populares son consideradas como invasoras, como ejército invasor. Cuatro años tardaron en darse cuenta de eso, a pesar de que desde el año de 1980 enviábamos informes urgentes sobre los errores que observábamos desde la experiencia mexicana, pues veníamos de una elaboración y debate sobre la cuestión étnica. El ya fallecido comandante William Ramírez, quien fue el primer encargado de la Costa, pensaba que la “solución” del “problema” Misquito era la proletarización y la apertura de la frontera agrícola para que llegaran los “nicaragüenses” a poblar la Costa Atlántica. Estas eran ideas de colonización, de integracionismo, de asimilacionismo absolutamente racistas y que eran sostenidas por un revolucionario con muy buenas intenciones, por un compañero ejemplar como William Ramírez.

El problema es que hoy en día, ideas semejantes son aún sostenidas por grupos e individuos que se autodefinen de izquierdas; cuando la CONAIE hace una crítica a Correa por su mentalidad productivista y desarrollista no se observan los límites de su “revolución ciudadana”, que es muy limitada, porque, ¿dónde está la revolución de los pueblos de un país multiétnico, multinacional como el Ecuador? Ahí se observan las limitaciones de la construcción revolucionaria que está dejando a un lado contradicciones que habría que analizar y encarar.

Carlos: Pero Pachakutik no crítica, Pachakutik directamente ya está en contra.

Gilberto: Ya está en contra, pero la CONAIE no, la CONAIE si criticó el golpe de estado, yo creo que ahí habría que hacer una distinción, aunque se dice que Pachakutik es como el brazo político, pero no creo que sea así.

Una cosa son los procesos actuales de América latina marcados por una ruptura de los sistemas de los partidos de Estado, y otra, donde la institucionalidad burguesa ha sido intocada, yo distinguiría eso. En el caso de América latina, hay dos países que han hecho esta ruptura necesaria para poder llegar a las posiciones que mantienen hoy, Bolivia y Venezuela, en el caso de Ecuador no. Yo creo que el MAS significa una ruptura institucional de las viejas formas de la democracia electoral boliviana y el movimiento bolivariano de las viejas formas de la democracia venezolana, es decir, hubo una previa ruptura de las instituciones rancias y desprestigiadas, para que llegue un movimiento renovado que tenga posibilidades incluso electorales y que haga firme esta opción a partir de esta vía electoral.

El caso de Allende es previo a esto, pero Allende mas que romper con la institucionalidad establece un mecanismo de alianzas que permite, sin abandonar sus posiciones y sin esconder sus posiciones, llegar al gobierno, no al Estado, pero si al gobierno.

La genialidad de los procesos de Bolivia y Venezuela ha sido precisamente que utilizando todo el esquema de una democracia vaciada de contenido y tutelada, puede llegar al poder por una vía pacífica, al poder ejecutivo, no al poder del Estado y hacer profundos cambios en el Estado.

Carlos: Santa Cruz es un estado oligarca, racista y totalmente golpista en contra de Evo.

Gilberto: Sí, y en el caso de Venezuela está Zulia y otros estados que no abandonan la posibilidad del magnicidio, del golpe de Estado y de sus ligas abiertas y nada discretas con EEUU, pero, yo distingo este tipo de países, y otros países que abonan a una visión distorsionada de los estados progresistas, el caso de Argentina, por ejemplo, donde no hay esta ruptura ni del orden institucional, ni del Estado-partido y no obstante de que podemos distinguir algunas cuestiones positivas, por ejemplo, el juicio a los represores, no vemos una modificación al planteamiento de países desarrollistas, nacionalistas dentro capitalismo; el caso de Lula es muy ejemplarizante, donde pueden haber algunas buenas reformas como sacar de la pobreza a 20 millones de personas, los chinos dicen lo mismo, pero eso no quita que se viva en un capitalismo salvaje en China, y también en Brasil, donde si ha habido un bienestar, una estabilidad económica, un desarrollo de clases medias y por ello el 80% de la gente está muy contenta con Lula, pero no hay ningún rompimiento de las estructuras capitalistas; no hay desde el punto de vista de revolución o reforma, ninguna posibilidad de que esto pueda ser considerado como un avance en los planteamientos marxistas o revolucionarios del siglo XXI. Bolivia y Venezuela son dos casos distintos; aquí hay que irse con más tiento porque realmente se están logrando cambios profundos de estructuras jurídicas y económicas, aunque tampoco ha podido ser derrotada la fracción burguesa y oligárquica, que mantiene el control, por ejemplo,

de los medios de comunicación; aquí también se presentan profundas contradicciones en el seno del campo de la revolución; con un aparato gubernamental muy corrompido, en el caso venezolano. Chávez incluso ha tenido que irse por fuera de las instituciones por medio de las misiones, porque los ministerios no responden.

Aquí nuevamente nos preguntamos: ¿cuál es la participación de las masas en todos estos procesos?, y esto me lleva a caracterizar a la izquierda como la fuerza política que desarrolla poder popular, poder comunitario, participación horizontal de las masas populares; en la medida en que la izquierda lucha por estos elementos fundamentales, es realmente una izquierda. Si lo que va a desarrollar son programas sociales y representaciones permanentes en nombre de la revolución, de las masas populares, entonces, es otra cosa: eso es reformismo en el más estricto sentido del término.

Esta concepción de izquierda me permite caracterizar a los procesos: ¿En qué medida Correa, por ejemplo, está desarrollando estructuras de poder popular?; en el caso venezolano lo vemos muy claro, los poderes comunitarios son espacios de lucha en disputa y desgraciadamente en la conformación del partido puede ocurrir una perredización del partido venezolano, de tal manera que sea “la lucha por los puestos” lo que determine esos procesos. Así, la pregunta es: ¿qué están construyendo estos procesos? el argentino, chileno, etc., en términos de poder popular.

Esto nos lleva a observar modestos procesos que están teniendo lugar en América Latina y que son siempre dejados a un lado, menospreciados. Fruncen el ceño, todos, cuando uno pone en el tapete de las discusiones la importancia que tiene la construcción de autonomías indígenas en América latina.

Carlos: ¿Incluso Venezuela y Bolivia?

Gilberto: En Bolivia esto ya es parte de la constitucionalidad; aunque ahí, en el caso boliviano, la propia oligarquía asume las

autonomías como un instrumento de lucha contra el gobierno y contra la revolución, mientras en el caso de Venezuela, todavía no se entiende bien lo que es la participación indígena. Todavía no se consolidan estructuras autonómicas en estos países y se sigue considerando a los indígenas como el buen salvaje de la revolución.

Pongo por un lado la izquierda institucionalizada en busca de un poder para sí misma y, por otro lado, esta democracia autonomista; en un lado, la democracia tutelada por las fuerzas del mercado, los poderes fácticos y los sistemas de partidos de estado, y por otro, esta democracia incipiente, amenazada, muy endeble porque es en el mundo rural, caracterizado por la pobreza, por la escasez, pero que nos está dando una idea de un tipo distinto de democracia, por ejemplo el EZLN y sus gobiernos autónomos, en donde se da una situación única en la historia de las fuerzas guerrilleras del continente americano: esto es, el EZLN retira todos sus cuadros políticos militares de las estructuras de gobierno y ahí esta idea de “para todos todo, para nosotros nada” cobra realidad, y a través de la cual, los zapatistas renuncian a convertirse en una burocracia, no asumen para sí el control de los gobiernos y dicen “como los gobiernos son de las comunidades, los gobiernos son de la sociedad civil, entonces nosotros que somos los militares del pueblo, nos retiramos a nuestras posiciones de montaña y todas nuestras estructuras político militares dejan de ser la conducción de ese gobierno”. Este es un caso único en la historia, en donde se renuncia al poder, sin entrar en lo que Holloway afirma que ellos no buscan el poder, porque han dicho una y otra vez que una cosa son las posiciones de Holloway y otra cosa son las posiciones zapatistas, Aquí hay un ejemplo de construcción de poder popular a través de las comunidades.

Carlos: Pero también se le acusa de entregar parte de ese poder al enemigo, parcelas de poder al enemigo.

Gilberto: ¿A cuál enemigo?

Carlos: Al retirar tus cuadros militares están dejando ciertas parcelas de decisión.

Gilberto: No, porque la decisión está siendo tomada por las comunidades, es decir, las asambleas son las que nombran a quienes van a ocupar los puestos, que son, además, rotatorios y que no son pagados, es decir, entonces no hay una construcción de burocracia, porque la gente que estuvo en el gobierno sale cada determinado período y entran otros de la propia comunidad: hombres, mujeres y jóvenes. Entonces esto nos remite nuevamente a la idea de Rosa Luxemburgo de los gobiernos consejistas, revocables, nombrados en asambleas populares, y también a la idea del gobierno de la Comuna de París, sin paga o paga mínima y nos hace observar un proceso a partir de una idea distinta de la práctica política, con una gran importancia de la cuestión ética, en donde no hay una doble moral, donde no existe una discrepancia entre decir y hacer, que ha caracterizado a las viejas burocracias del socialismo llamado real. Por ejemplo, en el grupo **Paz con Democracia** elaboramos un documento que se llama “Llamamiento a la nación mexicana”, que salió publicado en noviembre del 2007, en donde hacemos una propuesta que partiendo de estas realidades indígenas, pueda proyectarse en la sociedad urbana más amplia, y socializada en espacios donde sea posible la construcción de un poder desde abajo y a partir de la participación de todos y todas y que esta fuese una propuesta que pudiera recogerse por parte de la sociedad en su conjunto. Esto debiera reproducirse en universidades, en los aparatos de gobiernos locales, etcétera, y que nos remite a una democracia completamente distinta y a una participación totalmente distinta y a una concepción completamente diferente en donde no hay necesidad de que nadie suplante a nadie y en donde todas estas ideas vanguardistas no tienen sentido; ahí, precisamente, decíamos de la necesidad de con base en las

críticas y las experiencias que hemos pasado durante estas tres décadas y, por el otro lado, la necesidad de pensar formas no enajenadas, no subsumidas, no burocratizadas: ¿cómo poder conciliar estas perspectivas en el mundo contemporáneo?, ¿cómo poder elaborar un pensamiento crítico y revolucionario que tome en cuenta todas estas terribles experiencias y que tome en cuenta, también, lo planteado por los indígenas?, aquí entra también Rosa Luxemburgo, entra Raya, quienes, curiosamente, se remitieron al mundo indígena para pensar en el futuro del socialismo; ya no sería sólo Mariátegui, quien fue el que pensó en el papel que tendría el mundo indígena en la revolución socialista nacional.

En suma, todo está por hacerse. Hay una derivación anarquista de todos estos planteamientos que no suscribimos, sobre la construcción de comunas con estas características, que tampoco son negativas en sí mismas, que, si *los okupas* en Europa pueden hacerse de edificios, de cooperativas, etc., digo, ¿a quién perjudica eso?, sin embargo, tampoco han surgido de estas experiencias formas que enfrenten, por ejemplo, a la capacidad militar del imperialismo, a la capacidad militar de los gobiernos oligarcas. Estamos ante una disyuntiva trágica porque no hay posibilidad de responder a la acuciante realidad que estamos viviendo. Fidel insiste una y otra vez en que puede darse el caso de una guerra contra Irán y la amenaza es que significa capacidades atómicas en manos de irresponsables, el caso de Pakistán, la India, ahora los norcoreanos que están entrando en ese terreno y no podemos asegurar que una dirigencia como la norcoreana no se atreva a usar una bomba atómica y también la cuestión de que el capitalismo puede realmente atacar en cualquier lugar.

Carlos: ¿Qué opinas de las bases militares, norteamericanas, en Colombia, que amenazan al gobierno de Chávez?

Gilberto: El caso del imperialismo es un planteamiento constante, un *nuevo imperialismo*, un imperialismo mucho

más adaptativo, con tácticas militares basadas incluso en la antropología, en la sociología y que comprende las realidades nacionales, porque tiene a especialistas en estos estudios, esto que he venido yo denunciando sobre la presencia de antropólogos en todas las brigadas de combate en Irak y en Afganistán, es decir, las nuevas guerras, las guerras mediáticas, que han provocado que millones y millones de personas en el mundo entero vivan en el consumismo, en la irrealidad, el hedonismo, en el vaciamiento de sus vidas. Educa una juventud como se esta educando la juventud de las clases medias de nuestros países con los juegos de guerra, que se están educando para ser *marines*.

También, el campo mediático es un campo donde los socialistas y marxistas nunca hemos podido tener un programa tan efectivo como el de la cinematografía de Estados Unidos; toda la izquierda latinoamericana se ha educado en un 90% de películas estadounidenses, la cultura estadounidense es tan efectiva, hasta en la gastronomía....

Carlos: Pero también tienen películas buenas progresistas, como las de Oliver Stone.

Gilberto: Bueno, pero ojalá esas fueran el 90% de la producción Hollywoodense, el 90% son basura. Ese es otro de los campos que nosotros nunca logramos sustituir, de la misma manera como nunca tuvimos un sustituto para la Coca-Cola como bebida.

El análisis lo hago a partir de que hay un factor constante: un imperialismo que trabaja 24 horas al día, con una estructura de millones de personas que 24 horas al día están viendo como joder a la revolución, como aniquilar a los revolucionarios, es decir, el terrorismo de Estado, que es el más peligroso por su capacidad de fuego, por su enorme logística, por sus enormes recursos financieros logrados a través del narcotráfico. Por ejemplo, la heroína que sacan del opio en Afganistán está paleando la crisis del capitalismo internacional, aparte de las ventas de armas que les venden a los propios grupos delictivos,

ganan por todos lados. Este factor constante ha producido también una justificación constante, era como cuando en Nicaragua, se vivía en guerra, entonces todo era la guerra, nadie quería ver errores en ningún lado. En la izquierda latinoamericana siempre hemos achacado al imperialismo lo que muchas veces han sido nuestros propios errores; por eso hay estos sicarios mediáticos que nos acusan a nosotros de que todo le imputamos al imperialismo, pero eso es parte de una realidad, es una realidad a medias, es cierto eso, teniendo en cuenta ese factor constante de que intervienen en Nicaragua, intervienen en Venezuela, que hoy mismo, por ejemplo, con Obama tenemos 75 países con acciones encubiertas, Obama aumento 15 países más que los que tenía Bush en acciones encubiertas y aumento 30% el presupuesto para acciones encubiertas, que significan fuerzas especiales, militares, de inteligencia, policiales, torturadores profesionales, asesinos, matones, en 15 países más, incluyendo Bolivia, México y Venezuela. Nosotros tenemos que partir de esa idea porque evidentemente que ese factor constante está ahí, si lo olvidamos nos aniquilan, pero si le atribuimos a ese factor todo lo que hemos hecho mal a lo largo de ya casi un siglo, entonces lo que hacemos es reproducir los errores para el futuro.

Sergio: Retomando un poco lo que mencionas sobre las experiencias de poder popular de los zapatistas, ellos surgieron como una gran esperanza para Latinoamérica y para el mundo, porque después de la caída de la Unión Soviética todos estaban con un bajón existencial tremendo, y los zapatistas significaron, para un gran sector, una esperanza de una forma nueva de lucha y una esperanza de que aún se podía intentar un cambio, llegaron a tener un inmenso apoyo, tanto en México como en el mundo, ese apoyo ha disminuido, pero hay muchos jóvenes en América Latina que todavía admiran a los zapatistas y todavía los siguen ¿son realmente una esperanza los zapatistas hoy?

Gilberto: Lo son, porque son consistentes con sus planteamientos sociales; siguen congruentes con su ética, eso es admirable; lo son porque están construyendo algo visible, observable, analizable y estudiable, que son las juntas de buen gobierno y los gobiernos en 40 municipios autónomos zapatistas. Que han cometido errores, claro, evidentemente incurrieron en un sectarismo en el 2006, porque creo que la salida de la *Otra Campaña* no fue en el momento más adecuado, se contaminó muchísimo con una elección presidencial que convocó a millones de personas, mucho más que la *Otra Campaña*, la diferencia es que siempre que tu convocas a una lucha pacífica, en el marco de las instituciones y con una mínima posibilidad de cambio, atraes a millones de personas; la *Otra Campaña*, en cambio, era entrar en las profundidades de la consciencia de clase; es decir, trabajar a partir de la consciencia democrática y nacional es más fácil, el caso de Perón es ilustrativo, el caso de Andrés Manuel lo es, pero cuando tú le dices a las personas que van a entrar dentro de *Otra Campaña* para hacer otro tipo de política, para no reproducir todos los vicios de los políticos profesionales y arremetes contra toda la clase política, con razón y con fundamentos, pero en un momento en que había posibilidad de triunfo en la vía electoral, entonces ahí chocas. Algunos dicen que Andrés Manuel perdió por la *Otra Campaña*, eso es absolutamente falso, porque los zapatistas hicieron su recorrido en todo el sur del país y en todo el sur ganó Andrés Manuel. Tomando el factor de los poderes fácticos como constantes, Andrés Manuel perdió por sus propios errores, por un triunfalismo inicial, por la cortedad de sus planteamientos sobre el protagonismo del pueblo, un cierto desprecio al verdadero protagonismo popular, que lo hace mandar a la casa, a que lo vean por televisión, como él va al Congreso, cuando hubiera podido, con dos millones de personas en la calle, ir con ellas al Congreso y entonces someterlo a un sitio de dos millones de personas, ¿quién reprime a dos millones de personas?. Andrés Manuel, su cortedad de miras radica en que no tiene un verdadero rol de organizador

de poder popular, él lo que busca es al ciudadano, él lo que busca es un votante, pero no busca un protagonista, no busca construir organismos que incluso puedan tener vida propia, él quiere tenerlo todo controlado, de ahí la presidencia legítima, de ahí el club el notables, que son sus ministerios, de ahí que el proyecto nación lo elabore ese grupo de personalidades y que luego lo ponga a consulta, la misma consulta que hace el parlamento burgués, ¿de dónde construyes un proyecto de nación?, sencillamente el proyecto de nación lo construye la gente, no lo construye un grupo de intelectuales; por ejemplo, el planteamiento de las autonomías no es construido por los antropólogos; tú elaboras y sistematizas las experiencias de un sector que dice “por aquí nos vamos”, entonces tú lo único que haces es darle la forma intelectual a una cuestión que está siendo construida por la gente misma.

En todos sus recorridos, ¿qué ha hecho AMLO durante estos cuatro años? ¿Qué poder ha construido?, ¿en dónde está ese poder?, ¿en dónde están cuando dieron el golpe contra los electricistas?, ¿en dónde están cuando dieron el golpe contra *Mexicana*?, ¿dónde están cuando tiene lugar esta debacle en la que está sumido el país? Es un poder que se convoca para asambleas y, nuevamente, se teje una esperanza con fechas fatídicas. El pueblo mexicano luchó en 1989, ganó y le robaron el triunfo a Cuauhtémoc Cárdenas; el movimiento en contra del fraude de esa época se sometió o fue sometido, y luego en el 2006 fue sometido y se sometió, porque el propio Andrés Manuel lo dice: “el campamento de Reforma era para dar salida a una indignación popular” y bueno ahí los mantienes ocupados, pero incluso esos campamentos eran un *happening*; este es un movimiento que logra una gran capacidad de convocatoria, pero de ahí a que de pronto el presidente legítimo construya poder popular, es otra cosa.

Entonces, el zapatismo si sigue siendo una bandera de lucha, porque no obstante estar focalizado en una región, su experiencia a lo largo de todos estos años no ha defrau-

dado a la gente por la cual se levantó, ni a quienes los hemos venido apoyando en el terreno intelectual y programático. Perdió mucha gente, claro, primero porque son planteamientos de una radicalidad muy distinta, que significan un trabajo de proporciones enormes; hablémoslo como se diría coloquialmente “en plata”: construir un grupo de revolucionarios profesionales es mucho más factible a establecer mecanismos de participación popular en donde tu trabajo sea que la gente se sume a participar, a trabajar a construir, es más fácil lo otro. Lo vi cuando me toco ser gobierno, por ejemplo, el programa de presupuesto participativo ¿qué provocaba?, al tener una relación directa el gobierno con la ciudadanía y ser los ciudadanos los que decidieran el presupuesto ¿a dónde quedaba el partido?, el partido quedaba afuera y como el partido lo que quería era que le redituara electoralmente lo que se hacía en el gobierno, entonces el partido se transformó en un partido de oposición en *Tlalpan*, porque yo no repartía, no daba medios para el ascenso social de los dirigentes, no intentamos sacar provecho del gobierno, yo después de ahí ya no opte para ningún cargo público, no poníamos los colores del partido, poníamos el rojo negro del socialismo, no el color amarillo negro, instituímos la participación y la construcción de un consejo ciudadano que no existía, ni en la ley, ni en los hechos. Es muy reducida la experiencia, como una gota en el océano, pero lo que quiero decir es que el zapatismo constituye una experiencia a estudiar y que sigue siendo una opción, que cada espacio puede construirse a partir de ciertos supuestos básicos. La cuestión es: ¿qué fórmula nos garantiza una democracia?, yo ya no quiero ser víctima de burocracias, ¿qué fórmula te garantiza una participación creciente, consciente, ciudadana, de pueblos, de hombres, mujeres, niños?, Por otro lado, en América Latina no se están construyendo partidos leninistas, como dirigentes de un proceso de cambio radical; los partidos han devenido en administradores de la administración pública y en lugar de que sirvan de instrumento a los movimientos sociales, se sirven de los movimientos

sociales para la reproducción de sus dirigentes, entonces yo creo que hasta la izquierda más recalcitrante ha abandonado la teoría del partido de Lenin, que sería criticable a partir de todo lo que he planteado. No obstante, ni siquiera esa experiencia se está poniendo en práctica, dime tú de un partido que sea instrumento del pueblo, dame un ejemplo de un partido con estas características; que tenga además un amplio consenso, que hegemonice a una sociedad y que no se aproveche de ello, que se queden tranquilos sus cuadros para que su protagonismo no los lleve a lo de siempre: a posiciones de poder, al patrimonialismo, a la corrupción, a la traición de sus propios principios fundacionales.

El zapatismo ha intentado muchas veces hacer una articulación nacional, la *Otra Campaña* fue la última, pero hay que recordar los otros intentos, la Asamblea Nacional que se hizo allá en la Selva Lacandona; han habido distintas formas e intentos de articulación nacional, se recordará que el EZLN tenía relaciones con Cuauhtémoc Cárdenas, yo fui a la última reunión que hubo en donde estaban Marcos y Cuauhtémoc, antes de que los zapatistas rompieran con él, pero los zapatistas no han sido sectarios, ¿por qué rompen? porque la clase política los traicionó, lo que ocurrió en el Senado con el PRD, que a mí me tocó estar ahí y ser testigo, incluso actor en términos de decir “van a traicionar a la causa indígena si se van con esa ley”; esta traición ocasiona las posiciones del zapatismo para con el PRD y la clase política en general; no son los zapatistas los primeros en tirar la piedra, la clase política los traicionó y los dejó solos, entonces ¿cómo esperan que el movimiento indígena crea en los partidos políticos? En todos los casos estudiados por nosotros en el proyecto de la Latautonomy: México, Nicaragua, Panamá, Bolivia, Brasil y Ecuador, los partidos políticos son considerados como fuerzas que dividen y vienen sólo por el voto; esa es la idea que tienen los indígenas de los partidos políticos, entonces hay que revisar la propia idea de partido político, obviamente la idea

de vanguardia, la idea de dictadura del proletariado. Habló mucho de revisar, estudiar, analizar, pero evidentemente no tengo las respuestas, para nada (ríe).

Carlos: Para concluir perspectivas, futuro, alternativas...

Gilberto: Cada vez que intervengo en alguna reunión, incluso a veces me pasa mucho públicamente, tengo la sensación de que el mensaje que transmito es pesimista y es que, evidentemente, no estamos en los mejores tiempos; recuerdo en la juventud que escuchábamos: “ya el campo socialista son tantos millones de personas”, tú sentías un gusto por la vida porque estaba próxima la posibilidad de hacer la revolución y, además, la revolución estaba perfectamente bien planeada y a la vuelta de la esquina, era un futuro abierto, hoy tenemos un futuro cerrado, un futuro incierto. Muy recientemente impartí una conferencia y entonces el moderador me pregunto al final: “¿alguna cosa provechosa?” (Risas), a esto respondo: si un pensamiento crítico lleva a la pasividad entonces el pensamiento crítico no sirve. Es una etapa tan desfavorable a las fuerzas de la revolución y del cambio revolucionario que, o nos movemos, nos movilizamos, nos organizamos, o sencillamente desaparecemos, incluso, como especie, como especie humana; vengo manteniendo desde hace ya algunos años en la red de Defensa de la Humanidad, (incluso fui yo quien propuso el nombre de *En Defensa de la Humanidad*), que estamos en una actitud defensiva, porque hay, no solamente la idea de la gran catástrofe termonuclear con bombas disparándose por todo el mundo, sino que estamos asistiendo a la desaparición de mucho de lo que constituye la naturaleza humana, en el mundo de la ecología pero también en el mundo de lo social; imagínate en qué país estamos viviendo, en un lugar en donde diariamente hay descabezados, descuartizados, en donde dejan manos y cabezas en un frigorífero, es la deshumanización de todo; ya no hay reglas, te puede sorprender cualquier tipo de noticia,

la más terrible que te puedas imaginar. Pienso que las cosas hay que verlas desde el punto de vista de que no obstante toda esa gran fuerza que tienen ellos, los enemigos de la humanidad, militar, económica, mediática, hay millones de personas resistiendo, por ejemplo, aquí en México, con el ejército desplegado, una dictadura mediática y, sin embargo, tiene lugar un movimiento como el de Oaxaca, las autonomías indígenas están construyéndose, tienes un movimiento hasta como el de Andrés Manuel, con todo y las críticas que le hacemos (entre paréntesis, a mí me encantaría mucho que pudiera haber un triunfo de un sector progresista como ese, no diría yo revolucionario pero si diría progresista, que quisiera luchar contra la corrupción), pero realmente para un país como el nuestro tener, casi al mismo tiempo, la *Otra Campaña*, Oaxaca y Andrés Manuel, dices tú: “coño, millones de personas movilizadas, ¡qué chingonería!”, ¡que impresionante!, no es poco tener en América Latina procesos como el de Venezuela, con todo y sus problemas, con todo y su enemigo interno, porque ahí se duerme con el enemigo, que son los burócratas oportunistas, que andan vestidos de rojo pero abajito son “escuálidos” y lo mismo ocurre en Bolivia y en muchos lugares, pero que bueno, que bueno tener un Brasil que de pronto puede actuar en el terreno internacional y evitar una guerra con Irán, ahí entro en un plano de una gran tolerancia y digo ¡que increíble! que no obstante todo el peso político, militar, ideológico del imperialismo y de sus achichincles, termino náhuatl, tenemos un mundo que resiste, que piensa, que escribe, que actúa.

Carlos: El Che dice “el presente es lucha el futuro es nuestro”, ¿el futuro es nuestro?

Gilberto: Yo diría como afirman mucho los ideólogos del *PT* de Brasil a cualquier cosa que preguntes: “el gobierno está en pelea, está en debate”, parafraseando, yo diría que el futuro está en aire, como una moneda, está en que nos movilizemos,

en que actuemos y aquí entra también algo muy positivo de esta época que es la derrota de una visión de la militancia y del activismo que da pie a ser menos estrictos; es una monserga esto del “militante ejemplar”, del “imprescindible”, yo creo que Brecht nos jodió una buena parte de nuestra vidas a muchos, porque entendimos poco de las responsabilidades familiares, de las responsabilidades contigo mismo y que todavía aún ahora se aparecen esos fantasmas de lo que era una disciplina absurda que decidía si alguien abortaba, o si alguien se casaba, y que luego como limón exprimido te tiraban a la basura porque ya habían sacado lo mejor de ti, ¿cuantas muertes tenemos así?, generaciones perdidas, de movimientos militaristas sin ningún apoyo popular, de guerrillas que a partir de una idea equivocada y errónea de la revolución cubana intentaron incrustarse en ambientes extraños, digámoslo ahora que es Octubre, en la guerrilla del Che nadie hablaba guaraní y era una zona de indígenas guaraníes y además era una zona donde Barrientos había hecho una reforma agraria y además no había un apoyo de los bolivianos; con todo y que Monje haya sido un oportunista y que siempre digamos “que mezquindad discutir con el Che sobre el mando político militar de la guerrilla”, pero también en una parte, Monje podía tener razón en el sentido de que estaban en Bolivia.

Son tiempos muy interesantes porque nos ha tocado ver de todo, pero también son tiempos de canallas, de quienes han abandonado todo esto; hay unos que se dedican al hedonismo, al individualismo más atroz, hay sobre todo una intelectualidad que son los ex de todo, son ex sindicalistas, ex militantes, ex marxistas y ahora son cínicos, no son asesores de los gobiernos, pero no son consecuentes con su pasado. Todo menos derrotismo, todo menos pasividad, la vida tiene que ser una eterna y permanente búsqueda y lucha, la única forma de estar quieto es cuando este uno muerto, ahí ya no hay solución, pero si este uno vivo, hay que moverse. Creo que hay mucho por lo cual estar contentos y mucho por lo cual estar preocupados.

Bibliografía para consultar y seguir leyendo

Néstor Kohan

Obras de Gilberto López y Rivas

- (1ra ed.1971; 2da ed. 1973, 3ra. ed. Corregida y aumentada, 1979)
Los chicanos una minoría nacional explotada. México, Editorial Nuestro Tiempo. [Tesis de maestría]
- (1ra ed.1976; 2da ed. 1978) *Conquista y resistencia: Los orígenes de la minoría nacional chicana en el siglo XIX*. México, Editorial Nuestro Tiempo. [Tesis de doctorado en la Universidad de Utah, Estados Unidos]. Reeditada (2006) con el mismo título. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales y (2009) con el título *La Guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación*. México, Ocean Sur.
- (1986) *Nicaragua: autonomía y revolución* [en coautoría]. México, Juan Pablos Editor.
- (1987) *Por los caminos del internacionalismo*. México, Ediciones Factor.
- (1988) *Antropología, minorías étnicas y cuestión nacional*. México, Ediciones Aguirre Beltrán y Editorial Cuicuilco-ENAH.
- (1995, 2da. ed. 1996) *Nación y Pueblos Indios en el Neoliberalismo*. México, Plaza y Valdés.
- (1999, 1ra. ed.) *Las Fuerzas Armadas mexicanas a fin del milenio: Los militares en la coyuntura actual* [en coautoría]. México, Cámara de diputados.
- (2004) *Autonomías: democracia o contrainsurgencia*. México, Editorial ERA.

- (2005) Coeditor *Autonomías indígenas en América latina: nuevas formas de convivencia política*. México, Plaza y Valdés.
- (2008) Coeditor *El universo autonómico: propuesta para una nueva democracia* [editor y autor]. México, Plaza y Valdés.
- (2010) *Antropología, etnomarxismo y compromiso social de los antropólogos*. México, Ocean Sur.
- (2012) *Elementos de la contrainsurgencia de Estados Unidos*. Caracas, editorial Trinchera. (2da ed. ampliada, 2013) *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos*. México, Ocean Sur. (3ra ed. ampliada, 2014) *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales, mentalidades y uso de la antropología*. Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala- Cátedra Karl Marx. Cuarta edición, con prólogo de Néstor Kohan, Plaza y Valdés.
- (2014) *Autonomía de los pueblos indios y el zapatismo en México*. China, Ocean Sur.
- (2020) *Los pueblos indígenas en tiempos de la Cuarta Transformación*. Bajo Tierra ediciones.
- (2022) Mandar obedeciendo: la ruptura del cerco. <https://rebellion.org/download/mandar-obedeciendo-la-ruptura-del-cercogilberto-lopez-y-rivas/>

Obras sobre el imperialismo y las agresiones yanquis contra América Latina

- Paul Baran y Paul Sweezy (1969) *El capital monopolista*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Paul Sweezy y Harry Magdoff (1972) *Dinámica del capitalismo norteamericano*. México, Editorial Nuestro Tiempo.
- Ernest Mandel (1969) *Tratado de economía marxista*. Tomo III. México, ERA.
- Gregorio Selser (1974) *Los marines. Intervenciones norteamericanas en América Latina*. Buenos Aires, Cuadernos de «Crisis».
- Ernest Mandel (1976) *Ensayos sobre el neocapitalismo*. México, ERA.
- Ernest Mandel (1980) *El capitalismo tardío*. México, ERA.

- Luis Vitale (1991) *150 años de agresiones yanquis en Latinoamérica*. Santiago de Chile, CEPLA-CELA.
- James D. Cockcroft (2001) *América Latina y Estados Unidos. País por país*. México, Siglo XXI.
- Noam Chomsky (2002) *Estados canallas*. Buenos Aires, Paidós.
- James Petras (2004) *Imperio versus resistencia*. La Habana, Casa Abril.
- John Saxe-Fernández y Carlos Delgado (2004) *Imperialismo y Banco Mundial en América Latina*. La Habana, Centro Juan Marinello.
- Howard Zinn (2004) *La otra historia de los Estados Unidos*. La Habana, Ciencias Sociales.
- Stella Calloni (2005) *Operación Cóndor. Pacto criminal*. La Habana, Ciencias Sociales.
- Luis Suarez Salazar (2006) *Un siglo de terror en América latina. Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la humanidad*. Australia, Ocean Sur.
- David Harvey (2007) *El nuevo imperialismo*. Madrid, Akal.
- Telma Luzzani (2012) *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares en América Latina*. Buenos Aires, Debate.
- Atilio Boron (2013) *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires, Luxemburgo.
- Fredric Jameson (2014) *Las ideologías de la teoría*. Buenos Aires, Eterna cadencia.
- Comisión Internacional para los Derechos Humanos [bajo los auspicios de la UNESCO.AA.VV.] (2015) *Operación Cóndor. 40 años después*. Buenos Aires, UNESCO.

Obras sobre el imperialismo, la cultura y las ciencias sociales

- AA.VV. (1970) *Imperialismo y ciencias sociales*. En Revista-libro *Referencias N°1*, Vol.2. La Habana, Universidad de La Habana.
- North American Congress on Latin America [NACLA] (1971) *Ciencia y neocolonialismo*. Buenos Aires, Periferia.

- AA.VV. (1974) *Ciencias sociales: Ideología y realidad nacional*. Buenos Aires, Tiempo contemporáneo.
- María Eugenia Mudrovcic (1997) «Mundo Nuevo». Cultura y guerra fría en la década del '60. Rosario, Beatriz Viterbo editora.
- Oscar Varsavsky (2013) *Estilos tecnológicos. Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Néstor Kohan [autor y compilador] (2014) *Ciencias sociales y marxismo latinoamericano*. Buenos Aires, Ediciones Amauta Insurgente. [libro que contiene contribución de Gilberto López y Rivas].

Obras sobre doctrina y aparatos de inteligencia de Estados Unidos

- Gregorio Selser (1967) *CIA. De Dulles a Raborn*. Buenos Aires, Ediciones de Política Americana.
- Gualterio Cuevas Mardones (1976) *La CIA sin máscara*. Buenos Aires, Ediciones Reflexión.
- Philip Agee (1979) *Diario de la CIA. La "Compañía" por dentro*. Barcelona, Bruguera.
- Eduardo Barcesat, Carlos Zamorano y otros (1985) *Inseguridad y desnacionalización. La "Doctrina" de Seguridad Nacional*. Buenos Aires, Ediciones Derechos del Hombre.
- Philip Agee (1987) *La CIA por dentro. Diario de un espía*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Frances Stonors Sounders (2001) *La CIA y la guerra fría cultural* Madrid, Debate. Reeditado en (2003). La Habana, Ciencias Sociales.
- Fabián Escalante (2003) *La guerra secreta. Acción ejecutiva*. La Habana, Ciencias Sociales.
- Fabián Escalante (2004) *1963: El complot. Objetivos: JFK y Fidel*. Australia, Ocean Press.
- Fabián Escalante (2005) *La guerra secreta. Operación Calipso*. La Habana, Ciencias Sociales.
- Philip Agee, Jaime Galarza Zavala y Francisco Herrera Aráuz (2014) *La CIA contra América Latina. Caso especial: Ecuador*.

Quito. Ministerio de Relaciones exteriores y Movilidad Humana. Archivo Histórico. Cuaderno N°2.

Obras sobre organizaciones de inteligencia comunista

- Marta Rojas y Mirta Rodríguez Calderón [redactoras, aunque el autor permanece anónimo] (1970) *Tania, la guerrillera inolvidable*. La Habana, Instituto del Libro.
- Gilles Perrault (1973) *La Orquesta Roja*. Buenos Aires, Ediciones Emecé. Reditada [con otra traducción] (1983). Barcelona, Bruguera. Reeditada en versión revisada y aumentada (2012). Nafarroa, Editorial Txalaparta.
- Leopold Trepper (1977) *El gran juego. Memorias del jefe del espionaje soviético en la Alemania Nazi*. Barcelona, Ariel.
- Julian Semionov (1984) *17 instantes de una primavera*. Buenos Aires, Cartago. Reeditada (2014). Buenos Aires, Ediciones Cienfuegos.
- Manuel Piñeiro Losada [Luis Suarez Salazar compilador] (1999) *Selección de testimonios y discursos del comandante Manuel Piñeiro Losada*. La Habana, Ediciones Tricontinental.
- Jorge Timossi (1999) *Los cuentos de Barbarroja. Manuel Piñeiro Losada*. Buenos Aires, Editorial Colihue.
- Ulises Estrada Lescaille (2005) *Tania, la guerrillera y la epopeya suramericana del Che*. Australia, Ocean Press.

Obras sobre el antiimperialismo, la insurgencia latinoamericana y en especial el caso México

- Simón Bolívar (1815) “Carta de Jamaica” [Titulada “Contestación de un Americano Meridional a un Caballero de esta isla”. Kingston, 6/9/1815]. En Simón Bolívar (1981-1982) *Obras Completas*. Caracas, Librería Piñango. Tres Tomos.

- José Martí (1891) *Nuestra América* [Publicada en EEUU el 10/1/1891 y en México el 30/1/1891]. En José Martí (1985) *Obras escogidas*. La Habana, Casa de las Américas. Dos tomos.
- Emiliano Zapata (1918) “Carta a Jenaro Amezcua” [Cuartel general del Ejército Libertador, Tlaltizapán, Morelos, 14/2/1918]. En Adolfo Gilly (1994) *La revolución interrumpida*. México, ERA. pp.306-307.
- Daniel Pereyra (1995) *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América latina*. Madrid, Libros de la Catarata.
- EZLN (1995) *Documentos y comunicados*. México, ERA. Dos Tomos.
- Ulises Estrada y Luis Suarez [compiladores] (2006) *Rebelión Tricontinental. Las voces de los condenados de la Tierra de África, Asia y América latina*. Australia, Ocean Press.
- Michael Löwy (2007) *El marxismo en América latina*. Santiago de Chile, LOM. Reeditado en forma revisada y ampliada (2012) *O marxismo na América Latina*. São Paulo, Editorial Perseu Abramo.
- Adolfo Prieto (2007) *Las guerrillas contemporáneas en América Latina*. Bogotá, Ocean Sur.
- Adolfo Prieto (2009) *Procesos revolucionarios en América latina*. México, Ocean Sur.
- Adolfo Prieto (2013) *Visión íntegra de América. De Fidel Castro a la integración latinoamericana*. China, Ocean Sur.
- Gustavo Carlos Guevara [compilador] (2013) *Sobre las revoluciones latinoamericanas del Siglo XX*. Buenos Aires, Editorial Newen Mapu.
- Michael Löwy (2014) *La revolución permanente en América Latina*. Buenos Aires, Editorial La Caldera [1ra ed. (1974), firmada con el seudónimo de “Carlos Rossi”. Buenos Aires, Cuadernos Rojos].
- EZLN (2015) *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*. México, s/edit.

— |

| —

— | NP

D aNg

PPENfinaNad PPpingo D D | —

— |

| —

— | NP

D aN

PPNPfaNad PPpingo D D | —

Nadie puede ser amigo de todos
(Testimonios de un revolucionario)
se terminó de imprimir en septiembre de 2023



NP

D aNi

PPENifaNad PPpingo D D